

pueblo, ilustremos y desengañemos al pueblo, despreocupemos al pueblo, auxiliemos y ayudemos a vivir al pueblo con toda clase de instituciones favorables; y contando con su fuerza, acudamos a la palanca de la prensa y al polipastro de la urnas y los parlamentos, pues solo tendremos seguro aquello que conquistamos y defendemos con nuestros propios esfuerzos.

d) *Tengamos instinto organizador práctico.* Organicemos, dirijamos y hagamos. Diréis, eso, eso, lo que necesitamos es una organización que nos dé dirección y ejemplo, que nos enseñe obras prácticas, obras realizables, indicando el modo de llevarlas a cabo.

a) *¿Organización?* No la necesitáis, porque ya la tenéis y la estáis presenciando y actuando, es la misma de la Iglesia dividida en provincias eclesiásticas, éstas en diócesis y las diócesis en parroquias. Constituid Centros de acción junto a esos Centros de jerarquía y tenéis la organización hecha.

b) *¿Dirección?* Tampoco la necesitáis, pues en esa organización la hallaréis, conociéndola, ya sabéis a quien tenéis que obedecer, al que tiene derecho a mandar. Dos cosas hay que procurar en la organización y dirección de las obras sociales: inteligencia y unidad de acción para los fines generales, y autonomía y libertad de acción para los fines especiales. En España propendemos al individualismo y la autonomía exagerada y no resulta la suma, aún siendo muchos los sumandos para el bien, porque falta la inteligencia, falta la unidad.

c) *¿Ejemplos?* Esos sí se necesitan y ya los van habiendo. Ya el clero se va enterando, se va moviendo, se va educando; ya algunas Ordenes religiosas, aprovechando su difusión por el universo, estudian, copian e introducen toda clase de instituciones y obras sociales que fuera del país han visto; ya muchos Seminarios abren clase de sociología; ya es rara la diócesis en que

no hay una o más obras que puedan servir de modelo.

2.º *Lo que se necesita es obrar; hacer tal o cual obra en particular.*

Esto es lo principal: hacer, obrar, dejar de llorar y murmurar y comenzar a trabajar sin cesar de orar. La oración más eficaz es la que se hace con el corazón y las manos, a Dios rogando y con el mazo dando.

A trabajar, pues; mas ¿en qué? En la obra que sea más conocida y necesaria. No emprendáis más de una a la vez.

—¿Con quién? Con quien tenga las manos puestas en ella.

—¿Y si no hay ninguno? Sé tú el primero y pronto se te unirá el segundo, que no hay predicación más persuasiva que la del ejemplo.

—¿Y si no entiendo de aquella obra?

—Vas a quien de ella entienda y que te entere; compra libros y lee; haz viajes y ve; hazte práctico y maneja la obra viviendo algunos días entre los que la saben manejar y practicar.

—¿Y el dinero? El dinero solo falta al que no cree en Dios vivo, providente y activo; tú busca el reino de Dios y su justicia, y El te dará el dinero, no como jornal, sino por añadidura. Ningún justo se ha muerto de hambre; a ningún obrero de la Providencia le faltó su merced; ¿y faltará al hombre apostólico que aspira a establecer la justicia social del Evangelio sobre la tierra?

Preguntad al padre Vincent, siempre de viaje y de propaganda social, de qué viven él y sus obras; preguntad a las Hermanitas de los pobres ancianos con qué fundan y sostienen sus casas; preguntad a esos instrumentos escogidos por Dios para llevar, como abejas de la colmena social del catolicismo, el polen de la piedad y de la acción social de un pueblo a otro pueblo y de un confin a otro confin de la tierra, mediante la expatria-

ción voluntaria o impuesta (hablo de las Ordenes religiosas), y todos os dirán que ni Dios ni la sociedad dejan sin ayuda a los que de veras los sirven.

No os apuréis por dinero, que ya sabe Dios que se necesita, y suya es la ley social según la cual el dinero acude adonde se trabaja.

El clero laborioso ocupado en el bien social jamás se vió ni desprestigiado ni empobrecido.

Pues ¿cómo lo está hoy? La pobreza de hoy no es obra de la sociedad, sino de la violenta confiscación del Estado al servicio de las sectas; es un hecho de fuerza o violencia que tiene que pasar, y cuando pase, la sociedad se encargará de enriquecer a quien por ella trabaja. Y esto es un motivo más para que el clero de nuestros días se haga misionero social, porque ahí están el pan del suelo y del cielo.

Además hay una porción de obras sociales que no exigen dinero, sino que lo dan o se sostienen con muy pequeños gastos ¿Cuáles son esas?

A continuación expone magistralmente esas obras, pero son muchas y temo cansar al lector.

Quien quiera más antecedentes, que adquiera este hermosísimo discurso de nuestro D. Andrés, en el que encontrarán materia abundante *para entusiasmarse* y bríos, fuerzas y consuelos *para no cansarse*.

Sociólogo *sin decirlo* y apóstol de la acción popular fué D. Andrés, yendo al pueblo como quería León XIII y dando para él su entendimiento, dinero y vida.

¡Oh, si todos hiciéramos lo mismo!

V

CONGRESO EUCARÍSTICO

En junio del año 1911 se celebró en Madrid un Congreso Internacional para dar honor y gloria al Amor de los Amores, al Augusto Sacramento de nuestros altares.

Regía la Diócesis Matritense el Excmo. Sr. Obispo, D. José M.^a Salvador Barrera, antiguo compañero de nuestro D. Andrés y admirador y propagador de las Escuelas Avemarianas.

Fué invitado por él a tan importante y celeberrima Asamblea Eucarística, y allá fué acompañado del pobre y torpe Maestro que esto escribe, hospedándonos en el Seminario Conciliar. Allí estaba en habitación contigua a la nuestra el Eminentísimo Cardenal Cos, Arzobispo de Valladolid.

Amigos de toda la vida y animados ambos de los mismos deseos, conversaban largas horas de los trabajos que traían entre manos, y singularmente del gran problema de la educación, que con tanto fruto había emprendido nuestro humilde Fundador.

Un día le dijo el Cardenal: D. Andrés, ¿y Vd. no va a intervenir en las Sesiones del Congreso?...

—Señor, le contestó, yo sólo he venido de mirón y, viejo y torpe como soy, lo mejor es oír a los sabios, admirar los cultos eucarísticos y pasar inadvertido entre estas lumbreras del saber y de la Jerarquía Eclesiástica.

—¿Y su célebre libro de "Visitas al Santísimo"?...

—Ya le conoce Su Eminencia; se escribió para niños y entiendo que no pasa de ser una niñería, si se compara con los trabajos eucarísticos que aquí se han prestado.

—Nada de eso, Sr. Manjón, venga un ejemplar, pues deseo que el Congreso le conozca, discuta y admire.

Puso en sus manos tres ejemplares; presentó uno de ellos en la Sección 8.^a, y al dar cuenta de ese áureo libro de D. Andrés, todos le hojearon y saborearon, yendo al poco rato gran número de congresistas al Seminario para saludar al ilustre autor de las “Visitas al Santísimo” y adquirir ejemplares para encenderse y abrazarse en el amor eucarístico.

Estaba allí entonces el Sr. Cardenal, y dijo a don Andrés: Ya que hay aquí muchos Sacerdotes y los aspirantes al Sacerdocio, haría Vd. un gran bien si nos enseñara a manejar ese libro y a visitar al Señor, según se hace en las Escuelas del Ave-María.

—¡Pero, Sr. Cardenal!, ¿enseñar yo a Sacerdotes y a Príncipes de la Iglesia...?

No le valieron sus excusas, y a la media hora, la Capilla del Seminario estaba completamente llena de Sacerdotes, seminaristas y seglares (y algunos señores Obispos).

El Sr. Cardenal expuso a Nuestro Señor; D. Andrés hizo la visita por su libro y con palabra clara y con su fervor indecible leyó la siguiente Visita:

LO GRANDE EN LO PEQUEÑO

1. ¡Oh Hostia, redonda y pequeñita, qué poco lugar ocupas, qué fácilmente puedes ser tomada por sanos y enfermos, por niños y grandes, por los hartos y los hambrientos! *Padrenuestro.*

2. Verdaderamente que no pudo el Infinito reducirse a menos, no puede el Médico hacer más fácil la medicina, ni cabe en la ciencia reducir una tan grande sustancia a un tamaño tan pequeño. *Padrenuestro.*

3. Poco eran en volumen las Tablas de la Ley que

se conservaban en el Arca de la Alianza; poco lo que ocupaba el maná que junto a ella se custodiaba; y no era mucho el tamaño de los pães que se ofrecían a Dios en el templo de Jerusalem; pero, ¿qué comparación tienen con la Hostia consagrada y cualquiera parte de ella, en la cual, no obstante, todo Jesucristo se contiene? Aquí los símbolos exceden, en tamaño a lo simbolizado y las figuras a lo figurado. *Padrenuestro.*

4. Pequeñito te hiciste, Señor, al nacer párvulo y entrar en el mundo; pero aún te has hecho más pequeño al hacerte Hostia para entrar en mi corazón; y es que así lo pedía el Sacramento y quienes le habían de recibir. ¿Cómo me atrevería a tomarte, si no te disfrazases de pan o cosa semejante? *Padrenuestro.*

5. Quiso el que iba a ser alimento de las almas ser lo menos corporal posible en la forma; para ello, siendo cuerpo real, está en la Hostia, y por ella en nosotros, en forma de espíritu. *Padrenuestro.*

6. Quiso también que aquella forma de tan reducido volumen y peso, con la cual renace en nuestras entrañas, se pareciera en la pequeña a aquel primer germen animado del Hijo de Dios en las entrañas de María. *Padrenuestro.*

¡Oh grandeza achicada, oh gloria obscurecida, oh Majestad anonadada!; ¿pudiste, Señor, venir a menos?; todo para enseñarme humildad.

Jesús y María, enseñadme a ser humilde por la Eucaristía.

Terminada la visita al Santísimo, le hicieron hablar, obedeciendo y hablando de la Eucaristía con la unción, sencillez y fervor en él acostumbrados.

Llovían sus palabras como la lluvia primaveral en campos bien cultivados, y todo pareció poco, porque, como dijo el Sr. Obispo de Madrid, aquella hora santa había pasado en un momento, y todos los que tuvieran

la dicha de adorar al Señor en aquella mañana de emociones y consuelos celestiales y de oír a nuestro enamorado del Santísimo, pidieron que se repitiera en días sucesivos.

Todo el empeño de D. Andrés era el poder pasar inadvertido entre los muchos amigos y admiradores que acudieron al Congreso, y temiendo ser comprometido para hablar y presentarse en público, me dijo, al terminar la grandiosa procesión del Santísimo:

—Mira, busca un coche, huyamos de Madrid y vayamos a Burgos, en donde no hay compromisos ni peligro de ser aplaudido ni jaleado por nadie.

Así lo hicimos; por la noche salimos para Burgos con la natural sorpresa de los amigos, que le buscaban y no le pudieron encontrar. Mucho gozó, al ver el grandioso triunfo de Jesús Sacramentado recorriendo las Calles de la Corte, siendo aclamado por millares de lenguas, acompañado por 100,000 hombres, honrado por España cual ningún otro pueblo de la tierra, y glorificado como Rey al entrar en el Palacio y bendiciendo desde allí a nuestra querida Patria, que desde aquel día puede cantar con entusiasmo.

Corazón Santo
Tu reinas ya
Tu, nuestro encanto
Siempre serás.

Pero, apesar de ese gozo, me decía: “Está visto, yo no puedo ir a ninguna parte, porque se han empeñado en que haga el papel de figurón, y eso no puede ser; ¡cuánto me acuerdo de mi celda del Sacro Monte!

Ya en Sargentos, prosiguió sus tareas según costumbre, aceptando como descanso la redacción de su nuevo libro “Hojas Evangélicas”, que redactó para uso de los Maestros y con la mira de aplicar el Evangelio a la Escuela, y del que ya dijimos algunas palabras anteriormente.

VI

CONGRESO DE EDUCACIÓN CATÓLICA

Hay en España muchas almas abnegadas que saben consagrar su vida a las rudas tareas de la enseñanza y educación cristiana.

Existen por doquier Sacerdotes y Religiosos humildes que, despreciando el humo y vanidad mundanas, buscan al niño pobre y abandonado para sacarle de la ignorancia y llevarle a Dios.

Y la Iglesia, sabia en sus disposiciones y prudente en todos sus actos, creyó llegada la hora de organizar en España un Congreso, al que concurrieran todos los que por vocación y sacrificio se dedican a enseñar, según Dios manda y la Patria urgentemente reclama.

Reunidos en Madrid los Sres. Arzobispos al empezar el año de 1923, acordaron celebrar en Congreso con el mayor esplendor posible durante el mes de abril del año siguiente. Se extendieron las circulares, se formó una Junta organizadora, compuesta por personas experimentadas y respetables y se empezó la campaña de propaganda con mucha intensidad y con grandes entusiasmos por parte de todos.

Hacía falta una persona de relieve y prestigio pedagógico, que asumiera la presidencia del Congreso, no sólo para autorizar con su presencia los diversos actos que habían de celebrarse y dar mayor eficacia a los trabajos de las diversas secciones, sino para asegurar el éxito de esa hermosa y necesaria Asamblea de Educación Católica.

Todos dirigieron sus miradas hacia D. Andrés y todos vieron en él al Maestro consumado, al eminente pe-

dagogo y a la persona indiscutible para ocupar la presidencia.

Le escribieron rogándole aceptara tan honroso cargo e hicieron gestiones cerca de él para que diera el sí, y con él, todo el entusiasmo, prestigio, autoridad y virtud, de que se hallaba como inundado.

No aceptó, porque presentía su muerte, y yo mismo escribí la carta declinando el honor que le hacían al fijarse en su persona.

“Diles, me encargó, que estoy viejo, gastado, cansado, envuelto entre mantas y menjurjes, terminando mi testamento literario (que era el hermoso libro “El Maestro mirando hacia fuera”) y *preparando la maleta* para emprender el viaje a la eternidad. Con un hombre así, añadió, ¿dónde ir?; quédense esos trabajos para vosotros, para la gente joven; a los viejos dejarlos estar, porque estorbamos en todas partes”.

Empezó a perder el apetito y con él las fuerzas físicas (no las morales) hasta que se fué al cielo antes de celebrar ese Congreso.

Sin embargo las Escuelas del Ave-María hicieron un acto de presencia, instalando en la magnífica Exposición, sus libros, gráficos, procedimientos vivos de su Pedagogía, y presidiendo esa modesta instalación una magnífica oleografía de nuestro venerable Fundador.

Por allí pasaron toda clase de personalidades, desde S. M. el Rey, que se interesó vivamente por las Escuelas preguntando por ellas y de lo acaecido, después de la muerte de D. Andrés, hasta el último congresista, oyendo de todos frases de aliento para sus sucesores, y de alabanzas sin cuento al primer pedagogo de estos últimos tiempos.

Todos reconocían unánimemente las virtudes y sabiduría del Fundador del *Ave-María*, y no hubo una

sesión en la que no se hablara de él con encomio, respeto y admiración.

El que esto escribe presentó a D. Andrés en la Escuela viva, repitiendo, aunque pobremente, sus lecciones y métodos, pudiendo asegurar sin temor a exageración alguna, que una como corriente eléctrica de entusiasmo inundó a todos los congresistas, al contemplar la Escuela Avemariana y a su Fundador en ella, acordando por unanimidad pedir al Gobierno que se orientara la enseñanza oficial, en cuanto fuera posible, en los procedimientos y modos de enseñar propuestos por Don Andrés.

Allí pudimos contarnos los avemarianos de España entera y todos renovaron sus propósitos de seguir trabajando por Dios y por la Patria, según la mente de nuestro sabio Fundador.

XXXVIII

HOMENAJES Y SUFRIMIENTOS

Desgraciadamente no son pocos los hombres que se mueven, luchan, trabajan, hablan y peroran por buscar eso que ellos llaman el buen nombre, la fama, el prestigio, y como consecuencia el homenaje, el aplauso popular.

D. Andrés se condujo de modo muy distinto, y cuando los hombres se empeñaban en alabarle y homenajearle, él huía de todo eso como de la peste y sentía verdadera repugnancia y a veces hasta dolor sensible del corazón. Vamos a verlo reseñando, siquiera sea brevemente, algo de lo mucho que con él hicieron, bien a pesar suyo, pues al recibir enhorabuenas y parabienes, homenajes y fe-

licitaciones salía a sus mejillas el sonrojo de la vergüenza, porque decía que “todo eso es innmercido y un estimulante poderoso de la vanidad”.

I

CABALLERO DE LA ORDEN DE CARLOS III

En 28 de febrero de 1896 recibió la noticia oficial de haber sido propuesto para Caballero de la Orden de Carlos III, honor que le fué concedido por el Ministro de Gracia y Justicia, Sr. Tejada de Valdosera, después de visitar las Escuelas, y admirar la obra gigantesca que venía realizando en bien de la niñez abandonada.

Al margen de esa comunicación puso D. Andrés unas letras que decían: “A esta comunicación contesté en 8 de marzo pidiendo por favor que suspendan el nombramiento”.

Las razones que él adujo para rogar al Sr. Ministro la suspensión de tal acuerdo, no sabemos cuáles sean, pero muy bien pueden colegirse de la misma contestación del Ministro, el cual le escribió diciendo:

“He recibido su carta del 8, y enterado de sus términos, séame permitido manifestarle que la Cruz de Caballero, no se creó para los nobles de cuna, sino, como indica su lema *virtute et merito*, para llamar de oficio caballeros a los que en sus hechos se han creado tales a sí mismos.

Me permitirá usted pues, que no le obedezca en los deseos que me expresa, por más que admire su modestia”.

La carta del Ministro no convenció a nuestro D. Andrés, pero le obligaron los lazos de la gratitud y respeto, y por esto escribió en 19 de marzo: “Si su bondad no

me permite renunciar, sea; pero que nadie lo sepa, *para que no pierdan mis niños*, si alguien sospecha que bajo la capa de la misericordia, se va en pos de la ambición”.

Con fecha 25 de marzo le participaron del Ministerio estar hecha la propuesta en su favor, y le invitaban a remitir los datos necesarios para extender el Título, y a recogerlo en dicho Ministerio en el término de tres meses.

Al pie de la comunicación, escribió D. Andrés: “No saqué el nombramiento, ni envié los datos; soy, pues un *Caballero sin título ni caballo*”.

¡Buen caso hacía él de cruces y condecoraciones!

II

NÓMBRANLE ABREVIADOR DE LA NUNCIATURA

Ya vimos al principio de esta *Vida* los deseos que don Andrés tenía de vivir en Madrid y terminar su vida en el Capitolio de la enseñanza, que es la Universidad Central. Lo hubiera conseguido indiscutiblemente, si Dios no lo hubiera impedido, por haberle llamado a otra empresa más noble y elevada, y que con tanto aplauso de los buenos y admiración de los malos venía desarrollando en Granada.

En Marzo de 1897, sin él buscarlo ni quererlo, le nombran Abreviador de la Nunciatura, cargo muy apetecible y muy en relación con los estudios canónicos que él había hecho durante toda su vida; pero nada pudo separarle del amor de sus niños. Envía la renuncia más respetuosa por mediación de personas amigas y allegadas al Sr. Nuncio, y como insistiera en la propuesta, D. Andrés insistió en la renuncia con la siguiente carta:

“Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en Madrid.

Excelencia Reverendísima: Contesto, aunque tarde y con pena, a su finísima y delicada carta del primero de los corrientes, pues siendo ella un testimonio elocuente de su bondad y dignación para conmigo, tanto más grande, cuanto más inmerecido, no puedo complacer a V. E. como deseara. He rogado a personas de prestigio para que, de palabra y por escrito, me libranan de este penoso deber, y ya que no lo he conseguido, Dios me tenga de su mano y El haga que no le ofenda contra mi deseo.

De ambicionar algo en el mundo, fuera de lo que tengo, confieso sinceramente que nada me halagaría tanto como el cargo de Abreviador o cualquier otro de la Rota. Y no obstante, insisto en la renuncia, porque estoy, no sólo viejo, sino *caduco*.

Mis ojos ven poco y se cansan, el oído se va entorpeciendo, los pies se arrastran al andar, la cabeza no sufre trabajo serio y basta una idea fija, cualquier sentimiento para que el corazón se me oprima y me duela como si lo punzaran. Un hombre así no tiene otro camino que el del cementerio.

A esta causa, que es justa excusa para todo, se añade la de mis niños. Si yo necesito de ellos para olvidar mis achaques y rejuvenecerme, ellos necesitan de mí para que no les falten amparo ni sombra. Es probable que cuando dejáramos de partir el pan que gano o me dan y les volviera la espalda, se dispersarían y no volvería yo a verlos...

Finalmente he consultado con tres religiosos y cinco Sacerdotes seculares, todos hombres de conciencia, y ni uno me ha dicho que acepte.

Así es que, pensando el asunto bajo todos los aspectos, no encuentro el modo de corresponder a la confianza que el nombramiento supone, y me veo obligado en concien-

cia a no aceptarlo, agradeciéndolo y estimándolo mucho más que si lo desempeñara.

Ahora perdóneme y que Dios nos junte en la gloria.
Suyo en El

Andrés Manjón

Los niños absorbían toda su atención, ellos eran su único atractivo y todo lo miraba con desprecio y con desdén; su mayor honor era vivir con los pobres y a lo pobre; los cargos eran para él una carga pesadísima que no podía soportar, y por eso consintió renunciarlos todos para esconderse en su pobre celda y convivir con los niños.

III

NÓMBRANLE HIJO PREDILECTO DE GRANADA

Suelen algunas poblaciones agradecidas nombrar *hijos predilectos* a aquellos personajes que más se han distinguido por su caridad, cultura y laboriosidad en bien de la misma población.

Pocos o ninguno habrá habido en los de Granada que más prestigio y gloria le hayan dado como D. Andrés, que gastó en bien de los granadinos las esquisiteces de su ingenio, el rico caudal de su labor, cuanto ganó o le dieron, y su misma vida, que fué una continua oblación en pro de los pobres y de los altísimos intereses de la Religión y la Patria.

Por esto no es de extrañar que Granada entera representada en su Municipio se fijara en él y acordara en Junio de 1900 nombrarle *hijo predilecto* por el mucho bien que hacía a los pobres.

Cuáles fueran los sentimientos que esta distinción le

produjo, lo revela en la carta que copio al pie de la letra.

“Excmo. Sr. Alcalde de Granada. ¡Ave-María!

Mi buen Señor y respetable amigo: Acabo de recibir su atenta y cariñosa comunicación del 3 de Junio en la que me dice fuí declarado, en sesión del 23 del pasado, hijo predilecto de Granada por el Excmo. Ayuntamiento que se honra en presidir.

Ante esta distinción, no sé qué decir, puesto que en verdad no soy sino uno entre los 72,000 que formamos la Ciudad, y nada he hecho ni dicho por lo que merezca salir del montón, ni distinguirme de la masa, donde hay tantos y tan buenos cristianos y ciudadanos, a quienes ya quisiera yo poder descalzar.

Pero lo han hecho Vds. y bien o mal hecho, hecho está, y es menester agradecerlo y en lo que resta de vida hacer algo para medio merecerlo a ser posible, y sobre todo, para que su justicia excesivamente favorable, no se halle en contradicción con los justos juicios de Dios, ante el cual sólo somos lo que somos, y no lo que los hombres piensan acerca de nosotros. ¡Qué día aquel en el cual cada cosa se pondrá en su punto y cada persona en su puesto!

Una cosa me agrada sobre todas cuantas expresan su atento oficio, y es sin duda la causa del acuerdo, la predilección que sienten por la educación de las clases necesitadas y el alcance social que atribuyen en ese sentido a las Escuelas de mis pobres niños.

Esto sí que lo estimo y agradezco sin distingos ni reservas en nombre mío y de mis niños, porque éstos sí merecen; piden y necesitan, no un amor cualquiera, sino un amor de predilección semejante al que en la familia se tiene al último y más ruín, débil y enfermo o necesitado de entre los hijos y hermanos.

Y como todo lo humano es cristiano, esta santa des-

igualdad que privilegia a los más necesitados, forma la aristocracia de Jesucristo y es (si se me permite la frase) un socialismo al revés, una ultrademocracia práctica, un algo profundamente humano, piadoso, delicado, tierno y sublime que lleva al rico y sabio y pudiente a constituirse en siervo por amor y ministro del pobre, ignorante y decaído, para mejorarle, ayudarle y salvarle, no con veneno de odios y prevenciones de clase, y menos con dinamita y revoluciones, sino amando y sacrificándose”.

Andrés Manjón

El nuevo hijo predilecto de Granada trabajó como buen hijo en bien de Granada y España sin desfallecimientos, sin desalientos y armado en todo momento con la coraza de la fe, mirando confiado a la estrella de la esperanza y cubierta con la delicada vestidura de la caridad, y esto un día y otro día hasta el 10 de Julio de 1923, en que subió al cielo.

Granada ni se olvidó, ni se olvida ni creo se olvidará de este su hijo predilecto porque su nombre y sus virtudes llenan de consuelos todos los hogares granadinos.

IV

NÓMBRANLE CONSEJERO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Dedicado toda la vida al nobilísimo ministerio de la enseñanza, habiendo estudiado profundamente el magno problema de la educación en todos sus aspectos, y sobre todo habiendo descendido del terreno de la especulación al campo de la Escuela para enseñar como un doctrino y codearse con los sencillos y con los pobres niños, ninguno más autorizado que nuestro D. Andrés para orientar la enseñanza, dirigirla, si fuere menester y aconsejar al

Maestro, para que camine con paso firme y marche sin tropiezos por el camino de la Escuela.

Y por esto no es de extrañar que las Autoridades académicas se fijaran en él, unas veces para pedirle consejo, otras para honrarle con cargos distinguidos y elevados y siempre para premiar la labor provechosisima que venía realizando en pro de la Religión y la Patria.

A estas atenciones y honores respondía con gratitud y cortesía no estudiada, sino sencilla y espontánea; pero, cuando era necesario decir alguna verdad o mantener una posición contraria, lo hacía con la santa libertad del verdadero cristiano sin preocuparse para nada del qué dirán.

En Marzo de 1902 recibió el nombramiento de Consejero de Instrucción Pública. No intentaba el Ministro ponerle con el nombramiento y promesa de subvenciones a las Escuelas del Ave-María, la dorada mordaza que por falsa gratitud sella los labios de los que debieran hablar; pero D. Andrés aprovechó la ocasión para hablar con libertad, renunciando a todo, si los honores y obsequios podrían servirle de traba.

Colocándose en esta posición, escribió al Ministro:

“Mi respetable Jefe y Señor: Agradezco el nombramiento de Consejero de Instrucción Pública correspondiente, y las palabras del B. L. M. con que acompaña la credencial.

Sobre si debo o no aceptar, lo dejo a la discreción de Vuestra Excelencia, después de decirle que no valgo ni para ingrato ni para inconsecuente.

No entendería V. E. lo que digo, si no dijera lo que sobre enseñanza y su criterio y tendencia opino. En este sentido y no en otro, me permito remitirle las Hojas adjuntas y la Memoria resumen de las publicadas

en el año pasado; que no le ofendan, pues no van ordenadas a ese fin.

Y porque esto es público, antiguo en mí y sin propósito de enmienda, dicho queda que estoy dispuesto a renunciar los honores, (que para mí son algo que se aproxima a nada), las subvenciones prometidas (aunque las Escuelas necesitan de ellas), y todo, *antes que borrar lo escrito y dejar de ser lo que he sido, y dejar de escribir y obrar como pienso y he pensado en toda mi vida.*

No tome a irreverencia esta *salida*, pues no es sino la expresión leal y sincera y franca de mi modo de ser, y no más.

Dios guarde a V. E. y El le alumbre para que no mengüe su honra ni el bien de la Patria, sino al contrario, desde ese alto puesto en el cual ha sido confirmado.

Suyo en El h. s. y c.

Andrés Manjón

Ante esta hermosísima carta, el Sr. Ministro entendió muy bien la lección y, colocado en un plano de dignidad y alteza de miras, le contestó con fecha 31 de Marzo:

“Sr. D. Andrés Manjón.

Muy Sr. mío y de mi consideración más distinguida: Cuando le nombré a Vd. Consejero correspondiente de Instrucción Pública, conocía las especiales ideas que respecto a la enseñanza profesa, asimismo el juicio que le merece todo el actual organismo social y político; pero como además de esto conozco su profunda vocación por todo lo que a la instrucción pública se refiere y sus raras cualidades de pedagogo, no vacilé en proponerle para el referido cargo.

Como a ninguna de las personas que han sido nombradas para formar parte del Consejo de Instrucción Pública

les he exigido, ni tácita ni expresamente, que abdicaran en lo más mínimo de su independencia, ni siquiera que me demostraran el menor sentimiento de gratitud, porque me he inspirado, al hacer estos nombramientos en la justicia y no el favor, entiendo que no hay inconveniente alguno en que acepte Vd. este cargo, en el cual ciertamente no ha de servirme a mí, sino a los intereses generales de la cultura patria.

Si hago estas manifestaciones por haber Vd. tenido la bondad de dejarlo a mi discreción, a pesar de las cuales, si por otros motivos decide Vd. no aceptar, respetaré su decisión”.

Leida esta carta que le dirigió el Sr. Ministro, él le contestó diciendo:

“Acepto el nombramiento, agradezco sus frases y digo: Dada la insubsistencia de personas y cosas y el desgaste de fuerzas en cuestiones de secta y bando, no acierta el alma a fundar esperanza racional de salud y mejoramiento social por el esfuerzo adunado y la constancia de todos, según lo demanda el bien de la Patria. Esta honda pena no será causa de que no trabajemos cuanto podamos hasta la muerte.

Dios alumbre a quienes rigen y gobiernan y a cuantos somos regidos y gobernados.

Suyo en El y h. s. s. y c.

Andrés Manjón

El nuevo Consejero no cejó en su campaña de prensa y Escuela y *aconsejó* con valentía y tesón de un cristiano hasta que Dios se lo llevó al cielo.

V

DECLÁRANLE HIJO PREDILECTO DE LA PROVINCIA DE BURGOS

Crecía el buen nombre de D. Andrés y su fama se dilataba por todas partes llegando al rincón más escondido de España y traspasando las fronteras.

Burgos y su Provincia se mostraban orgullosos por tener un hijo de tan gran valía y, al verle tan honrado por nacionales y extranjeros, creyéronse obligados todos los burgaleses a honrarle del mejor modo posible, ya que allí le vieron nacer, crecer y recibir los primeros impulsos del saber.

A este efecto, la Junta Provincial de Instrucción Pública reunió a todos los elementos de la Ciudad, y con gran entusiasmo le tributaron un grandioso homenaje, que tuvo lugar en el Teatro Principal de Burgos; yo asistí a tan hermosa asamblea; allí estaban representados todos los burgaleses; se habló encomiásticamente del “gran Pedagogo del siglo XX”, de “la más preciada gloria burgalesa”, del “hombre singular que lo mismo enseña en la gloriosa Universidad granadina, que instruye y educa a la raza gitana; contumaz a toda cultura”; y sobre todo del “Sacerdote Santo, que ha llenado de gloria al Seminario burgalés y a toda nuestra Provincia”.

Proclamáronle *hijo predilecto de la Provincia de Burgos*, y para perpetuar este acuerdo, fijaron una lápida de mármol en el frontispicio de la Diputación Provincial con la siguiente inscripción: “*Para honor y gloria del benemérito Sacerdote y eminente pedagogo, fundador en Granada de las Escuelas del Ave-María, D. Andrés Manjón, hijo predilecto de la Provincia de Burgos, y para estímulo de los hidalgos castellanos que del tra-*

bajo y de la virtud esperan las patrias prosperidades.— La Diputación Provincial con la Junta de Instrucción Pública en 2 de Julio de 1909 perpetúa el testimonio de su admiración.

A estos actos, que revistieron extraordinaria solemnidad, le invitaron con gran insistencia, pero todo en balde; huía de todos esos homenajes y sentía aversión hacia las alabanzas que, como dijimos antes, eran para él un verdadero martirio.

Sólo pudieron conseguir de él una carta que yo presenté al Presidente de la Junta, carta que se leyó públicamente, causando en todos una impresión gratísima, haciendo llorar a muchos y produciendo tal entusiasmo, que no es posible traducirlo con palabras.

Quiero publicarla a continuación para solaz y consuelo de mis lectores:

Señores de la Junta Provincial de Instrucción Pública de Burgos.

Granada, 16 de Junio de 1909.

Muy Sres. míos y de mi gratitud: He recibido la invitación para ir a esa en las fiestas de S. Pedro y San Pablo y presenciar el homenaje que Vds. han preparado a un tal A. M.; y después de agradecerles tanto honor, dispéñense que les diga que no puedo acceder a sus deseos.

Si Vds. conocieran como yo a ese fulano, no pensarían en rendirle honores que no merece; y por eso, si aun es tiempo, desistan de tal propósito; este es mi consejo.

Rindan homenaje de amor, veneración y respeto a la Infancia, por la cual se interesan; juren, si es menester, fidelidad a la Religión y a la Patria, cuyo porvenir depende de la educación de la juventud; levanten sobre el pavés de sus entusiasmos al Padre, Sacerdote, Maestro o Alcalde que más y mejor haya trabajado en modelar

hijos dignos de la Familia, la Religión, la Cultura y la Patria, y dejen en la obscuridad de su origen, condición, talento e insignificancia social a quien ni apreciar sabría tales excesos.

Saluden en nombre de mis niños a sus niños, en nombre de un emigrado a la Patria Chica, y en nombre de un anciano, que aun no ha perdido el juicio, a todos los jóvenes y ancianos que aspiran a hacer de Burgos la provincia modelo, para lo cual no necesitan sino insistir o perseverar en lo comenzado.

Hagan mucho y hablen poco (que así es el tipo castellano), pongan instituciones y cosas por cima de las personas, y a Dios y a su Enviado, que es el Maestro de los siglos para individuos y pueblos, por cima de todo y de todos.

Para El sea el homenaje y tributo de nuestra inteligencia y amor.

Suyo en El

Andrés Manjón

Cuando yo regresé a Granada, le hablé con todo detalle de la fiesta y del entusiasmo que produjo la lectura de su carta, y al terminar mi narración, no dije más que estas palabras del Libro de la Sabiduría: "*Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*". Vanidad de vanidades y todo vanidad.

Y estas otras: ¡*Si el mundo se arreglara con homenajes y discursos...*!

VI

S. M. EL REY LE CONDECORA CON LA GRAN CRUZ DE ALFONSO XII

Con motivo de la mayor edad de nuestro augusto Soberano D. Alfonso XIII, creóse la Orden de Caballeros

de Alfonso XII, y el primer caballero nombrado para ostentar en su pecho le encomienda de la Gran Cruz fué nuestro D. Andrés Manjón.

¡Gran caballero a quien siempre montó en burra, y no siempre cual experto ginete, pues se cayó de ella cuatro veces! ¡Una Gran Cruz a quien tantas tuvo que sufrir durante toda su vida!

¡Y honores a quien siempre huyó de ellos!

Enteróso Granada de la distinción honrosa concedida por S. M. a su querido D. Andrés, su hijo adoptivo y predilecto, e inmediatamente se abrió una suscripción para costear las insignias.

Todos los granadinos aportaron su óbolo para honrar con mucho gusto a quien huía de los honores y aplausos mundanales, y en pocos días recaudaron cantidad suficiente (y aun sobrante) para sufragar los gastos de la Gran Cruz.

Reunieron más de 1000 duros, y se formó una Comisión que había de entregar al nuevo Caballero las pesetas para adquirir las insignias.

—D. Andrés, le dijeron, aquí venimos para felicitarle por la merecida distinción que le ha concedido el Rey, y al mismo tiempo para entregarle un modesto donativo recaudado por suscripción popular para que con él pueda adquirir las insignias de la Gran Cruz.

¡Ya era hora, D. Andrés, de que premiaran en vida los sacrificios y desvelos que Vd. se ha impuesto en pro de la infancia desvalida!

—Gracias, señores, por la bondad de Vds. y de los granadinos a quienes Vds. representan, esa Gran Cruz, que yo agradezco por venir de quien viene, es evidentemente inmerecida, y no acierto a explicarme cómo se acuerdan de mí, siendo como soy un pobre hombre y nada más.

Si Vds. no se ofendieran, les diría que en mis Escuelas andamos muy mal de locales, y esas 5,000 ptas. vienen muy bien para hacer dos clase, de las que necesitamos con urgencia; clases que se llenarán de niños pobres y darán más gloria a Dios y proporcionarán más bien a la Patria, que colocando en mi pecho una cruz con colorines más o menos elegantes.

—D. Andrés, es que Granada da esas pesetas para adquirir la Gran Cruz, no para Escuelas.

—No se apuren, tendremos Escuelas y cruces; aquellas para los niños y éstas para mí, que acepto con sumo gusto. ¡La vida, señores, es una cruz continuada!; daremos, pues, gusto a Granada, a los niños y a mí, ¿no les parece?

—No nos parece, D. Andrés, pero si Vd. se empeña, haga lo que más convenga.

Convino la idea de hacer dos locales, porque se necesitaban y, ni tardo ni perezoso, al día siguiente de esta entrevista, empezaron las obras, en pocos meses gastó las 5,000 ptas.; tuvo que añadir casi otras tantas y al fin y a la postre se encontró con un hermoso local y sin las insignias de la Gran Cruz.

Vino el Rey a Granada y mostró vivos deseos de visitar las Escuelas del Ave-María, y las visitó, según vimos anteriormente; quedó prendado de aquel paraje encantador y mucho más de la humildad y caridad de nuestro venerable Fundador.

—D. Andrés, le dijo S. M., tengo entendido que Vd. es Caballero de la Gran Cruz de Alfonso XII.

—Así es, Señor, y todo debido a su bondad, que no acierto a estimar en lo que vale, a causa de mi torpeza y ruín corazón.

—Pocos merecerán esa honrosa distinción tanto co-

mo Vd., Sr. Manjón. Y... ¿cómo no usa las insignias correspondientes?

—Señor, porque se las han comido los niños.

¿Cómo es eso?

—Deseando yo (y creyéndolo firmemente) hacer bien a mi Patria, acepté el importe de una recaudación adquirida por los amigos de las Escuelas para costear las insignias, y cometí tal vez la imprudencia de construir un nuevo pabellón escolar, que es ese que S. M. está viendo.

—El Rey admiró y alabó las virtudes de D. Andrés, y le prometió enviarle las insignias en tal forma, que no se las pudieran comer los niños.

Comentando el mismo D. Andrés este para él enojoso asunto de la Cruz de Alfonso XII, escribió lo siguiente, que puede servir de lección y meditación al mismo tiempo:

FUERA DE LAS ESCUELAS

Entre gitanos.—Bajando (ya ido el Rey) un Canónigo del Sacro-Monte en su borrica para la Ciudad, se ve rodeado de gitanas y gitanos que le acosan a preguntas y peticiones por el estilo de estas: ¿Y pa nusotros no hay nada? Si es un gitaniño por lo salao y morenillo, ¿y no se ha de acordar de los pobreticos gitanos? Y menudos vivas y bailoteos y palmaás y arcos de colorines y laureles que le hemos hecho ¿y no nos va a dar naica nada? Eso que ha dado al Sr. Alcalde ¿no será pa nusotros?...

Entre caballeros.—La verdad es que las condecoraciones son para las ocasiones.

—Y quién no las tiene, cómo las va a usar?—Debe tenerlas, que para eso se le dieron.

—¿Y si las dejó pasar?—No las dejó pasar, porque

sus amigos cuidaron de sacárselas y aun para ello promovieron una suscripción.

—Entonces... ha debido usarlas.—Es verdad.

—Quien dió su dinero para las insignias, tiene derecho a ver que se han comprado, y nunca más oportuno que en esta ocasión.—Es verdad.

—Es, pues, una falta de atención y consideración lo que fulano ha hecho.—Es verdad.

Pues a decirle (todavía es tiempo) que se las ponga.
—Que se lo digan.

Y se lo dijeron. Pero los chiquillos se habían comido las insignias.

Entre cortesanos.—S. M. ha quedado complacido de la visita.—Y con él todos nosotros.

—Sin embargo, más de una vez ha mencionado lo de Caballero de la Gran Cruz, que él de su iniciativa otorgó a...

—S. M. tiene buena memoria.

—Mostrando ante S. M. la condecoración, es prueba que se estima.—Claro.

—Y no mostrándola...—Es indicio de lo contrario.

—Por eso S. M. preguntó.—Y se le dijo lo que había.

—¿Y qué había?—Pues nada; que los niños se habían comido las insignias.

—S. M. hará que otra vez no se las coman.

—S. M. tiene buena memoria.

Entre filósofos de... casa y boca.—Uno: La oportunidad es el talento de los hombres prácticos.

Otro: Conviene de vez en cuando decir alguna tontería.

Un tercero: Con ese par de reglas cualquiera necio pasa por sabio y cualquiera sabio pasa por necio e inoportuno.

Un cuarto: A votar, pues, esta proposición: ¿Cuál es más sabio, emplear una limosna en pan para los po-

bres o en placas para los caballeros? (Entre 100 votantes, 97 votaron por el pan, 3 por la placa).

2.^a proposición.—¿Cuál es más oportuno, decir estas cosas o callarlas? (Entre 100 votantes, 3 opinaron que decirlas, y 97 que callarlas).

De la votación resulta que se pueden hermanar sabiduría y necesidad.

Un filósofo moralista: ¡Oh vanidad, vanidad, quién será capaz de calcular ni conocer todas tus formas y disfraces, cuando en la misma modestia puede ir oculta la más refinada soberbia!

Un censor: Con la carda se carda la lana y con el aceite se suaviza; la carda y la alcuza son dos instrumentos utilizables, para hilanderos, escritores y censores.

Un cínico: Para hilar y tejer hay que esquilarse y cardar.

Un hombre práctico... Caballerías que dan utilidad, son algo útil; pero las que sólo dan humo de vanidad, son nocivas y perjudiciales para hombres hueros y vanos. No obstante, para gobernar, es menester contar con la necesidad.

Andrés Manjón

VII

QUIERE GRANADA LEVANTARLE UN MONUMENTO

Todas estas manifestaciones halagadoras no le conmovían, ni le daban pena ni gloria. Su rostro irradiaba serenidad, sin revelar nada que indicara que aquellas cosas emocionaban su alma. Estaba convencido de que todo lo que había en él era de Dios, y de que tales dones, puestos en otro, habrían dado mejores, más sazonados y más abundantes frutos; siempre tuvo ante sus ojos

esta preocupación, que le duró hasta la hora de la muerte: *no haber dado y devuelto a Dios todo lo que estaba obligado a darle y devolverle.*

En estos sentimientos abundaba cuando, pocos meses antes de su muerte, surgió en Granada el pensamiento de erigirle una estatua.

Invitados por el Alcalde, se reunieron en el Ayuntamiento las personas más salientes de la población, presididas por las Autoridades de todo orden. Allí se pronunciaron discursos llenos de entusiasmo, se planearon proyectos más o menos viables y se tomó el acuerdo de erigir en Plaza Nueva una estatua a nuestro ilustre Fundador.

En su soledad del Sacro-Monte oía y leía todas estas cosas con cara seria y evidentes muestras de amargura interior, dejando escapar de sus labios alguna que otra frase como ésta: “Se han empeñado en que no baje a Granada”. Ya comenzaban a decaer sus fuerzas, el edificio se conmovía en sus pilares, y sentía los principios de la enfermedad que a los seis meses le llevó al sepulcro.

Tenía entre manos la terminación de su última obra “*El Maestro mirando hacia fuera*”, y trabajaba con febril actividad temiendo le sorprendiera la muerte. No fué así por fortuna; la enfermedad y la muerte dieron tregua, y el libro se terminó en tiempo oportuno.

Leyó la reseña que el periódico “Gaceta del Sur” publicó de la sesión celebrada en el Ayuntamiento, y haciendo un paréntesis en su trabajo, escribió al Alcalde una carta que dice así:

“Sr. D. Eduardo Navarro Senderos. ¡Ave-María!
Muy Sr. mío, respetable Alcalde y querido amigo:
Recibí cuarenta bonos de pan que ayer alegraron a

cuarenta familias pobres de estos andurriales. Dios se lo pague.

Recibí noticias halagadoras de lo que a usted oyeron los canónigos comisionados para la fiesta de San Cecilio, cuando a esa Casa de todos fueron, y por ello le doy las gracias. Y paso al tercero.

Recibí ayer la "Gaceta del Sur" y con ella el chapetón de discursos estatuarios alrededor de una propuesta de usted para homenajear a A. M., elevándole una estatua, y después de dar a usted y a sus dignos compañeros expresivas gracias, me permito decirle que dejen eso para cuando yo muera (si antes no lo he echado a perder y no ha cambiado la opinión); pero hoy *no conviene*.

Concretémonos a erigir un monumento al niño en forma de Escuela y dejemos a un lado los homenajes que siempre tienen algo de personal y vano, peligroso para el que lo recibe y dañoso para lo que representa y lleva entre manos. Nadie, mientras vive, está exento de caer en culpa, ni de caer en desagrado por su culpa o sin ella, ni de que le saquen a plaza las culpas y defectos de sus obras (que nada hay perfecto), y una estatua a un mortal y pecador y vivo es un contrasentido; si es mortal, no le pega nada que huela a inmortalidad; si es pecador, no le conviene ser tentado de vanidad, y estando vivo ¿por qué se le ha de matar a impulsos de émulos *socialmente*?

Dejadle vivir mientras Dios quiera, y con él su obra, que sin monumento vive, y con él tal vez se despeñaría o decaería al pensar el público y los especializados mil cosas que suelen perdonarse a los muertos y no a los vivos.

Nada, pues, de Reyes, Gobiernos, Corporaciones, Municipios, ni pueblos; quede todo eso archivado en el arca del 31 de Enero, y que el Alcalde actual y Municipio,

como todos los anteriores, no olviden en fin del mes a estas sus Escuelas.

Sea esto todo el monumento que agradecerá siempre su aftmo. amigo y h. en J. C., *Andrés Manjón*".

Afortunadamente se impuso el buen sentido, y esta carta de D. Andrés tan hermosa y contundente hizo desistir del proyectado monumento, que hubiera sido para él el mayor bochorno de su vida.

Ya en otra ocasión (en marzo de 1919) la interesante Revista titulada: "Higiene Escolar" intentó hacer lo mismo que Granada, pero en la misma Corte de España, a cuyo efecto el Director y demás redactores de la Revista se dirigieron al Sr. Arzobispo de Valencia con la siguiente carta.

"Al Excmo. Sr. D. José M.^a Salvador y Barrera, antiguo Rector del Sacro-Monte, y hoy Arzobispo de Valencia.

Excmo. Sr.: España tiene contraída una deuda de gratitud con el venerable Sacerdote D. Andrés Manjón. V. E. conoce, como el que más, los méritos de este ilustre patricio, su antiguo compañero y gran amigo.

¿No cree V. E. que ha llegado la hora de perpetuar en un monumento el nombre del Sr. Manjón? Y ¿quién mejor que V. E. puede iniciar y desarrollar esté pensamiento?

Es cierto que al Sr. Manjón le tienen sin cuidado estos homenajes, pero sus admiradores, que somos todos los españoles, debemos hacer porque la efigie de este gran hombre se eleve en un monumento que, a la vez que tributo de cariño, sirva de recuerdo y aliento a todos los buenos.

V. E., mejor que nosotros, sabe lo que merece el Fundador de las Escuelas del Ave-María, y cómo ha de llevarse a la práctica el deseo de perpetuar su memoria.

Si V. E. bendice y acoge esta idea, nosotros, agradecidos, la secundaremos en la forma que nos indique que, seguramente, será la más adecuada, como suya.

Perdone nuestro atrevimiento, en gracia del ideal que lo mueve.

La Redacción de "Higiene"

N. de la R. HIGIENE se suscribe con cien pesetas a este proyecto de homenaje.

El Sr. Arzobispo remitió esta carta a su antiguo compañero, el cual, lleno de confusión y vergüenza, rogó al Prelado que "*por Dios interpusiera su valimiento, y autoridad para hacer desistir a esos buenos señores higienistas de semejantes locuras de estatuas y monumentos a quien no los merece*".

Esta carta se publicó en la citada Revista de "HIGIENE", se la enviaron a D. Andrés y éste, todo alborozado, escribió de su puño y letra estas palabras al pie de la Revista.

"El Arzobispo de Valencia tranquilizó a todos, dejándolo para después de muerto el del homenaje. A."

¡Buen caso hacía él de homenajes y monumentos!

Pero que amargaron su vida con tantos aplausos y proyectos, es evidente; sufrió muchísimo moral y materialmente y, convencido de *su inutilidad y carencia de virtudes*, solía decir muchas veces: "Conviene que nos conozcan de lejos, porque si de cerca nos trataran, la echábamos a perder".

VIII

ES DISCUTIDO Y A VECES OFENDIDO

Aun no ha nacido el hombre que haya sabido dar gusto a todos los hombres. Jesucristo, con ser Dios y

no hacer otra cosa que hacer el bien, fué cruelmente perseguido, aun por aquellos a quienes más beneficios y gracias concedió.

¿Qué no había de pasar con D. Andrés, como con todos los seguidores del Divino Maestro?

Los enemigos de la Escuela cristiana se levantaron en contra suya, censurando sus procedimientos, acusándole de ambicioso e ignorante y diciéndole en el mismo Parlamento que era *un Cura*, y con eso está dicho todo. ¡Cómo si el ser Cura le impidiera el hacer el bien y de balde a los pobres niños abandonados!

Jamás se defendió, cuando la ofensa era a la persona; pero, tratándose de las ideas, esgrimía su pluma con la valentía y decisión de los apologistas, y defendía a la Escuela integral o católica, sin miedo a nadie ni a nada.

A raíz de la pérdida de las Colonias, se discutió acaloradamente LAS VENTAJAS de la Escuela láica, establecida oficialmente en la desgraciada Francia.

D. Andrés no pudo contener su celo de Apóstol, y redactó aquel magnífico opúsculo titulado “Las Escuelas Láicas”, que recorrió toda España, fué alabado encomiásticamente por todos los buenos españoles y duramente censurado ¡claro es! por los láicos e institucionistas de la Enseñanza.

Es tan hermoso este opúsculo y tantas las censuras y las ofensas que le valieron a su autor, así como las alabanzas venidas del campo católico, que gozarán mucho nuestros lectores exponiendo los temas que desarrolló con tanta maestría, bien de las almas e indignación de los malos.

1.º La Escuela láica, en el nombre, es un equívoco, del cual abusa la tartufería de los políticos para engañar a los ignorantes y cándidos.

2.º La Escuela láica, a la galicana, es el ateísmo.

3.º La Escuela láica, por hacer ateos, deshace hombres.

4.º Por borrar a Dios, niega el a, b, c, en Pedagogía.

5.º Por ser anticristiana, es antihumana.

6.º Por ser atea, es antieducadora.

7.º Por no ser religiosa, es Escuela Mutilada.

8.º Por negar las verdades fundamentales, es la ignorancia vestida de Maestro.

9.º Por ir contra la civilización cristiana, es el retroceso de 19 siglos.

10. Por no seguir a Jesucristo, es el juguete de todas las sectas.

11. Y pretendiendo ser neutra, es la Escuela del sectarismo pésimo.

12. Y llamándose amoral, es profundamente inmoral.

13. Es inmoral, porque no cabe dentro de la libertad honrada.

14. Es inmoral, porque es el libertinismo aplicado a la infancia.

15. Es mala, porque es la Escuela del odio anticristiano.

16. Es mala, porque es la negación y ruina de la Patria.

17. Es mala, porque es la negación de la naturaleza humana.

18. Es mala, porque lógicamente produce la ruina universal.

19. Es mala, porque es la Escuela de todas las negaciones.

20. Es mala, porque es el medio de hacer permanentes las revoluciones.

21. Es mala, porque es el hacha puesta a la raíz de la vida.
22. Es mala, porque es el arte de hacer desgraciados.
23. Es mala, porque es la maestra del suicidio.
24. Es mala, porque exige aumento de cárceles y cuarteles.
25. Es la Escuela láica cualquier cosa, menos Escuela.
26. Como que es, o la esclava del Estado, o la anarquía docente.
27. Como que es la secta de mayores errores y menos hombres, que trata de imponerse a todos.
28. Como que es el disolvente de la concordia que debe haber entre Padres, Sacerdotes y Maestros.
29. Como que sirve para hacer de hombres fieras.
30. Como que, por deshacer hombres, lo deshace todo.
31. Y no obstante, la Escuela láica es el ideal de nuestros anticristianos.
32. Y se están poniendo los hitos para imponerla.
33. Y en España, dada la omnipotencia y arbitrariedad de nuestros gobernantes, todo es posible.
34. Ya el liberalismo prepara el terreno con el sofismo aprendido del racionalismo.
35. Y la impiedad, vestida de libertad, empuja para lo mismo.
36. Sin reparar los políticos que el laicismo docente es una estupidez en política.
37. Ni fijarse en que aquello que la razón y la Iglesia condenan, nadie lo salva.
38. Ni en que la Escuela atea o láica es un enorme fracaso en Francia, que es criadero, semillero y aventador.

Todas estas ideas fueron tan magistral y apostólicamente expuestas por nuestro venerable Fundador, que hicieron pensar a los láicos, dar un salto atrás a los gobernantes y fueron motivo de júbilo, admiración y respeto hacia su ilustre autor.

Muchos se levantaron contra él, apellidándole fariseo, retrógado, jesuitón y otros *honrosos* calificativos, que él recibía y aceptaba con verdadero gusto, por venir de donde venían, y porque observaba el efecto consolador que había producido su célebre opúsculo.

“Conviene, decía, que nos ofendan y censuren de vez en cuando para que el incienso de las alabanzas no nos ciegue y haga perder todo merecimiento”.

Y sí en las alabanzas se mostraba insensible, porque llegó a convencerse de que nos la merecía, en los vituperios y en las ofensas le ocurría lo mismo, y en toda ocasión y momento la *ofensa y el perdón* se hermanaron e identificaron mutuamente.

Si en los honores que recibió se prueban la humildad y el equilibrio espiritual; también recibió agravios que piden fortaleza para soportarlos sin perder la paz y quedando en libertad de decir la verdad sin agravio de nadie.

Escribía D. Andrés con esa libertad y en sus escritos tocaba las llagas sociales de clases y personas, hirieron en lo vivo, aunque con el mayor respeto. Descubría el mal y lo azotaba, pero respetaba y compadecía a las personas. Algunos sin embargo se daban por personalmente ofendidos, y esto le mereció acometidas, alusiones y aun insultos.

Muchos se podrían citar de más alto o bajo vuelo, pero sea bastante el que acaeció con un Maestro Nacional. Era éste director de un periódico o revista profesional; y teniendo por ataques las censuras que en el

terreno de las ideas D. Andrés prodigaba a Escuelas y Maestros de todas clases y alturas, tomó el desquite en su periódico; y en una serie de artículos llamó al P. Manjón: calumniador, fariseo, vano, inmodesto, populachero, sectario repugnante, Pantoja, negociante, empresario y explotador de la caridad, insultador, despreciador inaudito y mofador inusitado del Magisterio.

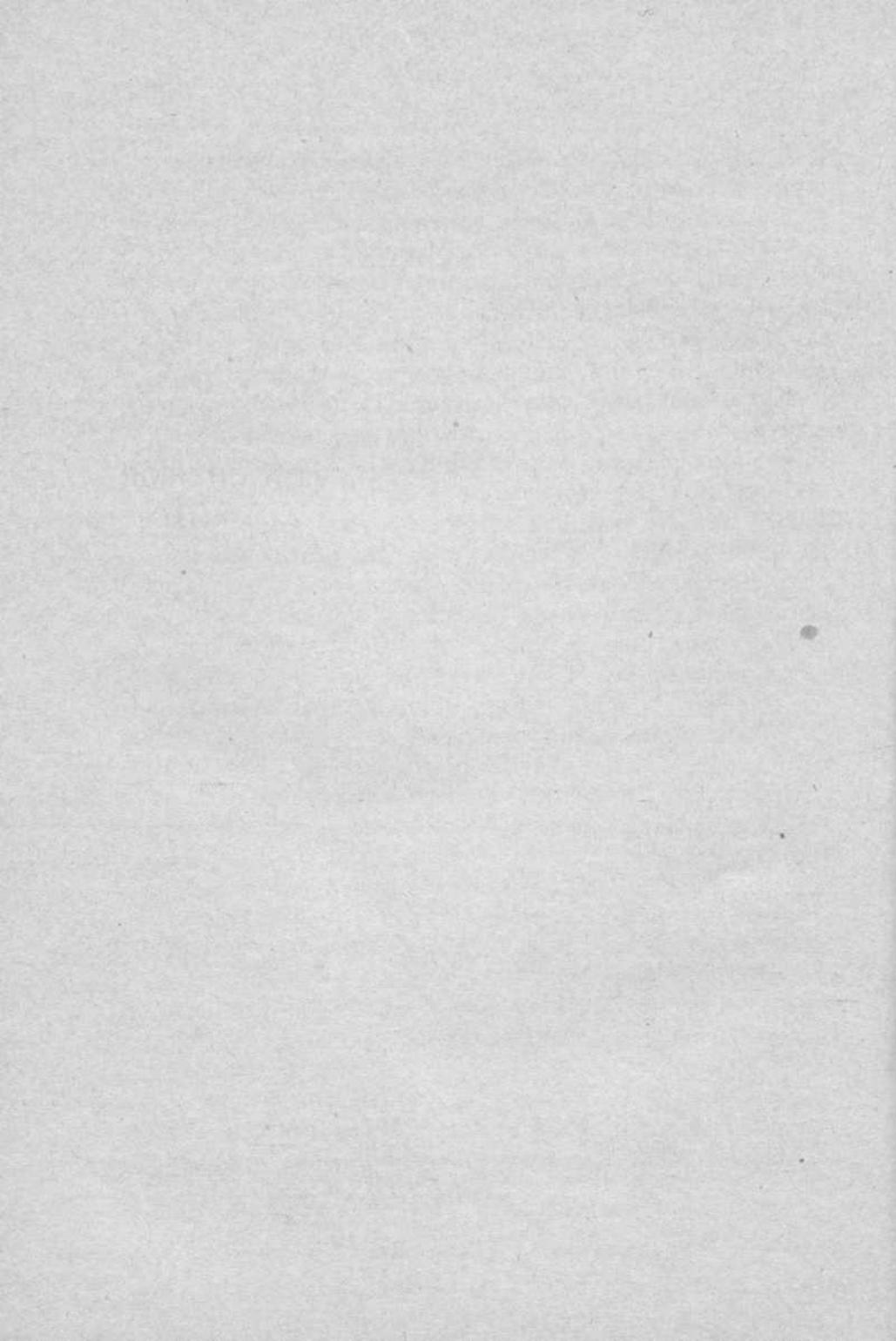
A semejantes impropiedades pudo muy bien dejar de contestar, despreciando al agresor, como hizo el severo Catón herido por un esclavo; pero pensó que era más cristiano imitar al Divino Maestro que, herido por Malco en casa del Pontífice, no tuvo a menos de preguntarle por qué le había herido, y escribió al Maestro Nacional una carta que rebosa caridad y fortaleza, humildad y dominio de sí mismo, en los siguientes términos:

“Muy Sr. mío y estimado profesor: Nací en un humilde lugarcillo de 50 vecinos, de padres muy pobres y atrasados, que ya murieron, el uno destripando terrones, el otro atizando puchros, con lo cual está dicho que no soy *hijo de príncipes*, sino *campesino, rural, aldeano*, y no he escrito el párrafo que el periódico dirigido por usted me atribuye y en el cual se apellida a los Maestros *pobres campesinos*, ni soy enemigo de los Maestros de la aldea en la aldea, Maestros de campo en el campo y para el campo, en vez de Señoritos, que rara vez *ligan*, rara vez *pegan* en las humildes aldeas”. Después de otras explicaciones y aclaraciones termina con estas hermosas y cristianas palabras respecto a los insultos: “Todos los acepto, unos por ser verdad, otros por ser injuria, lo que no acepto es el párrafo, *porque yo no lo he escrito*”.

Y no dijo más.

Nunca conoció el rencor ni jamás ofendió en sus escritos al que militaba en campo contrario; sólo discutía las ideas, no las personas.

VIDA INTERIOR



XXXIX

EL SACERDOTE

Aunque algunos admiradores de D. Andrés han llegado a creer que perdió la vocación sacerdotal en aquellos luctuosos y revueltos días del año 1868, se equivocan, pues, si es cierto que suspendió su ordenación, una vez terminados sus estudios de Teología, no lo es menos que no pasó para él ni un solo día en que no oyera a todas horas la voz de Dios que le decía: "*Tu eris Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedec*"; ¡tu serás Sacerdote...!

Lo que le ocurrió fué que, al ver a sus predilectos amigos dejar el mundo para asegurar su salvación, él sintió miedo a la ordenación sacerdotal, por considerarse indigno de tan santo y altísimo ministerio; creyó prudente esperar, para mejor conocer y estudiar las condiciones que debe tener un sacerdote santo, y al fin se decidió a estudiar el Derecho, singularmente el que se refiere a la Disciplina Eclesiástica, que era lo que más le agradaba y lo que más relación tenía con las aficiones de toda su vida. Aunque vive en el mundo y forzosamente ha de convivir y tratar con la inexperta y alegre juventud; aunque a diario asiste a la Universidad Vallisoletana en la que encontró ideas y personas muy

alejadas de la ortodoxia católica, él luchó *contra la corriente* y salió valiente y decidido a reñir las batallas del Señor con la pluma y con la lengua, con la oración y el sacrificio contra el *progresismo de entonces*, que no era otra cosa que el ateísmo disfrazado de racionalismo y positivismo.

Pasa en Madrid una larga temporada, respira el aire viciado y peligroso de la Corte, y no sólo no se deja contagiarse, sino que por el contrario, sale a la palestra, empuña la pluma, maneja a la perfección el látigo de la sátira, discute con los enemigos de la Iglesia y no tiene inconveniente alguno en perder su brillante porvenir con tal de salir por los fueros de la verdad.

Donde quiera que va, ejerce su apostolado, y es que siente la vocación sacerdotal, y se prepara maravillosamente para subir al altar, como al fin lo consigue en la forma tan ejemplar y edificante que vimos anteriormente.

¿Qué decir de su vida sacerdotal?

Desde el momento en que vistió la humilde sotana del Sacerdote, se consagró totalmente a Dios, y no hacía, ni pensaba, ni quería otra ocupación que ejercitarse en obras de celo. Aquel "*Zelus domus tuæ comedit me*" se cumplió al pie de la letra en este modelo de Sacerdotes.

Celo por extender la gloria de Dios, celo por promover vocaciones para el Sacerdocio, celo por hacer el bien y procurar corazones que supieran amar al verdadero Amor, celo por propagar la verdad mediante su incansable pluma y persuasiva y originalísima palabra; y celo que le llevó a darlo todo, incluso su misma vida por enseñar y educar a la niñez y juventud abandonadas.

En todo aparecía como Sacerdote ejemplar; en la oración, que nunca omitió, porque estaba plenamente convencido de su importancia y necesidad; al celebrar la Santa Misa en la que parecía como Sacerdote lleno del amor de Dios, y que contagiaba a quienes la oían;

en su conversación y trato con los prójimos, a los que procuraba ganar con palabras y frases llenas de gracejo y gusto espiritual; en sus lecciones hermosísimas, que eran como lazos o anzuelos en los que caían apasionados y con mucho gusto sus numerosos alumnos; en su porte y vestido, siempre pobre, aunque limpio; siempre humilde y venerable; siempre sencillo y cariñoso; nunca pretencioso y vano.

Todos los granadinos le contemplaban con veneración y respeto, al verle entre sus pobres niños con su cabeza plateada por las canas, su mirada dulce, penetrante y atrayente, su sotana y manteo remendados, su sonrisa significativa, y su profunda humildad, que le hacía esconderse de los hombres por temor a las alabanzas.

Ordenado de Sacerdote para trabajar, nunca estuvo ocioso, y su lengua no paró de predicar, enseñar y corregir hasta momentos antes de su muerte.

“Sembremos ideas y prediquemos con la palabra y con el ejemplo, pues somos sembradores y predicadores de la verdad; un perro que no ladra, ¿para qué se quiere?; un Sacerdote que no predica o enseña, ¿para qué sirve?; *“labia Sacerdotis custodient scientiam”*. Así decía D. Andrés, y no podía concebir que hubiera Sacerdotes que pasaran la vida en perpétua holganza, habiendo tanto que hacer.

“¡Dios mío, añadía en otra ocasión, si está todo por hacer!; faltan Apóstoles que sepan trabajar, Sacerdotes que acierten a manejar lengua y pluma, Maestros que hagan Escuela cristiana y española, y en una palabra hombres de celo, o corazones que sean algo más que pedacitos de carne”.

Este fué su programa, trabajó como un Apóstol; su pluma no se secó, su lengua no descansó; hizo Escuela ideal y pasó la vida abrazado al sacrificio, que es el distintivo del verdadero Sacerdote católico.

—D. Andrés, le decían algunos amigos, ese sombrero, esa sotana verde, ese manteo agujereado no están bien en Vd.; merece un poco más.

—Andamos mal de recursos, amigos míos; los pobres son muchos, el hambre no tiene espera, y no hay tiempo, ni gusto, ni deseos de pensar en perifollos; aun podemos pasar; además, ¿qué dirían mis niños si me vieran con manteo y sotana a lo *Canónigo*?; nada, nada, bien estamos así.

Esa caridad sacerdotal llegó en él a constituir una costumbre, digna desde luego de toda alabanza.

Dar al pobre lo que sobra, tapar boquillas hambrientas, restañar y remediar las heridas causadas por la penuria y escasez, vestir al desnudo y socorrer al necesitado, esa fué su única preocupación desde que subió al altar.

Decía con la pluma, con la palabra y con los hechos: “Las Matemáticas de Dios son el reverso de las de los hombres; he aquí sus teoremas:

- 1.º El que más da más tiene.
- 2.º Viaja y camina sin sandalias y sin bolsa.
- 3.º No pienses en qué has de comer, beber o vestir.
- 4.º Trabaja, confía, mira a Dios y nada te faltará.
- 5.º ¿Quieres ser rico?... da mucho
- 6.º ¿Quieres ser pobre?... atesora el metal que se enmohece. Nuestro tesoro son los pobres; ellos son los que nos han de llevar al cielo”.

Estas Matemáticas tan singulares las dominó nuestro siervo de Dios en tal forma, que llegó a ser un consumado matemático o providencialista que es lo mismo.

Para confirmar esta verdad, que hablen los pobres todos de Granada, a quienes socorrió en sus múltiples necesidades con mano pródiga; que lo digan los miles y miles de niños educados, alimentados y vestidos por su inagotable caridad; que muchos *señoritos* de hoy nos indi-

quen a quién deben su señorío, educación y carrera; que se levanten los innumerables Sacerdotes y Religiosos que hoy viven en España y nos refieran los principios de su Carrera y vocación; preguntad a la masa obrera de Granada por qué saben ganar honradamente el pan que se comen; y todos nos dirán con voz unánime; “Lo que somos y valemos, nuestra Carrera, oficio y ocupación, a D. Andrés se lo debemos; ¡ah, si hubiera muchos D. Andrés!”

Su desprendimiento y caridad no tenían límites, y en tal forma se había acostumbrado a dar cuanto tenía, que no podía vivir tranquilo, mientras no socorriera a los pobres y singularmente a los niños.

El pueblo, que tiene el instinto de apreciar y reconocer mejor que nadie lo que valen las virtudes de los hombres, le apellidaban *el 2.º S. Juan de Dios*, y él, poseído de la natural confusión y vergüenza, contaba: “¿Pero qué hago yo de particular?; ¿a medio cumplir con el deber sacerdotal llaman Vds. virtudes extraordinarias?”

Por el proceso de esta *Vida* se ha visto su espíritu de pobreza y mortificación, sus trabajos y afanes apostólicos, sus deseos insaciables de reconquistar espiritualmente a Granada y a España, pero viviendo con él, como yo viví, se aprecian muchísimo mejor esas virtudes.

Su vida fué una continua mortificación; cama pobre, aunque limpia; habitación de estudiante, sin más muebles que dos o tres sillas, una mesa y muchos libros; su comida, como antes dijimos, tan frugal y pobre como la de un humilde labriego; dormía poco, trabajaba sin descanso y desafía las inclemencias del tiempo sin quejarse; aceptaba de buen grado los muchos disgustos que a diario recibía, porque eran para él “los regalillos y dones del Señor”; y en todo, en todo aparecía como el ejemplar acabado del Sacerdote santo

Esto no obstante, en los últimos días de su enfermedad le atormentaba el escrúpulo de *haber hecho poco bueno* durante su vida sacerdotal.

¿Qué quería haber hecho, después de tantos trabajos pacientemente sobrellevados en pro de la Religión y la Patria?

XL

EL MISIONERO

La misión del Sacerdote es *misionar*, o anunciar la verdad a toda criatura.

El Canónigo del Sacro-Monte está obligado con obligación de justicia, por razón de las Constituciones de aquella Santa Casa, a ejercer ese ministerio tan santo del misionero durante un mes en los pueblos de la Diócesis, y habitualmente entre los alumnos del Colegio o habitantes de aquellos alrededores.

Encuadraba admirablemente en el carácter y vida apostólica de D. Andrés esta vida misional, y mucho más si se tienen en cuenta los calamitosos tiempos que corremos, que nos incitan a todos a misionar sin canso y a ser apóstoles del bien.

Que era un misionero consumado, se demuestra leyendo esta *Vida*, pues no hizo otra cosa durante su sacerdocio que misionar y enseñar. A todo le sacaba su moraleja, y en tal forma, que si daba algún premio, alguna estampita, algunas monedas, se habían de ganar por los interesados, contestando a alguna pregunta de Moral o Catecismo.

—¿Qué estampa es ésta?— ¡Miradla bien!

—El Niño Jesús con palomicas a su alrededor.

—Perfectamente. El que me explique el significado

de esas palomas, blancas como el hampò de la nieve, y la mirada penetrante del Divino Niño, se lleva la estampa.

.
.

—¿No lo sabéis?... oid bien; ese Niño tan hermoso vino al mundo a buscar y ganar las almas; son su encanto las almas blancas o limpias y sin pecado, y le apena y hace derramar lágrimas las manchadas por el vicio; singularmente del vicio feo; esas palomitas son el símbolo de las almas santas.

¿Queréis mucho al Niño Jesús?

—Sí señor.

—Pues ofrecedle almas puras, almas sin pecado para que os quiera mucho el Niño Jesús.

Y en esta u otra forma parecida ejercía entre los niños su ministerio misional de modo inimitable.

Aparte de este ejercicio cotidiano y nunca interrumpido, dió cuatro misiones en diversos pueblos de la Provincia de Granada, las cuales constituyeron un verdadero triunfo de la virtud sobre el pecado, de la verdad sobre el error.

Bastaba el anuncio de que D. Andrés iba a dar la Misión, para que los pueblos en masa salieran de su indiferencia y se acercaran con fervor a recibir los Santos Sacramentos.

Los pueblos que misionó no le pueden olvidar, porque la fama, justa y noblemente adquirida, de que iba precedido, se confirmaba con el ejemplo de su vida misional, pues no descansaba un momento, y todo le parecía poco para ganar las almas; lo mismo predicaba en el púlpito que en medio de la calle; igualmente enfocaba sus hermosas lecciones de Teología Pastoral para ganar las almas de los mayores, que agrupaba a los niños pa-

ra educarlos y prepararlos convenientemente a recibir la Penitencia y Comunión.

Maestro de niños y Maestro tan original, no es de extrañar que en las Misiones se valiera de los niños para ganar a los grandes; con ellos jugaba, cantaba y *hacía corro*, al que venían todos los vecinos por mera curiosidad, que después se convertía en admiración y en deseos de mejorarse.

EL AÑO 1883

Misionó con su compañero D. José M.^a Salvador Barrera (más tarde Obispo de Madrid y Arzobispo de Valencia) y con el Capellán D. Gaspar García Valdecasas, en los pueblos de Capileira, Pampaneira, Trevélez, Bubión y otros, consiguiendo tan abundante fruto, que no quedó ni un sólo habitante sin reconciliarse con Dios.

Dos años hace que pasé yo por alguno de esos pueblos misionados por D. Andrés, y todos recordaban con gran gozo aquellos días de Santa Misión, en los que nuestro siervo de Dios realizó una labor tan provechosa que jamás olvidarán los sencillos labriegos de aquellos pueblos de la sin par Sierra Nevada; y todos mostraban la pena consiguiente, al enterarse de que su antiguo y celoso Misionero había pasado a mejor vida.

EL AÑO 1894

Acompañado del Canónigo D. Francisco Medina y del hoy Magistral de Jaén, D. Adolfo Sánchez Ortega, dió una hermosa Misión en Deifontes, Güevejar, Pulianas, Pulianillas, Jun y Calicasas, predicando con gran fervor, enseñando singularmente a los jóvenes y niños el arte de divertirse sin pecar y haciendo que todos, desde el más anciano hasta el niño que empieza a reflexionar

se acercaran al santo tribunal de la Penitencia y a recibir la Santa Comunión.

Aun se acuerdan los entonces mozos (y hoy hombres cabales) de esos pintorescos pueblos del cielo desplegado por nuestro Misionero y del fruto cosechado en aquellos imborrables días de consuelos y gracias espirituales.

Gran número de esos misionados, vinieron a rezar y a llorar ante el cadáver de D. Andrés, al enterarse de su fallecimiento, y todos recordaban y publicaban los apostólicos trabajos que durante un mes realizó para bien de sus pueblos respectivos.

EL AÑO 1908

Organizó otra Misión en compañía de su compañero D. Antonio Montes y el hoy Capellán Real D. Alfonso Izquierdo en Asquerosa, Zujáira y Escoznar, pueblos envenenados por el *protestantismo* y alejados por completo de Dios y de su Iglesia.

Que consiguió mucho fruto, está a la vista, pero él mismo confesó con gran pena, que no todos cayeron en los suaves lazos de la divina misericordia, porque no es tarea fácil dar vida moral a las almas envenenadas por la prensa y engañadas por la predicación materialista y endémica de *los émulos de Lutero*.

Sufrió mucho D. Andrés en esta Misión, al ver que los hombres huían del templo por sectarismo y odio a nuestra Santa Religión y, deseando poner remedio a tan grandes males, creó dos Escuelas del Ave-María para, por medio de ellas, infiltrar en aquellos corazones averiados el espíritu de la verdad; estas Escuelas en poco tiempo se poblaron de niños y poco a poco van introduciendo en las familias aquellas cristianas costumbres, que olvidaron y despreciaron por el afán de novedades.

Nuestro ilustre misionero sabía por larga experiencia que los niños son el mejor fermento para regenerar a un pueblo, y en ellos se afirmó para salvar a esos pueblos minados por el protestantismo.

EL AÑO 1912

Recorrió con D. Manuel Medina (hoy Obispo Auxiliar de Granada) los pueblos de Vélez Benaudalla, Pinos del Rey, Mondújar, Talará y Chite, trabajando como un joven y dando a todos ejemplo de actividad, fervor y celo.

Yo he visitado recientemente a Vélez, y todos sus vecinos recordaban a D. Andrés, como se recuerda a un Santo.

—Mire Vd., me decían, un día reunió a todos los niños del pueblo en la Plaza principal, y tales cosas les dijo e hizo con ellos, que el entusiasmo de los pequeños contagió a los grandes, los cuales acudieron en masa a ver y oír a D. Andrés, el cual tuvo que predicar desde un balcón, y predicó con tal unción y fervor, que durante tres días consecutivos, estuvieron confesando los misioneros, no quedando *ni uno sólo* sin ponerse bien con Dios.

Temiendo D. Andrés los aplausos y vitores de aquel pueblo agradecido, aconsejó a sus compañeros a salir de madrugada, pero no le valió la estratagema, porque suponiendo el pueblo *la huida*, se anticipó a los deseos de su venerable Misionero, y chicos, grandes y medianos acudieron a la salida del pueblo para rendir un tributo de amor y admiración a D. Andrés y a sus dignos compañeros.

TODA SU VIDA SACERDOTAL

fué una misión no interrumpida, porque el Camino del

Sacro-Monte recibió habitualmente los beneficios de su apostolado misional; las Escuelas por él fundadas, ¿qué son sino una Misión permanente en la que se educan de día y de noche (sólo en Granada) más de 2000 niños y jóvenes?

Esta su obra misional duró hasta momentos antes de su tránsito a mejor vida.

Habló poco antes de morir a unos ordenados, alumnos suyos y les dijo con gran dolor de su alma: “¡Oh si yo os pudiera comunicar ahora el verdadero espíritu sacerdotal!; no seáis nunca *ganapanes* con sotana o mercantilistas de vuestro apostolado; debeis suspirar por ser *ganasacrificios* y *ganaalmas*; sacrificios para vosotros y almas para Dios; a esto nos obliga el sublime y más que angélico estado sacerdotal.

Yo me ordené tarde (a los 40 años), y he podido *trabajar poco*; vosotros, que sois jóvenes, aprovechad el tiempo; y suplid con vuestro celo lo que los viejos no supimos ni pudimos hacer. ¡Dichoso el Sacerdote que sabe y quiere trabajar!”

Excusado es decir la impresión que estas palabras de nuestro casi moribundo causaron en los jóvenes ordenandos.

Y así en todas sus cosas; por eso podemos afirmar sin exageración alguna que su vida fué una Misión no interrumpida.

XLI

EL PREDICADOR.

Si por predicar se entiende pronunciar discursos grandilocuentes llenos de párrafos atildados, salpicados de escogidas frases y con el vivo interés de rebuscar pen-

samientos profundos para llamar la atención, entonces D. Andrés no fué nunca predicador.

Si por predicar se entiende repetir el sermón más o menos elocuente pronunciado por un orador de fama ante un público selecto e instruido, tampoco D. Andrés fué predicador. Si predicar vale tanto como decir palabras que salen de la boca envueltas en el ropaje que determina la oratoria mundana, y no ideas salidas del corazón, jamás a D. Andrés se le ocurrió subir al púlpito para perder el tiempo.

En cierta ocasión fuimos él y yo a oír un sermón que había de predicar D..., célebre orador y persona de prestigio en lo que llaman altas esferas.

Asistían los Reyes, el Gobiérno y un público numeroso y distinguido; el predicador se olvidó que era Sacerdote y hablaba y gesticulaba como pudiera hacerlo el más apuesto y elocuente de nuestros parlamentarios; buscaba con grande afán frases de relumbrón para arrancar aplausos; manejaba en todo momento el incienso de la adulación y no le oímos ni una sola idea que pudiera llegar al alma.

—Si yo fuera Obispo, me dijo D. Andrés, quitaba las licencias a ese bendito Padre; eso no es predicar; eso es lo mismo que perder el tiempo.

—Medita diariamente, aconsejaba a un Sacerdote Avemariano, reza bien el Oficio Divino y predicarás bien.

D. Andrés no fué nunca predicador de púlpito, ni jamás permitió que su nombre figurara entre los predicadores de cartel, y sin embargo era un gran predicador, y mejor dicho, un *gran platicador*. ¡Qué pláticas tan hermosas y tan originales! ¡Cómo caían en el alma de sus oyentes aquellas ideas que salían de su alma enamorada y cuán gran fruto producían!

Si hablando o predicando a los extraños, los atraía

con el imán de su palabra persuasiva, cuando platicaba a los niños, a la gente de casa, se excedía a sí mismo, diciendo cosas tan sencillas y tan bien dichas, que robaba el corazón.

Todos los Domingos explicaba el Evangelio, leía con voz pausada en el misal lo que él llamaba “la lección de Jesucristo” comentaba con brevedad (para no cansar) esa hermosa lección evangélica, dialogaba ocurrentemente con Profesores y discípulos, y por último, sacaba consecuencias prácticas, que hacía repetir y copiar para mejor grabarlas en el corazón e inteligencia de sus oyentes.

¡Cuántos predicadores de gran fama fueron a oírle como si fueran doctrinos, y a cuántos hizo llorar y pensar con sus pláticas o sermones populares!

Recuerdo que fui con él a una Ciudad castellana el año 1919; visitamos un convento de religiosas franciscanas, y una de ellas estaba achacosa por su edad avanzada y las muchas enfermedades con que Dios la visitó.

Por tratarse de D. Andrés, bajaron al recibidor todas las Religiosas, incluso la enferma y anciana, y le rogaron que les predicara, por si no le veían más.

Y D. Andrés les predicó y dijo: “Hablaré a la enferma y a las sanas, pero no sé lo que saldrá *“quia egenus et pauper sum ego”*”.

—Miren venerables religiosas, Dios todo lo hace bien: nacemos como los topos, ni vemos, ni oímos, ni podemos movernos, nada, no somos nada; al entrar en el mundo, el Señor nos dá vista, oídos, pies y manos, inteligencia y corazón para que aprendamos a ver y oír sin peligro, a movernos y a trabajar sin dificultades y a pensar en su gloria y en su justicia para amarle y servirle sin cesar.

Pasa la vida y viene la vejez para entrar muy en bre-

ve en la eternidad, y Dios, Bondad Suma y Sabiduría Infinita nos quita la vista y el oído, el movimiento y todos los sentidos; para que, olvidándonos del mundo, y recluyéndonos en el interior de nuestra conciencia nos preparemos para emprender el gran viaje y entrar en aquel mundo desconocido que llaman eternidad.

Nosotros, pues, viejos sin vista ni oído para ver y oír lo que nos rodea, suspiremos por el más allá y veamos y oigamos a Dios que nos dice: "*Tempus prope est jam hiems transiit*". Poco nos queda en este destierro; pronto iremos a la Patria. Que así sea, hijas mías, y que recíprocamente nos ayudemos para vivir y morir bien".

Aun recuerdan aquellas observantes Religiosas esta tierna plática de nuestro D. Andrés y nunca se me olvidarán a mí aquellas palabras que él pronunció entonces por dos o tres veces: "Poco nos queda, poco nos queda; con esto hasta la eternidad".

Y así fué.

Donde quiera que hablaba, conseguía ganar el corazón y se abrían siempre las fuentes de las lágrimas, porque eran palabras de un hombre lleno del espíritu del Señor.

En el Seminario de San Telmo (Sevilla) pronunció plática tan hermosa a los seminaristas en el año 1913, que aun se acuerdan de "aquel anciano venerable de plateada cabeza y de corazón y alma grandes que amaba y hacía amar, que sentía y hacía sentir, y que poseía el resorte misterioso de ganar almas por la persuasión, y corazones por el amor".

¡Cómo gozó en aquel día y en aquella mañana el Excmo. Cardenal Almaraz y con él sus queridos seminaristas oyendo a D. Andrés!

Todos los sábados por la noche platica un Canónigo del Sacro-Monte a los alumnos que allí se educan; to-

dos aquellos capitulares son hombres de saber y de virtud, pero no sé qué tenían las pláticas de D. Andrés que las oíamos con tal gusto, y era tanto el interés que sentíamos en sus frases, que todo nos parecía poco y se nos figuraba que el reloj se adelantaba, porque era una media hora muy corta.

D. Andrés estuvo predicando siempre; para cada niño tenía un consejo o una advertencia; a cada Maestro una idea o un pensamiento; a cada estudiante su réspice o una palabra de aliento.

Era el predicador evangélico, popular; su púlpito era la calle, la plaza, la clase, la Iglesia, el jardín, *hasta la burra* que le llevaba, rodeada de niños y desde la que predicaba preguntando, regalando estampitas, avellanas o caramelos a quien las ganara, y en todo tiempo y lugar estaba dispuesto a gastar saliva y garganta para hacer el bien.

Decía: “¿No véis al comerciante imponerse largos viajes y sufrir molestias sin cuento para expender su mercancía?”

¿Qué no hace un estudiante para obtener un aprobadoillo?

¿Qué el periodista para formar lo que él llama la opinión?

¿Qué el amigo del dinero para obtener con él una pingüe renta o ganancia...?

Pues si el mundo en general nos dá muestras de celo para conseguir un fin más o menos plausible, ¿qué hacemos nosotros que no nos volvemos locos predicando al mundo virtudes con la lengua y con el ejemplo ¿dónde está nuestra vocación? ¿dónde nuestro celo? ¿dónde aquel “*argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina*” de San Pablo?”.

El predicaba así, el sermón siempre surtía efectos saludables, y era su voluntad que los Maestros del Ave-

María fueran también predicadores, y para ellos escribió sus “Hojas Evangélicas” o el Evangelio aplicado a la Escuela. Dedicó un ejemplar al Maestro que esto escribe y de su puño y letra escribió:

“Tender un puente entre la Iglesia y la Escuela, el Cura y el Maestro, es el pensamiento de este librejo, que ampliaréis los que me sucedáis, *Deo volente*”; es decir, que nos encargó a los Maestros la predicación en calidad de coadjutores del sacerdote, ya que unos y otros estamos obligados a educar, por delegación o por derecho divino.

Decía él en muchas ocasiones que se predicaba mucho y se predicaba poco; mucho, porque eran muchos los que suben al púlpito para predicarse a sí mismos; y poco, porque son pocos los que saben predicar a estilo del santo Cura de Ars.

Los niños piden lenguaje infantil o asequible a sus tiernas inteligencias, ¿por qué se ha de emplear para ellos el lenguaje que no pueden entender? No extrañe, pues, que D. Andrés hablara a sus queridos niños con tanta sencillez, que se les veía con sus boquillas abiertas, embelesados y como electrizados, al explicarles las verdades de nuestra Santa Religión.

A las personas mayores sabía hablarlas con la caridad y celo de consumado misionero, como dijimos antes, a las que ganaba para Dios con su palabra de Apóstol.

Y siempre encontraba una ocasión propicia para convertirse en predicador, diciendo gráfica y ocurrentemente que “a él le servía de púlpito su misma borrica”. Y en efecto Granada entera le vió subido en su burra, rodeado de pequeñuelos y madres, a quienes catequizaba o predicaba con gran fruto y edificación.

“Me paso la vida hablando, y voy a terminar por no saber hablar”. Así decía alguna vez, queriendo decir

con esto que aprovechaba todas las ocasiones para ejercer el apostolado de la palabra, sin preocuparse para nada del atildamiento de la frase ni de redondear los párrafos de sus discursos o pláticas.

Y así terminó su vida, como más adelante veremos, al reseñar los días de su enfermedad, de los que podemos decir sin exageración alguna que fueron una continua predicación.

XLII

EL MAESTRO

Estudió cual ninguno el árduo problema de la enseñanza y educación; había aprendido en el hermoso campo de la Escuela lo que es el niño y lo que debe ser; y no se contentó con el estudio, sino que fué el despertador de santas aficiones, el propagandista incansable de una Escuela cristiana, humana y española, y el orientador durante muchos años de la enseñanza racional de la niñez, hasta el punto de convertir sus típicas y hermosas Escuelas Avemarianas en exposición o Colonia permanente de procedimientos nuevos, adonde acudieron gran número de Maestros y Pedagogos, no sólo a conocer la Obra, sino a su venerable Fundador.

D. Andrés quería una Escuela alegre y tronó en todo momento contra la Escuela salón; huyó del *rutinarismo* pedagógico y suspiraba por el desarrollo armónico y progresivo de las facultades todas del educando; condenaba el orden cuartelero, y se entusiasmaba con el *desorden ordenado* que debe reinar en toda Escuela de niños; no concebía el *bachillerismo* o manía de muchos Maestros de cargar al pobre niño con libros y más libros; y en cambio usaba a todas horas el gráfico, el diálogo y la *personalización*, en cuanto es posible, de las

diversas Asignaturas; juego y canto, santa alegría y todo ello en forma pedagógica, eso fué como el eje a cuyo alrededor giró su Pedagogía o procedimientos educativos; pero en tal forma, que no había una lección sin su Moral o conclusión catequística.

Por vía de ejemplo, quiero traer aquí una de sus muchas y sustanciosas lecciones.

Quería demostrar gráficamente que a Dios le ven todos y cada cual desde su punto de vista y distribuyendo a los niños en tantos grupos como ideas aspiraba a enseñar, empezó su lección diciendo:

Decidme, florecitas, ¿quién os ha vestido mejor que a mí me vistió mi madre? (Pregunta una niña). Decidme, animalitos corredores, ¿quién os ha calzado mejor que a mí el zapatero? (Pregunta de un niño descalzo).

Decidme, pajarillos, ¿quién os ha adornado con tan bellas plumas y colores? (Pregunta de una joven).

Decidme, vivientes todos ¿Quién os ha preparado la comida? (Una cocinera).

Decidme, industriales todos, ¿quién os ha proporcionado las primeras materias y la fuerza? (Un industrial).

Dime tú, tierra ¿quién ha escrito en tí tanta sabiduría que entre todos los sabios no pueden agotarla? (Un estudioso).

Dime tú, oh Universo ¿qué escuela había en el mundo que sepa tanto como tú sabes? (Un estudiante).

Decidme vosotros los ingenieros de todas clases, ¿sabéis hacer algo más que ser ejecutores de las leyes de la naturaleza, la cual a su vez no hace sino cumplir las órdenes de quien la hiciera? (Un ingeniero).

Vosotros, los mecánicos, ¿sabréis hacer algo que a la mecánica celeste iguale, o a ella y sus leyes no obedezcan? (Un mecánico).

Vosotros, los naturalistas, ¿no veréis en las familias

de animales y plantas sino meras agrupaciones de casualidades, siempre repetidos y siempre casuales? (Un coleccionista).

Vosotros, los sociólogos, que no halláis modo de organizar la sociedad sin el poder y la autoridad, ¿Creéis que la sociedad universal de todos los seres puede existir sin que haya poder ni autoridad que la ordene y mande? (Un sociólogo).

Vosotros, los políticos, tendríais por payaso al que, penetrando en vuestras ciudades, dijera que aquellas casas, calles, leyes y costumbres eran una mera casualidad ¿y seríais capaces de cometer la payasada de suprimir la Inteligencia Ordenadora del Universo en vuestras leyes, instituciones y educaciones? (Un político no payaso).

Vosotros, los científicos, habéis hallado algo que antes de entrar en vuestra inteligencia no estuviera en la realidad, es decir, en las obras de otra inteligencia anterior y superior a la nuestra? (Un sabio con modestia).

Vosotros, los organizadores de ejércitos y de masas populares, ¿seríais capaces de afirmar que el ejército innumerable de todos los seres y las masas inconmensurables de todos los astros observan el orden universal, sin que haya general ni rey ni inteligencia que las ordene, mueva, dirija ni mande? (Un general y un demócrata con seso).

Un Maestro.—A ese pintor de bellas flores, calzador de animales veloces, vestidor de lindas aves, proveedor de todos los vivientes, dador de todos los materiales y de todas las inteligencias, escritor del gran libro de la naturaleza, a ese gran maestro, ingeniero, mecánico, artista, naturalista, sociólogo, político, sabio sobre toda ponderación y organizador directo y soberano legislador del Universo mundo.

¿Cómo le llamaremos, si no le llamamos Dios?

Si de la Religión pasaba a la Geografía, por ejemplo, hacía verdaderas filigranas y exponía las ideas con tal sencillez y maestría, que encantaba a quienes tenían la dicha de verle.

Por vía de ejemplo y para consuelo del curioso lector, trasladaré al papel una de sus lecciones originales.

EJERCICIOS DE ORIENTACIÓN

El Maestro manda y los alumnos ejecutan.

M.—Mirad al Norte.

—Mirad al Sur.

—Apuntad al Norte y escribid N. en la pizarra.

—Apuntad al Sur y escribid S.

—Unid esos puntos con una recta

N
S

—Los puntos que están en dirección al N., se hallarán al...?

—Y todos los que están en dirección a la S., se hallarán al...?

—Marquen el paso y marchen al Fargue. (Marchen diciendo: Norte, Norte...)

—Marchen a la Zubia. (Dan media vuelta y marchan diciendo Sur, Sur...).

—¿Cual es lo opuesto al Norte?

—¿Cual es lo opuesto del Sur?

Vamos al Polo Norte.

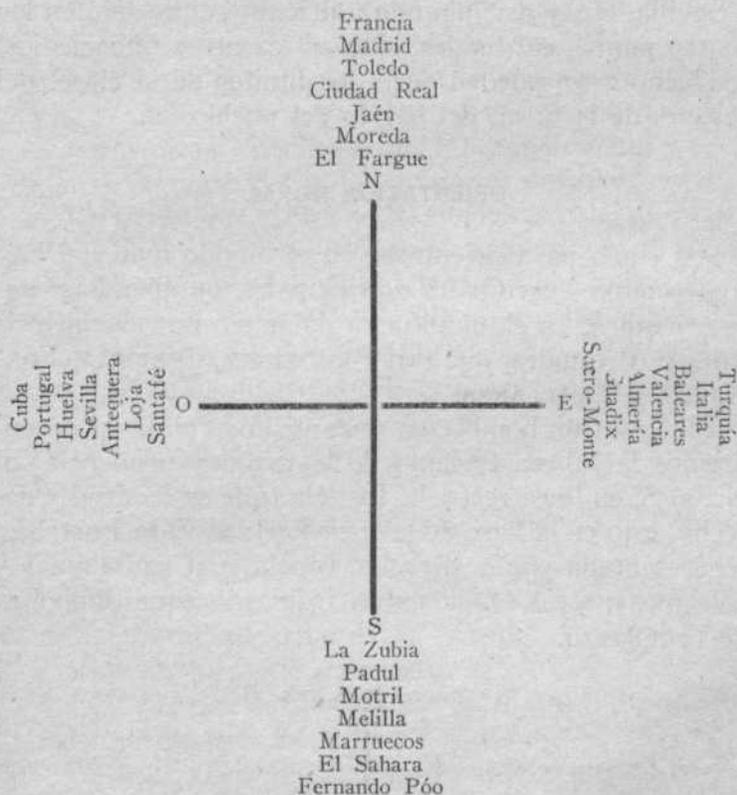
Vamos al Polo Sur.

—Mirad y apuntad al Este.

—Apuntad al Oeste. (Se procede lo mismo que en N. y S.)

Para ir ampliando los puntos se puede hacer una

cruz con pueblos, provincias, regiones y naciones contrapuestos: v. gr.



Si los niños saben marchar formados a estilo militar, caminarán y darán las vueltas sin perder su formación, y así se les puede mandar:

- ¡Contra Francia! (Caminan al N.)
- ¡Contra Marruecos! (Media vuelta).
- ¡Contra Italia! (Cuarto de vuelta hacia el Este).
- ¡Contra Portugal! (Media vuelta al Oeste).

Otro modo de enseñar lo mismo.—Se tiene o hace la

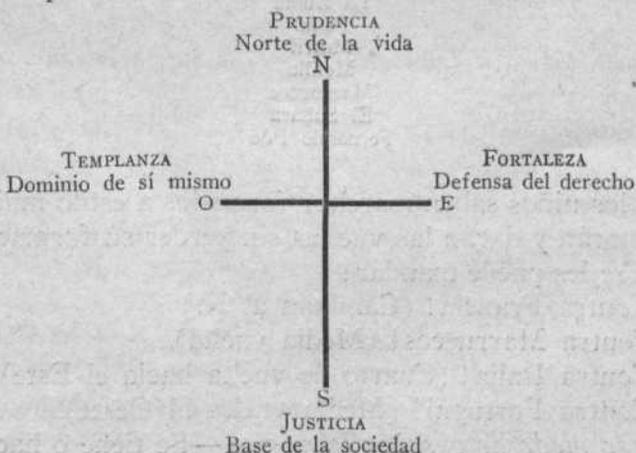
estrella de los vientos en el suelo, se colocan diferentes niños en los extremos, se les ordena que cambien de posición N. y S., E. y O., Madrid y Granada, Almería y Sevilla, etc. y así jugando a orientarse, no sólo en los cuatro puntos cardinales, sino en los otros intermedios.

Hecho esto, pueden decir los límites de la clase, del colegio, de la finca, del barrio del pueblo.

ORIENTACIÓN MORAL

Así como para orientarse en el mundo material hay cuatro puntos cardinales o principales, también hay, para orientarse en el mundo moral, cuatro virtudes principales o cardinales, que son PRUDENCIA, JUSTICIA, FORTALEZA y TEMPLANZA.

Pintemos un hombre en cruz mirando al mapa, y tendremos la cabeza (asiento de la razón y prudencia) al N.; al S. en línea recta, la Justicia (que es rectitud y derecho, esto es la base de la sociedad); al E. la Fortaleza (representada por la derecha, con la cual trabajamos y peleamos); y al O. la mano izquierda (que simboliza la Templanza).



Y para que todo sea cristiano, se hace la Cruz, en cuyo centro convergen las cuatro virtudes cardinales, para indicar que deben éstas practicarse cueste lo que cueste, hasta el sacrificio de la vida, como hizo Jesús.

Siendo como era hombre de sólidas y bien digeridas ideas, no podía explicarse el rutinarismo en la Escuela, y a evitarle se encaminaron sus esfuerzos, procurando sembrar ideas y haciendo que el entendimiento y el corazón se hermanaran y marcharan al unísono.

Recuerdo que el día 30 de noviembre del año 1911 le obsequiamos los Profesores y alumnos con un modesto regalillo pedagógico como testimonio de agradecimiento y admiración hacia él, de quien tantos beneficios habíamos recibido. El Director del Colegio ensayó a los niños que habían de ofrecerle el regalo, los cuales saludarían a D. Andrés en esta forma:

—¡Ave-María!; ¿se puede pasar?

—¡Adelante!

—¿Cómo sigue Vd., D. Andrés?

—Bien, ¿y vosotros?

—Nosotros bien, gracias a Dios, ¿y su familia?

Y D. Andrés, notando la comedia o rutinarismo les contestó: “mi abuela se ha muerto”.

—Y los peleles inocentemente dijeron: “nos alegramos mucho, gracias a Dios”.

La ocurrencia de D. Andrés y la repuesta *ensayada* de los discípulos provocó una carcajada general, y de esa ocurrencia se valió para dar a sus Maestros esta hermosa lección de Pedagogía:

“La rutina atrofia las facultades del educando, y Dios, que es la Sabiduría increada, para algo nos dió el entendimiento; el rutinario aprende palabras que pronto desaparecen, pero no ideas, que son o deben ser la norma y guía del educando; lo primero que hemos de procurar a todo trance es que el niño discurra por cuenta propia, lo

segundo retener en la memoria lo que el entendimiento asimiló, y sobre todo que bajen al corazón esas ideas para el mejoramiento del individuo y seguro defensa en las luchas y dificultades de la vida. ¡Fuera la rutina en nuestras Escuelas!; ¡hagamos hombres completos y no titirimundis o cómicos en miniatura!”

El quería que el niño viera los objetos y mirándolos, los estudiara, y estudiándolos, sacara consecuencias prácticas; los procedimientos intuitivos estaban y están en sus Escuelas a la orden del día.

Tomaba, por ejemplo, una flor en sus manos, presentábala a los niños, e inmediatamente les preguntaba: “Decidme, pequeñitos, ¿qué sastre vistió a esta flor?; ¿qué pintor dibujó sus colores tan admirablemente combinados?; ¿quién depositó en sus pétalos el suavísimo y delicado aroma que embalsama todo el ambiente?”

—Los sastres y los pintores, ni hombre alguno es capaz de hacer una flor como esa que Vd. tiene en sus manos.

—Pues entonces, ¿quién es el autor de tanta maravilla?

—Dios.

—Perfectamente. Ahora vamos a ver quien saca alguna consecuencia aplicada al hombre de esta florecilla que yo tengo en mis manos.

—Los niños discurrían, D. Andrés premiaba al mejor y excitaba su natural curiosidad ofreciéndoles regalillos, que eran para ellos el mejor estimulante; y Maestro y discípulos se ejercitaban en la nobilísima tarea de desarrollar el entendimiento y agradecer a Dios.

El resumen lo hacía siempre D. Andrés en esta o parecida forma:

“Si Dios, Bondad y Omnipotencia sumas, con tanto primor y delicadeza viste a esta florecilla, ¿qué no hará con nosotros, que somos sus hijos?...”

Si las plantas y animales todos de la creación se alimentan y viven con verdadera esplendidez y hartura, ¿faltará el pan para vosotros, que sois los hijos predilectos de Dios?...

Si la Divina Providencia atiende con tanto cuidado a sus criaturas, ¿olvidará a los hombres, que somos poco menos que los Angeles?

Consecuencia.—Todos debemos confiar ciegamente en Dios Nuestro Señor.

Y ahora cantad conmigo:

Si tantas maravillas
Que yo veo asombrado
El genio limitado
Del hombre no creó;
Hechuras todas fueron
Del Ser Omnipotente;
Con humildad mi frente
Inclino y creo en Dios.

D. Andrés considerado como Maestro era un verdadero prodigio; de todo sacaba jugo pedagógico y cristiano; su mirada y su sonrisa, sus juegos y reprensiones, sus cantos y sus múltiples recursos de ingenio eran para él un riquísimo arsenal, que manejaba a las mil maravillas.

Nosotros queríamos imitarle como Maestros, pero no era posible seguirle.

—Escribanos Vd. algunas lecciones, le dijimos, a ver si conseguimos imitarle.

Y las escribió en efecto y constituyen un hermoso libro que él llamó "Modos de enseñar"; pero a pesar del libro, existe gran distancia entre lo que escribió y como se desenvolvía entre sus queridos niños; verle entre niños, se agiganta su figura y estudiándole, cuando practica con ellos, es el consumado Maestro que

electriza a la turba infantil y la trae y lleva como quiere y por donde quiere.

Dios le crió para Maestro, y acertó a seguir en todo su vocación.

XLIII

EL CATEDRÁTICO

Tenía vocación de Catedrático, vocación manifestada desde los primeros años, cuando en medio de sus compañeros, los enseñaba a declamar, a redactar discursos llenos de gracejo, a perorar en público para ganar aplausos, y a exponer las ideas de modo ameno y con la mayor elegancia posible.

El era el indiscutible Catedrático, el jefe de aquella clase original, que entonces hizo reír y más tarde dió en qué pensar, porque tanto el Jefe como los subordinados tenían ocurrencias y pensamientos propios de personas cultas y de talento. Apenas termina su carrera de Abogado en Valladolid, establece una Academia preparatoria bajo su dirección inmediata, y allí enseñó, según vimos en otro lugar, durante un curso completo.

Ya en Madrid, no busca el empleillo para vivir con él, sino un Colegio para enseñar o explicar Asignaturas de 2.^a enseñanza, y aun mejor, si fueran de estudios superiores.

Explica (y se revienta explicando) en la Universidad de Salamanca varias Asignaturas como Catedrático suplente; y al fin ingresa, previa oposición, en el Profesorado Universitario, no guiado por el interés, sino llamado por un llamamiento interior, o por vocación.

¿Y cómo desempeñó su Cátedra?

No era el Catedrático de voz ahuecada o con humos de sabio a la moderna; era el Maestro bien preparado,

el conoedor de sus alumnos, y el guía o pedagogo, que iba llevando como de la mano al joven e inexperto estudiante de 20 abriles.

Huía del discurso de altos vuelos, tan en moda en nuestras Universidades, y con encantadora sencillez explicaba sabiamente las más difíciles cuestiones del Derecho.

Hacía leer a los alumnos para que aprendieran a atender y a entender; obligábales a repetir lo leído, a comentar y ampliar las ideas y en tal forma que el estudiante asimilaba la lección y salía de clase sabiendo.

Exigía al día siguiente lo aprendido en el anterior y, enemigo de la palabrería huera e insustancial, obligaba al alumno a decir las cosas con pocas y precisas palabras.

Un alumno suyo, que hablaba muy bien y era listo fué preguntado un día, y no sabía la lección; creyó engañar a nuestro Catedrático, y soltó un grandilocuente discurso, que él oyó pacientemente.

—¿Ha terminado Vd., señor?...

—Sí, señor ya he terminado.

—Vale Vd. para Diputado y Ministro.

—¿Y por qué?

—Porque habla mucho y no dice nada.

Pasaron algunos años, y aquel elocuente estudiante de Derecho llegó a Diputado y a Ministro, y duda él mismo si será el Ministro o Diputado concebido por su venerado Maestro D. Andrés.

Era un Catedrático ecuánime, como ahora dicen, o justo en todos sus actos; trabajaba mucho durante el curso para pedir mucho en los exámenes; medía las fuerzas y dones de sus alumnos para recompensarlos según sus merecimientos; era inexorable con el holgazán, exigente con todos, considerado con los medianos, ocurrente y satírico con los negligentes, y a los listos

les pedía mucho, “porque al que mucho se le dió, mucho se le ha de pedir”.

Recto en todos sus actos, no admitía influencias o presiones de nadie; cuando un compañero intentó recomendarle un alumno impreparado, se ofendió grandemente, porque era impropio de buenos compañeros fomentar la holganza académico-oficial”.

—¿Y una borla más qué importa?

—¡Pero un melón más si importa!

El alumno fué suspenso, y aprobado, cuando supo y estudió la Asignatura.

La Asignatura de Derecho Canónico *era un hueso* (frase estudiantil) en la Universidad de Granada, y aprobarla, equivalía a sudar y trabajar durante un curso.

Si de seglar *nunca faltaba a clase*, mucho menos de Sacerdote.

—D. Andrés, solían decirle por teléfono, no baje hoy a clase, porque llueve a cántaros y puede Vd. enfermar.

—Lueva o nieve, haga frío o calor, bajaré a clase *porque es mi obligación*, y que no se vayan los alumnos, si no quieren pasarlo mal.

A las tres en punto de la tarde se veía a nuestro Catedrático entrar en clase seguido de sus numerosos alumnos, admirado de sus compañeros, respetado por todos, y siendo el ejemplar y modelo de aquella Casa de educación.

—D. Andrés, es Vd. de hierro, le decían.

—Soy un pobre Catedrático a quien dan mucho por no hacer *casi nada*.

—¿Cómo casi nada?

—¿A hora y media de clase llaman Vds. trabajo?; tan poco como nos pide el Estado, exige por parte nuestra una constancia y actividad grandes; faltar a clase

sin necesidad o por un capricho pueril, es un pecado mortal.

Yo noto, añadía él, dos huelgas endémicas en nuestra Patria: una de estudiantes, cuyo lema es “*que no haya Escuela*”, y otra de Maestros, cuyo lema es “*que no haya clase*”. Así andamos y así nos luce el pelo.

Aunque era un Catedrático exigente, veían en él a todo un Maestro de cuerpo entero, sabio sin alarde, preciso y exacto en sus explicaciones, sencillo por naturaleza, serio y alegre al mismo tiempo, duro y exigente con los discolos y holgazanes, misericordioso y justo con todos.

Terminaba el curso *queriéndose de veras* discípulos y Maestro, y con un querer que duraba toda la vida.

¡Cuántos alumnos suyos hicieron largos viajes sólo por tener la satisfacción de besar su mano y recordar sus sabios consejos!

Jamás se dió tono de encopetado Doctor y Catedrático Universitario, siendo seglar, parecía un empleadillo de modesto sueldo, y una vez Sacerdote y Canónigo, un humilde Cura de aldea.

“Los humos, decía él, no dan ciencia, sino necia y estúpida pedantería; el verdadero sabio se distingue por su modestia y humildad”.

Como Catedrático jamás dejó de cumplir con su obligación, y fuera de clase se dedicó con especial interés y diligencia a estudiar y redactar una Obra que había de ser para sus alumnos el libro resumen del Derecho Canónico y un acabado y completo compendio de esa rama del saber humano.

Cuando vió la luz pública ese libro célebre de D. Andrés, llamó poderosamente la atención y en poco tiempo se puso de texto en algunas Universidades españolas y en varias de la América Latina.

La Cátedra, como dijimos en otro lugar, le sirvió para

dar también conferencias apologéticas, en las que derramó copiosa y ocurrentemente la sal de su ingenio y ejerció durante 40 años un fecundo y provechoso apostolado.

El Claustro Universitario de Granada se honró con su D. Andrés y, tanto sus compañeros como los numerosos amigos y admiradores pensaron en honrarle en vida proponiéndole para Decano de la Facultad de Derecho.

No lo pudieron conseguir, porque decía que “ni valía para mandar a Doctores, ni podía permitir que sus ilustres compañeros del Profesorado tuvieran por Jefe inmediato a un pobre y torpe Maestro de Escuela”.

Cuando a los 72 años y por imperio de la ley fué jubilado, le nombraron Decano honorario de la Facultad y colocaron en su clase una lápida que recordara perpétuamente la sabia labor pedagógica de este Catedrático sin igual.

—“Pase lo de Decano honorario, decía D. Andrés, porque son honores que no perjudican, pero que quiten esa lápida, porque es una ofensa a la verdad”.

Y si en la Universidad dejó tan bien puesto el cargo de Catedrático, no lo fué menos explicando Teología Moral en el Sacro-Monte.

Sus alumnos recordaremos siempre aquellos célebres *Casus conscientiae*, en los que aparecía el Moralista y el Teólogo, el Maestro y el Médico de las almas para enseñarnos el arte difícilísimo de curarlas y salvarlas.

¿Quién no recuerda con cariño sus advertencias y ocurrencias?

¿Quién no goza recordando aquellas horas de clase en las que aprendimos tantas cosas y de modo tan ameno?

D. Andrés tenía el gran talento de conocer al alumno y, según los dones que Dios le dió, así le exigía.

Porque era Maestro, empleaba el procedimiento más adecuado; unas veces se valía de la sátira para avergon-

zar y castigar al alumno; otras de la reprensión dura para corregir al atrevido o delincuente; ya usa el diálogo para excitar la atención, ya la explicación breve y sustanciosa para aclarar; hoy apela al procedimiento analítico, porque así lo exige la materia que explica; mañana será el sintético, como el más apropiado para determinadas enseñanzas.

Era en una palabra el Catedrático por vocación, que trabajaba con gusto y estaba entre ellos como un padre en medio de sus hijos

XLIV

EL PATRIOTA

D. Andrés tenía tan grande amor a la Patria, que para Dios y para España dió su talento; su corazón, su bolsillo y su vida.

Religión y Patria, he aquí el ideal de toda su vida; las Escuelas que con tanto acierto fundó y dirigió hasta el fin de su vida, para eso se fundaron: los libros que escribió, los artículos que redactó, las pláticas que pronunció, las hermosas lecciones que dió, no fueron otra cosa que un canto a la Religión y a la Patria y medios seguros y eficaces para levantarlas y engrandecerlas.

No concebía una Escuela sin estos dos grandes ideales y, cuando se vió obligado a escribir contra la Escuela láica, que es la negación teórica-práctica de la Iglesia y de la Patria, ardía en santa indignación y luchó con denuedo y valentía sin igual por defender la verdad.

¡Cómo sufrió en aquellos luctuosos días en los que España perdió sus colonias por la ineptitud, cobardía y malicia de nuestros gobernantes!

¡Qué quejas tan amargas salieron de sus labios hacia

aquellos que por su talento o posición social se olvidaron de la Patria por satisfacer su necia vanidad!

El se permitió aconsejar en repetidas ocasiones la urgente necesidad de levantar el espíritu nacional por medio de conferencias patrióticas para que todo español sepa lo que España fué y puede ser, si todos cooperamos a la gran obra de la regeneración patria.

El divulgó nuestra Historia redactando hermosas monografías de las que se hicieron innumerables ediciones.

El organizó un Batallón Infantil con la mira de mejor conocer, amar y defender a la Patria.

El escribió sus célebres *Hojitas*, en las que aparecen la chispa del ingenio, el amor del patriota y el entusiasmo santo del que suspira por una Patria mejor.

—Niños, decía muchas veces, amad mucho a España, amadla mucho, porque ella os dió lengua, Religión, Escuela, pan y probablemente os dará sepultura.

Amadla siempre y no permitais que nadie la ofenda, como ningún hijo debe de consentir que su madre sea ofendida; España es nuestra madre, y ella ha de ser, después de Dios y su Iglesia, lo primero que hemos de amar y defender.

—¿Y qué es España?

Oid y meditaad las mismas palabras de D. Andrés:

“Contempladla en los siglos XV, XVI y XVII, y con relación a Europa y los destinos del mundo.

Si a Europa, la pensadora Europa, diéramos la forma humana, España sería la cabeza.

Si consideramos a Europa como centro de la Religión Cristiana, España, la Nación Católica por antonomasia, será el pueblo teólogo, a la vez misionero y guerrero, que defiende con sus sabios soldados el Cristianismo contra la barbarie del Norte y del Sur, y bautiza y convierte en cristianos cuantos países descubre y conquista.

Si a Europa se le mira como la depositaria de los destinos del mundo, la generosidad con que España ha dado su sangre y dinero por la Religión, Patria, Cultura y Humanidad, prueban que es la Nación del heroísmo y de los ideales más nobles y levantados que puede acariciar el corazón humano.

Si a Europa se le considera como guerrera; al ser invadida por los bárbaros del Sur, halla en España un pueblo de guerreros cristianos, que por ocho siglos la defienden contra el mahometismo; y cuando es amenazada por la anarquía y barbarie protestante del Norte, es defendida y salvada por los soldados de Carlos.

¿Qué pueblo ni raza habrá en la Historia a quien más deban Europa y el mundo?...

ESPAÑA

Miradla hoy, y ved la diferencia que hay en la España de los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II, Colón, Pizarro y Cortés, y la de los hombres de estos menguados últimos siglos, singularmente del siglo XIX...

Puesto que nuestra posición en el mapa no ha variado, ¿por qué no somos hoy como antes éramos en la Geografía política?

Puesto que los pueblos son según las ideas y hombre que los rigen, ¿cuáles son las ideas y hombres que hoy nos rigen, comparados con los de aquellos siglos llamados *nuestros* por la Historia!

¿Qué diremos de los *hombres cumbres* que han regido a España en los últimos tiempos?

¡Desgraciados los pueblos cristianos donde los que rigen se consideran obligados a ser o mostrarse hipócritas paganos o semipaganos, o lo que es igual, a prescindir de Dios y su Cristo para gobernar!

No merecen sino el desprecio y la tumba los pueblos la prensa y fué de muchos codiciada

y los Estados que olvidan su historia religiosa para hacerse renegados o parecerlo.

¿Qué remedio habrá para volver hombres y pueblos, naciones y gobiernos a sus normas y cauces naturales?

Parodiando el dicho de Napoleón, de que para la guerra se necesitan tres cosas: dinero, dinero y dinero; diré que para hacer la guerra al ateísmo del Estado y la desmoralización y degeneración sociales, se necesitan otras tres: Religión, Religión y Religión. Lo demás vendrá como por añadidura.”

Bastarán estas hermosas palabras de D. Andrés para poder apreciar su patriotismo, y si fuera posible formar un escogido ramillete de los pensamientos patrióticos que brotaron de su bien cortada pluma, aparecería el patriota orlado a veces con la hermosa corona del entusiasmo y otras con una de espinas y santa indignación.

Pero no sólo fué patriota con la lengua y con la pluma; descendió al terreno de los hechos trabajando noble y desinteresadamente por la Patria que le vió nacer.

Se hace Patria cumpliendo cada ciudadano con su deber, y en esto, como ha podido apreciarse en el curso de esta “VIDA”, se excedió a sí mismo, y fué siempre un acabado modelo de Canónigo y Catedrático.

Se hace Patria, no introduciendo modas y costumbres extranjeras, sino mejorando las de casa, aprovechándonos de lo mucho bueno que tenemos y levantando muy en alto el prestigio y el recuerdo de nuestros mayores. Si dijéramos que fué exagerado en esta materia, no mentiríamos.

“Que todo sea español, decía, todo: Escuelas, lengua, usos, modas, cocina, etc.; todo a la española, nada a lo francés, inglés, ruso o alemán.

Señoras, dijo hablando en un célebre Congreso, estamos en tiempos de retroceso, va perdiéndose lo que es

propio y peculiar de nuestro país, y sobre todo la mujer española, que fué siempre el prototipo de la elegancia y modestia cristiana, por ese loco afán de mono imitación que tiene, más parece una parisina por su traje y por su facha, que una hija de nuestra hermosa y querida Patria.

Hay que hacer español y cristiano *hasta los moños*; dejasos de esas modas venidas de allende el Pirineo e implantad de nuevo el traje regional, la clásica y típica mantilla española y las costumbres, modas y diversiones que tengan sabor español y cristiano."

Se hace Patria enseñando en todas partes lo que fuimos para compararnos con lo que somos; y apreciando el contraste, nos avergoncemos y rectificemos bien la puntería. Rara era la lección en la que no hablaba de las dos Españas, de la que fué y de lo que hoy e y puede ser.

Veámosle entre sus niños.

—¿Qué quereis una España grande a lo Carlos V o Felipe II, o una España pobre y desprestigiada.

—Una España grande.

—¿Qué quereis para España, un Ejército invencible como el que luchó en Otumba, Granada y Pavía, o un Ejército desmoralizado y corrompido?

—Un Ejército invencible.

—¿Qué os agrada más, una Patria en cuyos dominios no se puso el sol; o una España encerrada en su cascarón y rodeada de enemigos por el Norte y por el Sur?

—Una Patria con inmensos dominios.

—¿Una Patria de Santos y de sabios, o una España degenerada y llena de vicios?...

Y así proseguía sus lecciones, infiltrando el amor patrio, fomentando el verdadero españolismo y dando ejemplos muy elocuentes de patriotismo.

XLV

EL PERIODISTA

Desde que pudo manejar la pluma, y mejor dicho, desde que se vió precisado u obligado a manejarla, demostró que Dios le había concedido especiales dones para dedicarse al periodismo.

Estando en Valladolid tuvo que habérselas con los progresistas de entonces, como dijimos en otro lugar, y varias veces se valió de la prensa periódica para defender la verdad.

Allá por los años 1874 y siguientes escribió en "Los Lunes del Imparcial" artículos muy hermosos acerca *del esperanto*, con la mira de ganarse el pan por medio de la pluma; sus planes fracasaron, pero no dejó de reconocer la importancia de la prensa, y vió que era y es una palanca poderosa para todo lo bueno y para todo lo malo.

Soñó en la fundación de una Orden Religiosa cuya única misión fuera organizar y fundar periódicos y revistas netamente católicos; este pensamiento le persiguió durante varios años, aun antes de ordenarse, y en mi poder tengo una carta de su íntimo amigo el P. Castresana, el cual contesta a una consulta que le hizo sobre tan interesante materia.

De esa carta entresaco los siguientes párrafos:

"Y vamos al problema aquel de la Orden Religioso-periodística (lo cual demuestra que no estabas de tan mal humor como parecía); yo no te entiendo; si confiesas que los profesores sois impotentes para imponeros en el orden científico, ¿por qué arte mágico te parece que un par de periódicos habían de hacer milagros en la política, en esa Babilonia en que no es po-

sible entenderse, ni los hombres quieren entender? A mí me parece que el público, si es que los leía, haría con ellos, lo que hacen con vosotros los discípulos; pero puede ser que me engañe. De todos modos la idea no deja de ser originalísima; allá veremos si Dios lo quiere así y suscita una falange de hombres dados a la perfección evangélica capaces de manejar esa palanca.

Lo que sí me parece imposible es que ninguna de las que hoy existen se encarguen de hacer cuartillas para ese periódico modelo que imaginas; y la razón es que todas tienen en su esencia y constitución íntima un fin determinado y determinados medios y fuerzas para él perfectamente proporcionados según la sabiduría divina del hombre de Dios que las fundó; y que yo sepa, ninguna ha sido dotada de la Providencia de semejante medio. Sin embargo, repito que como la cosa no es intrínsecamente imposible, puede suceder que, *labentibus annis*, envíe Dios a su Iglesia un esfuerzo de esa especie”.

.

Tu antiguo compañero y buen amigo

S. Castresana, S. J.

Su idea de fundar una Orden Religiosa o dedicada al fomento de la prensa buena, aun no es un hecho, pero este pensamiento originalísimo de D. Andrés ha corrido por esos mundos de Dios, se han convencido todos los buenos de la urgente necesidad de la buena prensa, y no creo haya una Orden Religiosa que no tenga su Revista o sus Anales para enseñar y predicar la verdad.

D. Andrés se valió de sus celebérrimas “Hojitas del Ave-María” para acreditarse como consumado y experto Maestro de la pluma; ellas corrieron el mundo, se leyeron con fruición y santo entusiasmo, y en poco tiempo su pluma ocupó lugar preferente en el campo de

Escribió en “La Independencia de Almería” bajo el pseudónimo de “Canta claro” sobre temas de educación y enseñanza, rebatió dura y *claramente* el laicismo de la enseñanza oficial, defendió valientemente la Escuela tradicional y española y levantó ampollas en algunos Maestros que leían esos artículos tan admirablemente redactado sin saber el nombre del autor; intentaron esos Maestros *heridos* habérselas *judicialmente* con *Canta claro*, pero no lo pudieron conseguir, por no haber en ellos materia penable, sino tan sólo verdades de a folio, que causaron mucho bien.

Pedíanle de todas partes artículos o trabajos para honrar las páginas de los periódicos y Revistas Católicas y, aunque no siempre pudo servir a todos, con frecuencia enviaba cuartillas llenas de sabiduría al “Universo”, “Gaceta del Sur”, “Ora et Labora”, “Educación Hispano-Americana”, “Unión Apostólica” y otros, que sería prolijo numerar.

Estaba plenamente convencido de que la mejor arma que hoy puede manejar un cristiano, es la prensa; en ella riñó las batallas del Señor, y si de día trabajaba en sus múltiples ocupaciones, de noche se sentaba en su mesa de trabajo, y en ella pasaba horas y horas, a veces toda la noche, para predicar con la pluma a quienes no podían oírle con la palabra.

Obra en mi poder un precioso e interesante original suyo inédito, acerca del periódico y de los periodistas, y porque es un trabajo de luminosas enseñanzas, quiero reproducir algunos párrafos:

Habla D. Andrés: “Como en lo físico, dice el pueblo, somos lo que comemos, así en lo intelectual y moral puede decirse: pensamos según lo que leemos.

Y como casi lo único que hoy se lee es la prensa periódica, dicho está que es el primer poder intelectual,

y por lo mismo moral, social, y aun religioso fuera de la Iglesia de cuantos hoy conocemos.

El papel diario es un maestro que dá cátedra todos los días, y no se fatiga ni cansa.

Es el predicador de variados recursos, que hace converger hacia un fin las noticias, el saber y el ingenio suyo y del orbe entero, que él extracta, sintetiza, colorea y orienta hacia lo que le conviene.

Es el panadero, que todos los días trae su bollo hueco y reciente, donde él nutre el relleno más de su gusto, para que se lo coma el público hambriento público que, en su mayor parte, no repara si lo que va dentro es carne de perdiz o jumento, con tal que se lo recubran un poco.

Es la cocinera o cocinero que sabe buscar el apetito del parroquiano y, mediante una perrilla, le dá té con leche, o almidón y achicorias; pero tan hecho está el público a él, que si no se lo dieran, no aceptaría guiso alguno de aquella cocina.

Es el cosario u ordinario correo y mandadero que lleva y trae los recados y chismes de una gran comunidad, y nos ponen al tanto de lo que pasa en el mundo por poco dinero y sin gran trabajo.

Es el agente y procurador de cuantos aprovechados y hábiles, conocedores de los hombres de su tiempo, saben y quieren utilizarle para hacer atmósfera y prosperar sus planes o destruir los ajenos.

Es el médico, que en dosis homeopáticas intenta curar o matar (se dan casos) al enfermo.

Es el boticario, que tiene remedio para todo, y para todo, y para cada veneno receta una triaca.

Es el chico listo, que para todo halla respuesta.

Es el tu autem, que todo lo falla y resuelve.

Es el elefante, que sobre sí lleva encastillado al público que lo lee, y a quien da de comer y beber (y a veces

que sudar) con su trompa dúctil y larga, suave y terrible, pudiendo matar y sanar, lleva el castillo con aplomo y fortaleza, o volcarlo con furia revolucionaria y cebarse en él.

Es la catalineta o titirimundi, en la que, por cinco céntimos, se ve cuanto hay que ver.

¿Y lo que saben hacer tantos hijos de Belial, no lo sabrá hacer ni un hijo de la luz?

Si el Sacerdote se persuadiera de que este medio de propaganda está en manos del hombre enemigo, y que nunca verá el campo que cultiva limpio de cizaña, mientras aquel no empuñe y maneje con aire y brio la sembradera de la prensa, a nadie, por alto, grave y sesudo que fuera, le parecería indigno escribir, imprimir, propagar y circular el periódico católico, que podría ser (sin decirlo) un Catecismo en acción, una plática de moral constante, una apología de la Iglesia de Dios y sus miembros más distinguidos, una voz de pastor que dé el alerta contra toda clase de alimañas, un auxiliar eficaz y poderoso en la educación de las almas para el suelo y para el cielo.

Para hacernos respetar, organicémosnos y tengamos opinión, prensa, educación, unión y acción con los Obispos y el Papa; lo que ellos digan, eso haremos; lo que ellos hagan, eso defenderemos”.

Esto dijo y escribió nuestro venerable Fundador en un Congreso Católico celebrado en Burgos el año 1899, y porque estaba plenamente convencido de la importancia de la prensa, emborronó muchas cuartillas, hizo el bien desde las columnas del periódico católico y fué Maestro de periodistas, pues enseñó a muchos a redactar, alentó a los pusilánimes, protegió a los caídos y dictó sabias reglas periodísticas a los que le pidieron opinión sobre tan interesante materia.

Si Dios no le hubiera escogido para restaurar la Pedagogía y educar a la niñez abandonada, no me cabe la menor duda de que hubiera sido el fundador de los periodistas religiosos, en los que pensó poco antes de su ordenación sacerdotal.

Esto no obstante, su labor periodística fué intensa, oportuna, provechosa, netamente ortodoxa, singularmente al redactar sus “Hojas del Ave-María” que, como dijimos antes, corrieron por todas partes, causando la admiración en todos los que las leyeron.

XLVI

EL FUNDADOR

Tanta actividad y trabajos de índole tan diversa, no pudieron apartarle del pensamiento principal que fué su hiesped durante toda su vida: el de fundar Escuelas; a ellas se dedicó, como hemos visto, en cuerpo, alma, vida y corazón, nunca se vió satisfecho y siempre tuvo en sus labios el adverbio *más, más y más*.

Tenía en grado sumo las dotes y virtudes de todos los fundadores y, ayudado de la gracia del Señor, dió cima a su fundación y orientó a sus sucesores en el arte difícil y escabroso de la educación y enseñanza de la niñez.

Vió con claridad meridiana el magno problema de educar a la niñez abandonada, lo estudió en todos sus detalles y puso manos a la obra sin reparar en gastos, sacrificios, sinsabores e ingratitudes, que traen siempre consigo estas obras de apostolado.

No busquemos a D. Andrés en otro sitio que en sus Escuelas; ellas absorben su atención, en ellas trabaja sin descanso de día y de noche, ellas son su laboratorio y para ellas vive y se sacrifica.

—¿No se cansa Vd. de trabajar, D. Andrés?, le decían sus amigos y admiradores.

—No, los niños son mi alegría y para ellos es mi bolsillo y cuanto Dios ponga en mis manos; ya que la sociedad de hoy está averiada y carcomida por el vicio, vamos a ver si educamos en cristiano a estos pobres niños para que sean después hombres completos y útiles a la Religión y a mi Patria.

—Denos un Reglamento, D. Andrés, le dijimos todos los Maestros, para orientarnos y dar unidad a la enseñanza.

—Hacer Reglamento, o reglamentar bien toda la enseñanza, no creais que es tarea fácil, nos contestó, porque hay que contar para ello con el caracter múltiple de nuestros diminutos y numerosos educandos, y sobre todos con *los avíos* o condiciones de los Maestros; *res ardua nimis*.

—A pesar de esa dificultad, que nosotros vemos, impóngase Vd. un sacrificio más, ya que el ser fundador le obliga a darnos normas escritas, o constituciones por las que todos nos hemos de guiar.

En efecto, D. Andrés puso manos a la Obra y redactó lo que él llama “Ley, Instrucción y Reglamento del Avemaría”; en él compendió y vació su pensamiento, y a él tienen que amoldarse todos los que tenemos la dicha de ser Maestros de sus Escuelas. No sólo es Reglamento, sino Ley que obliga a todo avemariano; enseña a pensar y a obrar como verdadero Maestro cristiano, y están tan bien tocados todos los puntos de la Escuela, que haciendo cuanto allí se dice, se hará una Escuela avemariana según los deseos de su venerable Fundador.

El celo insaciable de mejorar la Escuela y hacerla cristiana y española, no le dejaba vivir; véasele ocupado y preocupado en esta nobilísima empresa, y pasaba las horas del día trabajando con los niños, estudiando pro-

cedimientos y corrigiendo defectos; y las de la noche redactando las lecciones que practicó y organizando el plan de *enseñar mejorando* y hacer hombres cabales y completos.

En los meses de verano intensificaba más y más su labor pedagógica, y se dedicaba a inspeccionar las Escuelas del Norte, fundar otras nuevas y escribir sus libros y Memorias tan de todos celebrados.

Decíamosle en la intimidad: “¡Vaya unas vacaciones!; ¡en vez de descansar y reparar fuerzas perdidas, aumenta los trabajos y redobla su actividad!”

—En la variación, nos contestaba, está el descanso; el aire sano y puro de estas montañas, los nutritivos alimentos de estas Loras y la extensión avemariana que admiro y noto en toda España, me rejuvenece y da vida.

Allí, en aquel apartado y solitario rincón de la Montaña, se escondía durante un mes, después de haber visitado sus Escuelas del Norte, y preparaba los materiales para escribir sus libros y organizar técnicamente la enseñanza avemariana.

Las múltiples dificultades, que siempre traen consigo las obras de Dios, las recibía con ánimo varonil y generoso, no le agobiaban, sino que las consideraba como el *mejor cimient*o de la fundación y como “*leve satisfacción de sus pecados*”.

“Conviene, decía, que de vez en cuando soplen los vientos de la contradicción para que el humo perjudicial de las alabanzas no pierda el poco mérito de nuestras acciones”.

Los disgustos herían ¡claro es! la parte más sensible de su ser y su corazón le punzaba y hacía sufrir, pero moralmente caían en su alma como lluvia de primavera en campo bien abonado; aunque los disgustos agotan y deprimen al hombre de corazón más valeroso, a él no

le quitaban vida, y así le veíamos siempre sonriente y decidido, jovial y satisfecho; parecían como nubes de verano y no dejaba en su alma la huella más insignificante; eran flores fundacionales y regalillos que Dios le enviaba para su mayor santificación.

—¿Qué no hay recursos?...

Su fe firme, su esperanza segura y su caridad ardiente eran su escudo con el que se defendía en todas sus tribulaciones, amargas y sinsabores; si no hay dinero, se pide; si nos lo dan, se agradece y gasta en obras buenas; y si los bolsillos se cierran, apelaremos al Banco de la Providencia para que surta y atienda sus necesidades.

Sin dinero empezó la primera Capilla de las Escuelas, y al fin la vió terminada, decorada y abierta al culto.

En una obscura y maloliente cueva dió principio a la magna obra u obrón de las Escuelas del Ave-María, y hoy se hallan en posesión de los Cármenes más preciosos de Granada, en los que juegan millares de niños, al par que se educan y mejoran.

En Granada, y recluso en su pobre celda del Sacromonte, escribió, animó y alentó a los hombres de buena voluntad a trabajar por restaurar y dignificar a la Escuela cristiana y española, y en muy pocos años España se vió inundada de Escuelas Avemarianas para bien de la Patria y honra y gloria de la Iglesia.

¿En qué piensa D. Andrés?; ¿qué le preocupa?; sólo piensa en las Escuelas y para las Escuelas vive.

No le preocupan las Escuelas, porque sabe que son obra de Dios y El se encargará de su sostenimiento; lo que siente es que el mundo es muy grande y las Escuelas son un granito de arena, que quisiera ver convertidas en montañas inmensas de caridad para que ese mundo, hoy frío y escéptico, se abrasara en amor de Dios mediante la Escuela cristiana y española.

Cae enfermo, no puede ejercer su apostolado como en sus mejores tiempos y, a pesar de estar como encarcelado en el lecho del dolor, allí coge su pluma, retoca sus disposiciones testamentarias, ordena a los suyos en los más nimios detalles lo concerniente a las Escuelas y se olvida de sí mismo para ser todo de los niños y de sus Maestros.

Así es como se explica la provechosísima labor que realizó en tan poco tiempo; un sólo pensamiento, un gran corazón y una voluntad de hierro para luchar sin desmayos y seguir así hasta el fin de su vida.

Por eso dije al principio que se hallaba en posesión de todas las condiciones de un fundador. El para las Escuelas, y las Escuelas para Dios y para España.

¡Dichosos los que así piensan y obran!

XLVII

FIGURA MORAL DE DON ANDRÉS

Para que mejor se vea la venerable figura de D. Andrés, quiero dedicar este artículo a resumir *con pluma ajena* lo que fué, y en dos palabras lo que él quiere que seamos sus hijos espirituales.

D. Rufino Blanco, gran amigo y admirador de nuestro siervo de Dios, visitó las Escuelas del Ave-María, se empapó del espíritu avemariano, admiró y oyó al Fundador, y a los pocos días redactó en lenguaje ameno e interesante una relación de su visita, de la que entresaco las siguientes ideas:

.

Lo singular es que, trasladado por concurso al año siguiente a la Universidad de Granada, se haya aclimatado de tal manera en aquella ciudad, que ya no que-

da del burgalés sino la firmeza de su carácter y el acento de su palabra.

Y no hay manera de sacarle de allí: Quisieron traerle a la Universidad Central, y dijo que no; quisieron nombrarlo auditor del Supremo Tribunal de la Rota, y volvió a decir que no; y le habló, quien podía, hace tiempo de una mitra... y todavía está diciendo que no, y que no, y que no...

Ocho años llevaba de catedrático en Granada, cuando sintió honda vocación eclesiástica; se ordenó de presbítero en 1886, a los cuarenta años de edad, y cantó la primera misa en su pueblo natal.

Y siendo también catedrático de la Universidad de Granada, obtuvo por oposición una canongía en el Sacro-Monte.

Pero sobre las obligaciones de canónigo y de catedrático, que D. Andrés Manjón cumple escrupulosamente, lo que caracteriza a este sacerdote ejemplar es la fundación de las populares Escuelas del Ave-María.

“Aprendiendo o enseñando—ha dicho Don Andrés Manjón—yo no he salido nunca de la Escuela”, y así es, y ¡qué labor tan provechosa es la suya!

Porque D. Andrés Manjón no solamente tiene las doce virtudes de un buen maestro, que sabiamente explicó el hermano Agathon, sino que tiene todas las que pueden apetecerse para el desempeño del noble cargo.

En cuanto a Fe, “yo no la he visto mayor en Israel”, y su Caridad es tan grande, que si D. Andrés Manjón no tuviera administradores de su peculio, se quedaría sin lo necesario para vivir por dárselo todo a los niños pobres.

D. Andrés Manjón imita soberanamente a San Pablo, porque “da con gusto lo que tiene y se da, además, a sí mismo por salvar las almas de sus discípulos”.

Y de la Esperanza de D. Andrés no hay que hablar,

porque esta virtud suya ha sido la causa principal de las Escuelas del Ave-María, que casi nunca tienen en el haber de su presupuesto más sólidas partidas que la esperanza en Dios y en su bendita Madre.

Tiene D. Andrés Manjón, en grado excelso, las cuatro virtudes cardinales y todos los dones del Espíritu Santo; y en cuanto a los frutos, nada quiero decir, porque están muy cerca de las bienaventuranzas, y no tiene alas mi pluma para elevarse a las cumbres de la Teología mística.

Si San Juan Crisóstomo, Fenelón y Dupanloup hubieran conocido a D. Andrés Manjón, hubiéramos dicho que le habían retratado cuando delinearon sus famosas semblanzas de un buen maestro.

Porque D. Andrés Manjón es igual y dulce con todos los niños; atiende a ellos con solicitud y cuidado más por gusto que por deber; no se distrae; está siempre en lo que hace, todo entero; no procede con altanería ni violencia; se hace amar y respetar; es amable, complaciente y jovial, y a la vez firme, decidido, y, cuando es preciso, caritativamente severo.

D. Andrés Manjón ama a sus discípulos en la oración, en los juegos, en sus tristezas, en sus alegrías, en sus estudios y, sobre todo, en sus faltas.

D. Andrés Manjón es el mejor mandatario de los padres, porque “es un coadjutor de Dios”.

D. Andrés Manjón en Granada, como Esdras en Jerusalén, ayuda a reconstruir el templo del verdadero Dios.

Si el mejor fruto del trabajo es la piedad sincera, ilustrada y práctica de sus discípulos, D. Andrés Manjón es uno de los mejores maestros de la humanidad.

Para encontrar términos de comparación dignos de esta figura extraordinaria, hay que buscarlos en Don

Bosco, en S. Juan Bautista de La Salle o en S. José de Calasanz.

D. Andrés Manjón enseña ciencias y letras, y por esta enseñanza conquista el derecho de enseñar la fe, y aunque él no fuese sabio, siempre sería buen maestro porque el maestro virtuoso nunca es estéril.

D. Andrés alienta a unos niños sin lisonja y reprende a otros sin impaciencia; distingue con su afecto a algunos y es inflexible para corregir a los que más quiere.

Desciende hasta lo más pequeños, pero esta bondad es tan adecuada que nunca quebranta su autoridad, antes bien la eleva y ensalza.

Habla con los niños en presencia de los grandes y sus palabras dejan en el corazón de unos y otros amor y caridad, sabiduría y dulzura.

Atrae a sus discípulos sin familiarizarse demasiado con ellos, y tiene para su obra de educación las sublimes e irremplazables dotes de abnegación, entusiasmo y desinterés.

Dice siempre la verdad, aunque a veces la calle por prudencia; es reservado sin exceso, sobrio de pensamientos y de palabras, tranquilo y animoso.

D. Andrés Manjón no es sólo un excelente maestro que practica, sino un propagandista de Pedagogía cristiana que no tiene rival en nuestra Patria.

Y las *Hojas del Ave María*, con su Pedagogía sana, libre de los convencionalismos de los libros de texto, inspiradas en la felicidad temporal y eterna de los educandos, son páginas áureas de Pedagogía nacional, cuya doctrina debieran saber de memoria cuantos se honran con el dictado de padres, sacerdotes o maestros.

D. Andrés Manjón tiene la autoridad del magistrado, las cualidades del padre y hasta el amor de la madre.

Dirige admirablemente las Escuelas del Ave María,

y no pone para ello a contribución otra cosa que sus virtudes, su dulzura y su corazón.

Ve las cosas en conjunto y en detalle, y obra con arreglo a su conciencia, sin respetos humano de ninguna clase.

La piedad y el amor de Dios le sostienen, le fortifican, le alumbran, le consuelan y le dan paz y paciencia en el grado necesario para el ejercicio de sus penosas funciones.

No se inquieta y hace todo lo necesario; no se apresura y todo lo halla expedito; no riñe y corrige; no es altanero y ejerce grande autoridad, y es paciente, previsor, moderado, accesible y afable; pero también es decidido y nunca débil ni adulador.

Por esto los buenos le quieren y todos le respetan.

¡Feliz ciudad de Granada, cuyos hijos, aunque no tengan padres, ya tienen quien les eduque!

¡Feliz D. Andrés Manjón que, aunque no tiene hijos, tiene ya tantos niños a quienes educar!

Y ¡feliz él que cada noche puede decir con verdad:

“Hoy he llevado ideas nuevas, he despertado sentimientos nobles, he corregido defectos y he derramado buena semilla en el alma de muchos niños”!

Rufino Blanco

El P. Jesús Delgado redactó a raíz de la muerte de D. Andrés un folleto dedicado a ensalzar la figura del “*Pedagogo sin igual del siglo XX*”, y de él son las palabras entrecomadas que a continuación se expresan:

“¿Quién era, pues, este hombre, (1) tan humilde que nunca quiso ser más que maestro de Escuela, y tan celebrado por la fama que la prensa del mundo se ha ocu-

(1) P. Jesús Delgado, Agustino, en su folleto *D. Andrés Manjón*. Bosquejo de su figura y sus obras, pág. 8.

pado de él más que de los jefes de Estado, y cuyos hechos han interesado más al mundo que las batallas de los grandes capitanes? ¿Cuáles son los valores positivos que debemos recoger de las enseñanzas prácticas de su vida? ¿Cuál es su obra social y patriótica por excelencia y qué es lo que nos incumbe hacer para consolidarla? He aquí los interrogantes que todo hombre pensador debe hacerse a sí mismo sobre la tumba de este hombre. La respuesta, sin vacilar, nos parece que es la siguiente: D. Andrés Manjón ha sido un hombre cabal, un carácter, un santo, un catedrático ejemplar, un pedagogo que ha formado época, un escritor apologista y sabio, un reformador social de primer orden y un patriota de los pocos y de los grandes; su obra por excelencia es su ejemplo y sus escuelas...”



Adorno del techo del dormitorio de D. Andrés Manjón

Por estas páginas deshilvanadas ha pasado su figura, quizás estropeada por culpa y torpeza del que escribe, pero en sus originales el lector ha podido adivinar cuanto se necesita para forjar un don Andrés Manjón original y propio, haciendo predominar aquellas líneas que sean más de su gusto y a propósito de sus deseos.

Todos le verán santo y sabio. Su santidad es de las que subliman lo vulgar, haciendo de la vida ordinaria tierra fértil que lleva en abundancia pan de doctrina y de buen ejemplo. Su sabiduría es la del cristiano verdadero, la del justo que, en expresión del Sabio, es asiento de ella: *Sedes sapientiae anima justii*.

No hizo milagros en vida, aunque por tales pueden tenerse el *buen olor de Cristo* en sus obras, y el prodigioso

desarrollo de sus Escuelas. Pero después de su muerte se ha desquitado, y en los dos años que lleva de ciudadano del cielo ha conseguido de Dios innumerables gracias y favores para los que se han encomendado a su intercesión, que han sido muchos. El más grande de todos ellos es la conservación y progreso de sus amadas Escuelas del Ave-María que, lejos de quebrantarse con su muerte, han experimentado la firmeza del *nuevo sillar* colocado en la raíz y fundamento del edificio.

No fué sabio a la moderna. “Manjón, dice Pierre Lhande, (1) no será metafísico ni sociólogo en el sentido que hoy se da a esta palabra, pero es un fino observador de la realidad y poseía sus cualidades en perfecto equilibrio”.—“No fué hombre de mucha erudición, afirma el P. Delgado, (2) ni tuvo tiempo para adquirirla... No se cuidó de prepararse para brillar por la palabra, sino de prepararse para la vida y para ser útil a las necesidades de su tiempo, a su religión y a su patria; y en esto y por esto llegó verdaderamente a las cimas de la sabiduría”.

“No fué tampoco un científico de gabinete, ni fénix que sale revestido de inmortalidad de las retortas de un laboratorio, ni erudito al día, mariposa sabia, ni mucho menos hombre de los que piensan por encargo; fué un gran piloto de la vida práctica, de la vida que se vive, positivo, de prudencia maciza, que aprende lo que *debe saber*, enseña lo que *ha de aprovechar*, se orienta por el camino que es necesario seguir, avanza sin miedo hasta donde es posible llegar; no se cuida de los pleitos que él no tiene que fallar, ni se preocupa de los problemas que a él no incumbe resolver; deja a las Cámaras discurrir, deja a los ociosos y descontentos murmurar, y él se dedi-

(1) Revista *Les Etudes*, París, Noviembre 1924

(2) Libro citado, pág. 20.

ca con todas las energías de su gran espíritu a instruir, a observar, a educar”.

Cuanto pudiera decirse de D. Andrés en este sentido se compendia en esta frase: fué un verdadero sabio, aunque no fuera un científico enciclopédico a la moderna. No es lo mismo ciencia que sabiduría. La primera supone conocimiento no siempre ordenado al fin último, que es el práctico; y en cambio la sabiduría es la que toma gusto y saborea las cosas y las verdades en orden a Dios. Y así podemos decir de D. Andrés Manjón que fué un verdadero sabio, que puso todo su empeño en abrir el camino del cielo, en limpiarlo de malezas y quitarle los estorbos para que niños y hombres aprendieran a amar a Dios, a buscarle como blanco y fin de sus obras, y a caminar rectos y seguros por la senda que lleva a la eterna dicha.

Fué un pensador profundo y de verdadera originalidad. Los problemas relacionados con la educación social, el orden moral, o el político, los toca con mano maestra y penetra en ellos hasta la entraña. Analiza las cuestiones sin dejar un rincón que no registre con su clara visión; y da las soluciones tan desnudas de rodeos, tan sobrias de palabras, tan serenas y tan contundentes, que pone el ánimo en reposo y convence a cuantos lo leen.

No eructa en sus escritos erudición, pero sabe cuanto necesita, y la razón, el testimonio o el hecho obedecen a su palabra, acudiendo como esclavos al servicio de su dueño.

Sobre estos ejes discurrió su vida, y ellos se revelan en todos los aspectos de la misma. Catedrático modelo, brilló siempre por las tres cualidades, que son crédito de todo maestro: asiduidad en la asistencia, labor competente, bien preparada y perseverante en la explicación, y autoridad entre sus alumnos, de los que mereció siem-

pre el mayor respeto. “Examinador inflexible, espanto de estudiantes *perdigones*” le llama un antiguo alumno. (1) Pero su inflexibilidad era una norma de la que por nadie declinaba, dispensando por igual a todos la justicia.

Sacerdote ejemplar, llenó con el mayor celo su misión como Canónigo de la Abadía del Sacro-Monte. En la oración y en el estudio, al calor del santo recogimiento que en las celdas de aquella ilustre Casa se respira, labró y cinceló su alma aquilatando virtudes y ganando méritos ante Dios y ante los hombres. El Coro, la Cátedra, las Misiones y los oficios disciplinares encontraron en él al hombre de buena voluntad; y, si sus compañeros compadecidos procuraban descargarle alguna vez, mostraba su agradecimiento por este alivio y consagraba sus energías a las obras de su apostolado.

Su pedagogía es original, y siempre camina hacia el mismo oriente. Aprovecha todos los méritos antiguos y modernos; imita y mejora a Pestolozzi y Freébel, unifica sistemas, inventa procedimientos; y todo lo simplifica y hace fácil, poniendo la enseñanza a la altura de todas las fortunas. Para él el secreto de la Escuela está en el Maestro. Dadme, decía, un buen maestro, y aunque no tenga una silla donde sentarse, allí se abrirá una escuela.

La magia de sus procedimientos para enseñar al niño consiste en el *amor al niño*. Todos lo reconocen así. Cuantos han pasado por los encantadores Cármenes del Darro, en que tienen su asiento las Escuelas del Ave-María, pueden dar y dieron de ello testimonio. Aun los que discuten los procedimientos manjonianos, regateándoles la originalidad, o acaso negándosela, todos sin excepción convienen en reconocer a D. Andrés Manjón como un Apóstol enamorado del niño, a cuyo servicio puso todo

(1) Blanco Belmonte en *A. B. C.* del 11 de Julio 1923.

su ser y toda su vida. “Más que por sus procedimientos de enseñanza, que han recibido el nombre de manjonianos, y que vienen a constituir una modalidad de los de Froébel y Montessori, su actuación eficaz y bienhechora se caracteriza por la cristiana esencialidad de su sistema y por el ambiente amable y atractivo en que se desenvuelve” (1).

La síntesis de su pedagogía está en hacer hombres cabales, sanos de alma y de cuerpo, útiles para Dios, para sí mismos y para la sociedad en que viven.

“El pensamiento pedagógico de Manjón, dice el ya citado P. Jesús Delgado, no puede ser más claro: educar es formar hombres cabales en todos los aspectos y para todos los fines de la vida. No puede ser más práctico: el fin inmediato de la educación no es hacer hombres *ilustrados* que sepan mucho, sino hacer hombres *útiles*; prepararlos para el ambiente en que han de vivir. No puede ser más cristiano, porque respeta la obra del Creador y educa según el único Reformador del hombre, que es Cristo. No puede ser más completo, porque no deja nada en el hombre menospreciado ni olvidado; por eso no es laico, ni anticientífico, ni “sin patria”. No puede ser más racional, más ordenado: es cíclico en todos los grados, graduado para todos los conocimientos, acomodado para entrambos sexos y adaptable a todas las edades. No puede ser más pedagógico: en las ideas, va de la intuición al discurso; en las obras, de los actos a los hábitos; en los sentimientos, de la presencia del objeto o del ejemplo al ideal que se busca, y del ejercicio del arte, a la formación del gusto”.

“Manjón reunía, pues, en sí mismo la tres cosas que desea Mr. Thomas en un buen maestro: “Un poco de saber, mucho buen sentido y muchísima abnegación”;

(1) *La Escuela Moderna*, Madrid 14 de Julio 1923.

tenía el *entusiasmo educativo*, que es lo que constituye la personalidad del maestro, según H. Munsterberg; poseía las *doce virtudes* que quiere San Juan de La Salle para todo maestro cristiano, pues poseía la caridad para con el niño; y llenó la medida que exigía el mismo Manjón para los *educadores*, cuando dijo de ellos: “Deben ser hombres superiores a los errores y pecados de su tiempo, porque están llamados a disiparlos y corregirlos”

La obra literaria de D. Andrés Manjón no ha sido grande por la extensión, aunque sus libros forman una biblioteca no pequeña; pero lo que falta en extensión sobra en intensidad.

El referido P. Delgado compendia en un breve párrafo cuanto puede decirse en este punto, y lo copio para que el elogio no resulte hecho por persona interesada, a quien pudiera tildarse de apasionada o parcial. “Don Andrés Manjón, dice, escribió poco, pero lo poco que escribió vale muchísimo; y por la importancia de las materias que dilucidó con su pluma, y por el estilo con que las dilucidó, es un publicista de primer orden: en el pensar, profundo; en el exponer, clarísimo; en la sinceridad, valiente; en la dicción, lacónico y rotundo. En el Derecho, apologista; en pedagogía, psicólogo; en sociología, evangélico; lo que escribió sobre cada una de estas materias es definitivo. Cada Memoria, cada discurso, cada página de su bien cortada pluma, es ariete contra el error, es fortaleza y atalaya de la verdad, es estigma de la abyección, es aliento de patriotismo, es siempre algo que fustiga reciamente la degradación, y levanta con nobles bríos a los humildes, a los hombres de bien, a los perseguidos hijos de la virtud y del honor. D. Andrés Manjón, como publicista, es el Cid Campeador de la pluma.”

Y si la figura de D. Andrés se realza sobre el nivel de los pedagogos que ahora se estilan es porque ha sabi-

do hermanar inteligencia y corazón, y ha procurado que la Escuela sea lo que debe ser, Escuela cristiana, española, alegre, humana y racional.

“No quiero, decía a sus Maestros, que hagais de la Escuela una Universidad, ni un cuartel, ni un presidio; son mis deseos que el niño considere esta Casa como suya y que sus Maestros sean unos segundos padres por el cariño y el interés que éstos muestren por sus educandos”.

¡Oh qué bien si nosotros lleváramos a la práctica este programa mínimo de nuestro venerable Fundador!

¡Cuánto ganarían la Religión y la Patria!

¡Y qué dicha para todos los pedagogos si tuvieran siempre ante sus hijos los consejos, advertencias y admoniciones de este Maestro tan singular!

XLVIII

VIRTUDES ESPECIALES DE DON ANDRÉS

D. Andrés, como todos los hombres extraordinarios, no se contentó con extirpar vicios y limpiar el alma de toda mancha, sino que se esforzó como gigante para levantar el hermoso edificio de la perfección con los sillares incommovibles de las virtudes cristianas.

Anque todas esas virtudes fueron objeto de sus afanes, brillan con especial esplendor las siguientes: humildad, caridad, esperanza, mortificación interior, prudencia, perseverancia, pureza, paciencia y celo.

I.º

HUMILDAD

Bastaba ver a este hombre singular para convencerse a primera vista de su profunda humildad.

Huía siempre de los honores, y los temía como se teme a un cabo cuartelero; no podía concebir que él fuera honrado por los hombres, conceptuándose tan poca cosa.

Su cultura era vasta y muy bien cimentada y llegó a creerse un ignorante, o como él decía alguna vez: “un Maestro Ciruela, que no sabía leer y puso una Escuela”.

Redactó, como hemos visto, trabajos llenos de sabiduría y al verlos reproducidos, entusiastamente comentados y saboreados con fruición en todas partes, se reía él mismo y no acertaba a explicarse el mérito que se le atribuía: “¿Qué es esto, solía decir, porque medio cumplo con una obligación de justicia me alaban y bendicen?”...

Nómbrenle Decano de la Facultad de Derecho de esta Universidad, y renunció porque no se consideraba digno de presidir a sus compañeros de Profesorado.

Intentan hacerle Abad del Sacro-Monte, y tuvo que amenazar con renunciar la Canongía para que le dejaran en paz.

Propónenle para Abreviador de la Nunciatura y le ofrecen una Cátedra en la Universidad Central, y su respuesta fué ésta: “Que otros con mayores merecimientos que los míos ocupen esas vacantes; yo entre mis niños estoy como el pez en el agua; este es el cargo y carga que más me agrada.

Propónenle para ocupar una Sede Episcopal y renuncia a tan honroso cargo para ser un simple Capellán de sus pobres niños.

Le conceden condecoraciones, le nombran socio de número de varias entidades culturales, le regalan títulos y pergaminos como premio de sus merecimientos, y todo lo mira con el prisma de la verdad que nunca engaña, para repetir aquellas palabras de Salomón: “vanidad de vanidades y todo vanidad”.

Huye de todo lo que sea vanidad y le molestan los aplausos y los honores.

“La vanidad, decía el, es vicio de niños, de almas chicas, de espíritus apocados, de corazones y talentos pequeños, que no conocen su propia pequeñez, y la toman por grandeza; no saben lo que es virtud y no ven lo que les falta para llegar a ella; no alcanzan lo que es ciencia, y así se tienen por sabios, porque ignoran lo que es sabiduría. Y así en todo: son miopes para ver lo que les falta, y tiene ojos de abultamiento para lo poco que tienen.

Y además de *topos* son injustos, porque se atribuyen lo que no es suyo, y roban a Dios el honor y tributo que por todo le son debidos”.

Así discurría y, parejas con su discurso, eran todas sus obras.

Para que el lector pueda mejor apreciar su profundísima humildad, transcribo aquí la carta de despedida de su Cátedra, que redactó, al ser jubilado por imperio de la Ley.

Escuelas del Ave-María 4-IX-1918.

Sr. D. Eusebio Sánchez Reina y demás compañeros y amigos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada.

Recibí su muy sentida y bien escrita comunicación y despedida, que agradezco en el alma, y tanto más cuanto menos lo merezco.

A todos saludo, de todos me despido, de ninguno he recibido sino atenciones, respetos y cariños, y para todos conservo gratos recuerdos y agradecimientos sin término.

Aunque ya no comparta con ustedes las tareas escolares, me es grato pensar y ver cómo compartimos afectos y recuerdos de compañerismo y amistad, que en mí durarán lo que la vida. ¡Qué menos!

Nada soy, nada valgo, nada puedo, de nada soy digno, nada merezco; así que cuando llegan a mí sus elogios y bellos calificativos y extraordinarios acuerdos, admiro hasta dónde es capaz de llegar la bondad y caridad de mis hermanos de profesorado: pues con olvidar mi nulidad y perdonar mis faltas, hubieran hecho demasiado.

Que Dios se lo pague, y en El es suyo afectísimo amigo y h. c., que se despide de los Doctores para vivir entre niños.

Andrés Manjón

Tal fué su modo de proceder durante toda su vida.

Trabajar por Dios y por los prójimos despreciando los aplausos de los hombres.

Hacer el bien y prescindir de honores y altos cargos que para nada valen, sino es para mayor congoja.

Y prepararse en todo momento para recoger el premio que Dios promete a los humildes de verdad.

2.º

CARIDAD

Basta recordar las numerosas obras de celo en que intervino, para demostrar que su caridad no reconocía límites; jamás se anidó el odio en su corazón; no sabía más que amar, y amar en grado sumo.

Nunca pudo concebir un Maestro sin amor o caridad, y por esto escribió: “Para educar, lo primero es amar, por lo cual el mandamiento del amor de Dios y del prójimo debe ser el primer precepto y la primera máxima de educación humana y cristiana, quien no ame a Dios, que no se meta a educar; quien no ame a los niños, que no se haga Maestro; quien no ame la profesión, que no se encargue de ninguna Escuela; pues para educar se necesita amar a Dios y al prójimo”.

Vivió pobre, porque su caridad le obligaba a darlo todo.

Anduvo apurado muchas veces, porque lo que ganaba, era poco para atender a tantas necesidades.

—D. Andrés, le decían muchas veces las madres, que mis niños no tienen hoy que comer.

—Pues a la cocina y que coman de la olla grande; Dios nos ayudará.

—D. Andrés, que mi estudiante no puede comprar los libros ni abonar las matrículas.

—No se apure usted; su niño es una esperanza y, siguiendo así, nada le faltará; le ayudaremos y tendrá libros, matrículas y cuanto necesite.

—D. Andrés, que mi marido no trabaja y no tenemos *naica* que echarnos a la boca.

—¡Válgame Dios!; reciba esta pequeña limosna y procuraré recomendar a su esposo para que gane el jornal, pero sean ustedes buenos, que esa es la mejor de las riquezas.

Compró 70 y tantas cuevas para adjudicarlas a pobres de cristiana conducta, además de socorrerlos en determinados días del año, y todo ello de balde o casi de balde.

No podía vivir sin dar algo; sus bolsillos eran a modo de un almacén en pequeño; estampitas, avellanas, nueces, caramelos o almendrillas para los niños; bonos de pan o de la Cocina Económica para los pobres; monedas para los de más rango (o de mayor vergüenza); tarjetas de recomendación para buscar con ellas ocupación o trabajo, etc., etc.; el objeto era ejercer la caridad, y que no pasara un sólo día sin hacer algo por los pobres.

Ya en cama, y no pudiendo hacer la caridad por sí mismo, ordenaba a sus familiares y les decía: “Entregad esta cantidad a la familia X., pues murió el esposo y se llevó la llave de la despensa.

Y tal otra para X, como recompensa y premio de sus servicios y trabajos.

Y esto para que en el día de mi entierro tengan pan todos los niños y pobres del Camino.

Y tanto para que digáis Misas por mi alma.

Y.....

—Es que ya no hay que dar, decíale el Tesorero.

—Busca y rebusca por ahí, a ver si queda algo: "*Elemosyna opperit multitudinem peccatorum meorum*".

Para D. Andrés el ejercitar la caridad con los pobres era una verdadera obsesión.

Lo dió todo, en tal forma que hubo que enterrarle de limosna, como más adelante veremos.

¡Dichoso él que se abrazó con la pobreza y fué a los pobres para con ellos escalar el cielo!

3.º

ESPERANZA

Jamás desconfió; víle muchas veces apurado, pero aseguída asomaba a sus labios aquella significativa sonrisa, símbolo de la esperanza, y que traducida en lenguaje cristiano, equivalía a esta expresión: "Dios sobre todo".

Cada día que pasaba, aparecía más complicada la máquina de sus Escuelas, y nunca se le ocurrió dudar de la estabilidad y perpetuidad de la Obra.

—¿Quién llevará el timón de sus Escuelas el día en que usted falte, le decían sus amigos?

—Y él con gran confianza les contestaba: "La Providencia, señores, la Providencia".

—¿Y no sería mejor abarcar menos y apretar más?; ¿no será prudencia cristiana ordenarlo todo bien para que, al ir usted al cielo, sea más fácil y llevadera la

—Dios no ha muerto ni morirá, no ha abdicado ni abdicará su soberanía en cielos y tierra; sigamos con El hasta donde nos quiera llevar y desconfiemos de nosotros, que nada valemos ni nada podemos sin El”.

—Sí, ¿pero y el mañana?

—“¡Mañana!... yo descanso tranquilo y confiado en los brazos de la sabiduría, omnipotencia y misericordia del Señor, y nada temo, por nada desespero, pues sus planes se han de cumplir; será de las Escuelas lo que El quiera y nada más”.

—¿Es necesario gastar cinco o seis mil duros en construir una Capilla y salón de actos?...

—A trabajar y Dios dirá.

—Comen diariamente 100 niños y todos tienen gran apetito; ¿que falta el pan, arroz, patatas, carbón, etc.?

—A comprar lo que haga falta y a confiar ciegamente en la Divina Providencia.

—¿Que se gastan al año 50 ó 60,000 pesetas en las Escuelas?

—No importa; se gastan y la experiencia nos dirá que a nadie se debe nada.

—¿Qué no hay más recursos que los que él puede aportar con la renta de sus dos cargos?

—Vendrán los que se necesiten y nada nos faltará.

Y así ha sido. Los gastos se triplicaron, la carestía de la vida vino a agravar la triste situación económica de nuestro pueblo, pero las Escuelas prosiguieron su labor educativa sin reparar en gastos, porque la esperanza que D. Andrés tenía en la Providencia de Dios, resolvía todas las dificultades, y parecía como que todo le venía a pedir de boca.

Es que se cumplían en este caso aquellas palabras de Jesucristo: “*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*”.

MORTIFICACIÓN

Criado en pobreza y estrechez, nunca supo ni acertó a gozar lo que llaman las dulzuras del vivir; desde niño se abrazó con el trabajo y abrazado siguió a él hasta el último momento de su vida; las Escuelas del Ave-María eran hijas de su vocación y celo, pero no hay rosal sin espinas, ni obra buena sin sacrificios.

—“Raro es el día, nos decía con alguna frecuencia, que no sorbo alguna jícara de chocolate amargo, y son muchas más las penas que las alegrías”.

Ya es el Maestro que no acierta o no quiere enseñar ni educar según las normas y procedimientos que él le impone.

Ya es el padre ingrato y desagradecido que censura las Escuelas, porque son cristianas y enseñan a rezar.

Ya es el periodista de ideas avanzadas que truena contra el Ave-María, porque trata de implantar la Escuela *reaccionaria o confesional*.

Ya es el que, llamándose Maestro de la *Alta pedagogía*, escribe y habla despectivamente contra las Escuelas, por ser la antítesis de la Escuela láica o sin Dios.

El devoraba en silencio estas amarguras y esa crítica mordaz, diciendo a lo más: “Bueno es mezclar lo dulce con lo amargo; aceptemos esas censuras y hagamos con ellas un ramillete para ofrendarle a Dios, y satisfacer de algún modo por nuestros pecados”.

¡Cuántas veces, estando enfermo, atendió a sus Escuelas y practicó ante Maestros y niños para dar ejemplo!

—No trabaje tanto, le decíamos, que va a enfermar.

—“No; hay que trabajar hasta la muerte. ¿Qué mérito es acompañar a Jesucristo hasta Getsemaní?; hay que

seguir con El hasta el Calvario, y a esto se llama sacrificio”.

Mortificó el gusto comiendo poco y mal condimentado.

Mortificó su cuerpo con cilicios y disciplinas, que yo ví, y ví usar en repetidas ocasiones.

Se privó del sueño durmiendo poco y pasando muchas noches en vela, para emplearlas en hacer bien por sus Escuelas.

Vestía pobremente y viajaba en tercera como viajan los pobres.

Aceptaba como suyas las privaciones de los pobres y sufría, al verlos sufrir, procurando remediar sus necesidades.

Huyó de todo lo que pudiera ser comodidad o buena vida y aceptó de buen grado una serie de trabajos, sin sabores y disgustos que duraron toda su vida.

Y a pesar de trabajar y sufrir tanto, dijo antes de morir “*que marchaba a la otra vida con la pena de haber trabajado poco en ésta, y hecho poco o ninguna penitencia por sus pecados*”.

V

PRUDENCIA

Fué prudente en grado sumo y reunió en sí todas las condiciones de la prudencia cristiana.

“La prudencia, escribió él, consiste en *pensar bien* el bien que se ha de hacer; en *juzar* si se ha de hacer, cómo y cuándo, y en *ejecutar* lo bien pensado y resuelto con decisión, habilidad y circunspección.

Piensa bien lo que has de hacer, juzga bien lo que has de decir, y haz bien lo bien pensado y juzgado, y no olvides estas palabras del Gran Maestro: “Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas”.

A su gran prudencia se debe la extensión y conservación de las Escuelas. Era hombre de reflexión, tenía eso que llaman clarividencia u *ojo clínico* en todas las cuestiones, y sin embargo nada hacía, sino después de haberlo meditado, rumiado y consultado.

Todos acudíamos a él para pedirle consejo y dirección y no sé qué secreto poseía, que su sola mirada bastaba para poner remedio en todas las cuestiones objeto de nuestra consulta.

Sabía hablar cuando era menester, y callar, cuando era necesario; aquel "*tempus tacendi et tempus loquendi*" de la Santa Escritura lo tenía siempre delante de sus ojos, hasta llegar a ser un acabado modelo de prudencia.

—D. Andrés, le dijo en cierta ocasión un compañero, ¿qué le parece a Vd. mi opinión?

—Me parece muy mal.

Y un tantico ofendido el compañero le contestó: "pues a mí me parece muy bien".

—Lo cual no obsta, amigo mío, para que a mí me siga pareciendo mal. Y no habló más, pero fué lo suficiente para que aquel buen señor rectificara su modo de proceder, debido a la respuesta escueta de nuestro venerable Maestro.

Fué un gran pensador; y si yo dijera que su entendimiento dominaba al corazón, (con ser éste tan grande) no mentiría.

Era naturalmente impulsivo, como S. Francisco de Sales (de quien era gran admirador), de carácter duro, como buen castellano viejo, y sin embargo acertó a dominar su carácter en tal forma, que parecía un niño por su candor y un angel por su dulzura.

"¡Pícara lengua, decía en cierta ocasión, que no puedes decir lo que quieres!; sujétate pluma, que escribes con mano de Sacerdote".

Lenguas viperinas dijeron no pocas veces que D. Andrés estaba enriqueciéndose con los niños (¡¡ !!).

—¿Quiere Vd. que hagamos callar esas lenguas maldecientes?

—No, seamos prudentes y callemos, mientras la ofensa sea personal, y si de rechazo podemos hacerles algún bien, hagámoslo: “*vince a bono malum*”.

Cuando emprendía alguna obra importante, medía sus fuerzas, consultaba, se entregaba de lleno en las manos de Dios, y después no había fuerza humana capaz de hacerle variar de su nueva empresa.

Tan prudente era, que consultaba sus cosas a veces *hasta con la misma cocinera*, “porque en las cosas de Dios, decía, todos hemos de poner nuestro granito de arena, y a veces los sencillos y los ignorante dan lecciones muy hermosas a los que se tienen por sabios y gozan de claro entendimiento”.

Sólo así se explica que florecieran todas sus obras, y que tantos acudieran a pedirle orientación y consejo.

Un Canónigo amigo suyo y bienhechor de las Escuelas sufrió un contratiempo, que le hizo perder la paz y la paciencia, se lo contó a D. Andrés, le escribió como él sabía hacerlo, y bastó su carta rebosando prudencia y caridad, para que renacieran en el bienhechor la tranquilidad y sosiego perdidos.

“Nada, nada, mi buen amigo, Dios le colme de bienes y le haga feliz, ya acá, donde la felicidad es por gotas y los disgustos por tragos, ya allá donde el que tiene una gota de dicha, lo tiene todo por mares y por eternidades”.

“Aprenda de esta gente sanduguera, que sufren y cantan, que no comen y bailan, y pasan la vida riéndose de sí mismos”.

“Aquí nada nuevo, porque hasta el frío se va haciendo añejo.

De salud bien.
De dinero bien.
De chiquillos bien.

De cabeza, no tan bien, y no es que duela, sino que falla. He entrado en la respetable edad de 65 años, y la cabeza está, o pelada, o nevada y con cascadas que no cesan de sonar”.

.
.

“Ya libramos las últimas batallas de la vida. Trabajemos cuanto podamos, suframos cuanto podamos, y que Dios nos saque con bien de este mundo. Amén”.

La prudencia fué la directriz de todos sus actos, y a su gran prudencia y discreción le deben muchos la paz y tranquilidad de conciencia que hoy disfrutaban.

VI

PACIENCIA

Si para ser Maestro se necesita de una paciencia sin límites, ¿cuán grande sería la de nuestro D. Andrés, teniendo consigo tantos y tan grandes problemas que resolver?

Pocas veces se incomodaba, al tratar con los niños, sino todo lo contrario, se armaba de paciencia, sufría con gusto sus impertinencias y como decía en frase gráfica, en el Ave-María hay que tener niños *hasta en la sopa*.

Nunca se cansaba de estar con ellos, y sentía fastidio, pena y dolor, cuando no podía ejercer su celo enseñándoles, practicando con sus Maestros y rodeado de pequeños.

Sólo Dios y él sabrán lo que le dieron que hacer sus

Escuelas, y sin embargo jamás se le vió el desaliento y la impaciencia.

Muchas de las cartas que recibía eran *tragos amargos* que sorbía resignadamente, contestándolas con gran prudencia o callando, cuando debía callar.

Soplaron violentamente a sus oídos los vientos de la contradicción, pero los soportó con gran paciencia, esperando confiado la bonanza y mirando al Sagrario en donde, como vimos, aprendió a sufrir, a trabajar y a callar.

Leía y oía acres censuras por su actuación como Maestro y Educador, y pagaba con él perdón y el silencio esas censuras injustificadas, salidas de lenguas y plumas a veces asalariadas.

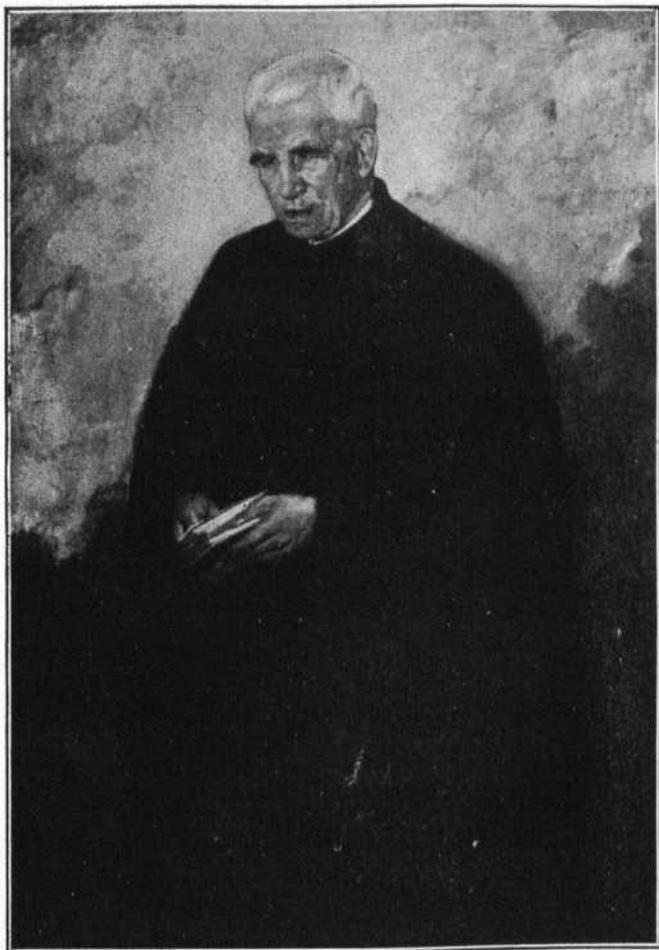
Amargábanle la vida los mismos amigos anunciándole el fin de las Escuelas, y a todos contestaba paciente y sabiamente: “Mientras llega el fin, trabajemos; esto es lo que Dios nos pide”.

No siempre, ¡claro es! reinaba la paz en sus múltiples fundaciones, y a él acudían los Maestros como a verdadero paño de lágrimas, encontrando en él frases de aliento, soluciones concretas, y una paciencia sin límites para aguantar tantas molestias.

Muchas veces fué ofendido por cartas y aun de palabra por personas que estaban obligadas al más vivo agradecimiento y, aunque sentía la herida abierta en su bondadoso corazón, contestaba paternalmente y les brindaba con el perdón.

Cuando la ofensa era personal, se callaba y perdonaba; únicamente se defendía cuando la ofensa o la censura iba dirigida a la Institución; entonces sí, se armaba de celo apostólico, empuñaba la pluma y sin miedo a nadie ni a nada luchaba sin descanso, hasta pulverizar al adversario.

Y si en vida tanto sufrió y con tan gran paciencia, carga?



Ultima fotografía de Don Andrés Manjón

aun estaba dispuesto a seguir sufriendo, escribiendo al fin de sus días aquellas hermosas palabras de S. Martín: “Señor, si aun me considerais apto para el sufrimiento, *non recuso laborem*”.

Almas que así se conducen, escalan sin duda alguna las cumbres de la perfección, como sucedió con nuestro santo Fundador.

L

SU ÚLTIMA ENFERMEDAD

Como Dios suele regalar en esta misma vida a los que bien le sirven y saben trabajar por su gloria, con los consuelos y dichas que son augurio y anticipo de los que después han de gozar en el cielo, a nuestro siervo de Dios, cuya vida y merecimientos hemos bosquejado, no podían faltarle esos consuelos y bienes antes de su preciosa muerte; y porque esta su última jornada servirá sin duda de edificación a nuestros lectores, me ha parecido muy oportuno reseñar con algún detalle su enfermedad y santa muerte, que fué para él su purgatorio en vida, y para los que tuvimos la dicha de asistirle, una lección hermosísima, que jamás olvidaremos.

* * *

Exultavit ut gigas ad currendam viam; se levantó como gigante para recorrer el camino de la vida y trabajar sin descanso en la viña del Señor, y como gigante se dispuso a recibir el terrible peso de una larga y penosa enfermedad, y el no menos terrible paso de la muerte temporal a vida inmortal y eterna.

Su naturaleza de hierro estaba minada a causa del excesivo trabajo que siempre tuvo, grande desde que empezó a estudiar; grandísimo, al terminar sus Carreras; abrumador, cuando en el año 1888 nacieron sus

Escuelas; y aumentado hasta lo inexplicable por el sinnúmero de asuntos que pesaban sobre él.

Parece imposible que tantas ocupaciones y preocupaciones le permitieran llegar a la casi edad de 77 años; y llegó, sostenido por la misericordia del Señor, para que brillara su figura en el firmamento de la Iglesia y fuera honor y gloria de nuestra querida Patria.

* * *

El día de S. Andrés del 1922 cumplió los 76 años; sentó a su mesa a todos los Maestros del Ave-María y a algunos amigos y compañeros suyos; pasamos unos y otros una tarde felicísima en todos sentidos, y nada hacía sospechar la proximidad de tristes acontecimientos.

Al terminar la comida, habló D. Andrés y nos dijo estas o parecidas frases: *Estoy contento, porque me veo rodeado de jóvenes entusiastas y de amigos muy queridos de las Escuelas; no os preocupéis en demasía por el día en que yo falte, porque el Ave-María ganará con mi ausencia; soy viejo y achacoso, soy un estorbo, que para nada sirve; dejadme, pues que me vaya.*

Esto no obstante, tengo alguna penilla, porque la separación de personas que bien se quieren siempre es triste, mas Dios lo quiere así".

Uno de los comensales, su gran amigo y paisano don Víctor Escribano, exclamó: "¡Viva el estorbo!", al que contestaron entusiasmados todos los comensales, pero no dejaron de notar el dejo de amargura que se notaba en las palabras de nuestro D. Andrés.

Subió al Sacro-Monte y, según costumbre de su vida de apostolado, escribió en el diario estas palabras: "Hoy empiezo los 77 años de mi vida; ya queda poco y urge dar fin a las cosillas que traigo entre manos, *quia tempus prope est*"; estos dos *sietes* serán probablemente los azadones que caven mi sepultura".

ENFERMEDAD Y MUERTE DE DON ANDRÉS MANJÓN

I

—No sea usted pesimista, le decíamos, que sobre sus augurios y temores está Dios, y a El toca disponer de la vida cuando y cómo quiera.

—Ciertamente, de Dios somos y a El hemos de ir, y yo muy pronto, muy pronto... y estoy conforme en irme, pues sé que con mi ida mejorará todo.

Si tuvo o no inspiración o claro conocimiento de su fin, no me atreveré yo a decirlo, pero sí puedo afirmar que de día en día aumentaba su indiferencia hacia las cosas del mundo y estaba como embebido y espiritualizado pensando en las del cielo.

Escribía un libro y se pasaba los días y a veces las noches emborronando cuartillas, coleccionando citas y pensamientos, ordenando cuidadosamente las materias y prestando un trabajo excesivo, impropio de su edad y capaz de agotar y destruir las energías del hombre más sano y robusto, cuanto más las suyas, que desde muy joven estaban desgastándose en múltiples y gravísimos asuntos.

—Está Vd. matándose, D. Andrés, le decían algunos Canónigos y amigos suyos; eso que está Vd. haciendo es un suicidio lento, porque ni come, ni descansa, ni duerme, ni se mueve, y tememos que tras la tormenta de sus trabajos, venga otra más terrible de decaimiento físico, intelectual, y moral y... acaso la muerte.

—Por esto me apresuro a terminar *este trabajillo*, contestaba él, porque al fin se acerca, y por esto escribo y aprieto al editor, no sea que se quede inédito; déjenme acabar, y que en todo se cumpla la voluntad de Dios.

Y terminó su trabajo, que se titula "El Maestro mi-

rando de dentro afuera”, trabajo, como todos los suyos, bien redactado, admirablemente distribuido, seriamente meditado y tan de actualidad en el campo de la Pedagogía, que es la última palabra y como el vademecum del Maestro o Educador cristiano.

Gozó mucho, al llegar al fin de esta nueva obra literaria, y escribiendo a un Maestro íntimo y familiar suyo, le dijo: “*Laus Deo*; he terminado mi último parto literario; probablemente no le veré editado, y he encargado a D. Rufino Blanco que se entienda contigo para corregir pruebas y solucionar las dificultades que se presenten; trabajemos por Dios y por la Patria, y no olvidemos que no habrá gloria ni recompensa en ultratumba, si aquí nos contentamos con hacer la *nanica na*.

Quédate con Dios; Tuyo en El, *A. M.*”

II

Aquella temida tormenta anunciada por sus amigos llegó, y empezó nuestro venerable y venerado Maestro a perder el apetito, y con él el consiguiente decaimiento físico, que se iba acentuando por momentos; pero jamás perdió la entereza de alma y la conformidad con la voluntad de Dios: “Esto se va, decía, aquel estómago de hierro que siempre tuve, protesta y se cansa; preparémonos, pues, para el gran viaje, y preparaos vosotros a recoger la herencia de trabajos, ingraticudes, luchas y dificultades que os dejó en las Escuelas, que no son mías, sino de Dios, y por El y para El trabajad sin descanso, que ya descansaréis en el cielo”.

—Vd. no se preocupe sino en ponerse bueno; olvídese de los asuntos, que Dios proveerá.

—Sí, Dios proveerá, pero sabed que estoy obligado a mirar por las Escuelas antes que por mí, pues ellas serán útiles y provechosas para mi Patria y pueden

dar mucha gloria a Dios; si yo me voy, ¿qué se pierde?...

El pensamiento de su próxima partida era su continua meditación, su pesadilla, y pesadilla que sentía más que por sí mismo por las Escuelas y... "porque no podía trabajar, habiendo tanto que hacer".

III

Don Víctor, médico de cabecera, gran amigo del enfermo y de su obra, y cuyos desvelos y sacrificios no sabremos nunca agradecer como se deben, aconsejó lleváramos a D. Andrés a Lanjarón a ver si allí encontraba con el descanso el apetito, que alguna otra vez recobró, y el mismo bondadoso D. Víctor se ofreció generosamente a acompañarle y llevarle en su auto, como lo hizo el día de la Ascensión, 10 de Mayo del año 1923.

Desgraciadamente seguía la inapetencia, y la enfermedad acrecía de día en día con gran desencanto y desaliento del paciente y sus acompañantes. Durante los ocho días que permaneció en Lanjarón sólo se dedicaba a saborear, meditar y a veces comentar el libro de S. Francisco de Sales titulado "Práctica del Amor de Dios", y decía con mucha frecuencia: "Qué pequeño y qué ruín soy yo, si me comparo con esta lumbrera de la Iglesia, y ¿por qué él trabajó tanto y yo tan poco?; mira, este hombre predicó, estudió, escribió, luchó, fundó, corrigió y recorrió ciudades y aldeas buscando almas perdidas, ganó para la Iglesia a 72.000 herejes, y murió y se fué al cielo con una abundante cosecha de merecimientos, ¡y era sacerdote como yo!..."

Todos los días que estuvo en Lanjarón celebraba la Santa Misa en el Colegio fundado, dirigido y sostenido por Sor Matilde Carrillo, edificando a quienes la oían por su fervor y su figura venerable.

Una de las religiosas que asistía al Santo Sacrificio,

me decía: “D. Andrés, diciendo Misa, se parece a S. Vicente, y es tan grande su devoción, que contagia a quien la oye”.

En su paseo al balneario solía distribuir estampitas a los niños, y se valía de ellos para inculcarles piedad y amor a Dios: “pequeñitos, les decía, los que *nos vamos* sabemos que la mejor riqueza es amar a Dios en vida; amadle mucho y sed mejores que yo”.

Visto que Lanjarón no era el remedio, volvió el enfermo a Granada desencantado, desilusionado, aunque siempre resignado y conforme con la voluntad de Dios; “sólo quiero lo que Dios quiera, nada más, nada más”.

Al entrar en las Escuelas y verse rodeado de niños, gozó mucho y lloró de emoción, repitiendo (para animarlos): “estoy mejor, estoy mejor”, y a un Maestro que le acompañaba le dijo: “ahora empieza el viaje”.

IV

El 19 de Mayo subió al Sacro-Monte a recluirse “en su querida celda de Canónigo”, y en ella preparaba diligentemente sus cosas materiales y espirituales, “porque no hay tiempo”.

Aún bajó los días 20 y 21 a las Escuelas, pero con dificultad, y el 21, antes de subir al Monte, se despidió de algunos, diciéndoles que probablemente no le verían más, y que pidieran por él.

Apenas se ocupaba más que de su alma, y aunque él ignoraba la enfermedad que padecía (un tumor canceroso en el estómago), veía por los efectos que era grave y que al fin de su vida mortal estaba cerca.

Hubo de guardar cama, y desde ella observaba, animaba, ordenaba, aconsejaba y ejercía las virtudes de la paciencia y resignación con la constancia y valentía de los Santos.

El día 26 de Mayo se agravó notablemente en su enfermedad y, viéndose morir, se incorporó en la cama, y dijo con palabra apagada, pero firme a dos Sacerdotes y Maestros que le asistían: “Sed mejores que yo y trabajad mucho en bien de los niños y la juventud; ahora veo lo poco que yo he hecho”.

—¿Le parece poco lo hecho durante toda su vida?

—Poco, casi nada, y si me voy con pena a la otra vida, es por lo mucho que queda por hacer; hacedlo vosotros y Dios os lo pagará, porque el mundo no sabe apreciar los trabajos y sacrificios que supone una Escuela como la nuestra; Dios sí lo sabe y lo recompensa con creces.

—No se preocupe de estas cosas, y anímese, que aún ha de vivir muchos años.

—No, serán pocos días, y lo siento, “porque no he hecho penitencia”.

—¿Y es poca penitencia el nublado de disgustos, privaciones, preocupaciones, asuntos y dificultades que encontró en su larga carrera de Maestro y Fundador?

—Todo eso lo hacía con gusto, y por una vocación o llamamiento irresistible a eso que vosotros llamáis trabajos: no he hecho penitencia y he pecado: “*pecavi Domine et malum coram te feci*”.

—Nos hizo llorar, y añadió: “Tengo miedo”.

—¿A quién?

—A mis pecados, a la muerte y... al juicio: “*opera enim illorum sequuntur illos*” Me habéis acompañado en muchos viajes, pero en este iré solo, completamente solo...

—Descanse y tenga mucha confianza, porque esa es la característica de los Santos.

—Idos, idos a trabajar, y dejad que los viejos nos vayamos.

V

Quería introducir algunas modificaciones en su testamento y ordenó que lo antes posible se redactara su última voluntad; no es esta ocasión de dar a conocer su testamento, pero sí podemos afirmar que es una prueba elocuentísima de su prudencia, piedad, sabiduría y previsión.

—“Es mi deseo ser enterrado en las Escuelas; la mayor parte de mi vida la pasé entre niños, y con ellos quiero conmorar después de muerto; enterrarme en el suelo para que me pisen y poned por inscripción en mi tumba estas dos letras A. M. y nada más”.

—“Quiero y os lo encargo que todos los sábados del año se diga una Misa por mi alma en la Iglesia de mi pueblo (Sargentos-Burgos) y que toquen los campanillos”.

—¿Por qué quiere usted que toquen los campanillos?

—Tiene su historia y te la contaré:

Mi madre (Doña Sebastiana Manjón), como tu sabes, era una Santa, y cuando murió, supuse *con fundamento* que subió a la gloria; que toquen, pues, a gloria con los campanillos, ya que en el cielo hay una Santa más.

Yo no soy Santo como mi madre, al contrario tengo mucho de qué arrepentirme, pero que toquen a gloria los campanillos, por si ella puede llevar al cielo a este hijo suyo, que tan poco hizo en este mundo.

—No permitáis en mi entierro esa vanidad de trapos, flores, músicas y luces, que para nada sirven, y haced que en todo aparezca la pobreza y la humildad cristianas. Si la Universidad de la que fuí Catedrático, os entregara alguna cantidad para músicas y vanidades, aceptadlas, pero gastad hasta la última peseta en comida o vestidos para los niños, y que pidan por mí, que pidan por mí, a ver si ellos y mi santa madre me llevan al cielo.

—Yo no hago falta en las Escuelas y sin mí vivirán

mejor; son de Dios, no mías, son populares, para educar a pobres, y esto las hace tan simpáticas, que todos las protegerán; son cristianas y españolas, Jesucristo y la Patria los mirarán con amor; *¡sursum corda!*

—Nuestras Escuelas, por ser para pobres, tienen que desenvolverse en la pobreza; que nada falte de lo necesario, pero huid del refinamiento; la sencillez encanta, lo afectado se hace antipático; aire, sol, agua, flores, campo, alegría, limpieza y orden, he ahí nuestro secreto; ya lo sabéis.

—¿Sabéis cuál es el mejor modo de ganar a los grandes?... ganando antes a los niños con el afecto y educándolos en el santo temor de Dios. Por duro que sea el corazón de un padre, se modelará y ablandará como la cera, enseñando y educando al hijo con interés y con amor.

—Las Escuelas nacieron alabando a la Virgen, las alabanzas no cesaron durante los 36 años que llevan de vida, y os encargo que así sigan siempre para que la Virgen los proteja, ¿lo ois?

—Lo que os encargo con todo interés es que trabajéis por Dios y por los pobres; no os dejéis influir por el aura popular, por buscar el aplauso de los hombres, que pasa y para nada sirve, que todo, todo lo que hagáis, escribais o digais sea para dar gloria a Dios, hacer el bien y merecer premio; lo contrario sería perder el tiempo. ¡Dios mio, Dios mio, si yo lo hubiera hecho siempre así cuál otro sería ahora!

Dejadme descansar un poco y proseguiremos cuando haya fuerzas.

.
.

VI

SUS DOS PENSAMIENTOS

En todos sus escritos y durante toda su vida aparecen admirablemente dibujados estos dos pensamientos, a cuyo alrededor han girado todos sus trabajos: Religión y Patria.

“La Religión es absolutamente necesaria para el engrandecimiento de la Patria: Patria sin Religión no se concibe, y sin embargo se han empeñado *los sabios* del siglo XX prescindir de lo que ellos llaman *valores espirituales*, es decir, de la Religión, porque dicen que es moneda anticuada y *se opone* a las nuevas ideas, al progreso, a la cultura (¡¡¡ !!!), etc., etc.”

Esto escribió y repitió muchas veces nuestro venerable Fundador, a niños y a Maestros, a Doctores y a alumnos, a Catedráticos y a Ministros, cuando estaba bueno, y durante su enfermedad bullían sin cesar en su entendimiento y corazón estos mismos pensamientos, y a veces, cuando la calentura le dejaba y las pocas fuerzas de que disponía se lo permitían, nos decía:

—Mirad, yo quiero (ya lo sabéis) que en el Ave-María todo gire alrededor de la Religión, y ya enseñéis Gramática, Historia, Aritmética, Lectura o Escritura, etc., procurad que en esas enseñanzas aparezca una idea moral que eduque y mejore el corazón del niño. ¿Qué conseguimos con enseñar ideas y atiborrar inteligencias, si abandonamos lo mejor del educando, que es su corazón?; enseñemos, pero *eduquemos*, y eduquemos teniendo siempre como guía y Maestro el Gran Maestro, que es Jesucristo.

—Y no seáis meros teorizantes o habladores, sino practicad la Religión y haced que los niños os imiten; no ol-

vidéis aquello de “*no auditores tantum, sed factores*”. ¡Oh el buen ejemplo! Un Maestro religioso y trabajador modifica un pueblo en pocos años.

—Y por medio de la Religión, haced Patria. ¡Qué pena, Dios mío, contemplar el cuadro triste, horrible y desconsolador que ofrece nuestra pobre España; parece como que todos hacen lo que pueden por destruirla; todo está en crisis, autoridad, enseñanza, Ejército, disciplina, ideas, todo, todo... ¡yo no sé cómo vivimos!

Os digo en verdad que no tengo pena por irme y hasta compadezco a los que os quedáis por acá. Haced lo que podáis por hacer Patria, recordad a los niños lo que fuimos, comparad las glorias pasadas con lo poco que hoy somos y significamos y prevenidlos para el porvenir. ¡Pobre Patria mía!

—Ya sé que el mal es grande y el remedio debe ser colectivo, pero a nosotros sólo nos toca aportar nuestro modesto óbolo de trabajos y de lucha, y allá se las avengan con Dios y con su conciencia los que se cruzan de brazos; hay que morir trabajando; ¡dichosos los que podéis merecer el cielo, haciendo Religión y Patria!; mi mayor enfermedad es la inactividad y el ver pasar días, semanas y meses en holganza obligada, habiendo tanto que hacer.

—En todos mis escritos se ven ampliados y discutidos estos dos pensamientos, y quiero que vosotros prosi-gais la labor empezada e infiltréis con palabras y con la pluma las ideas de Religión y Patria, a ver si conseguís *hacer algo más que yo, que bien veis cuán poco es*.

—Todo contribuye a trabajar en este sentido: la osadía de los antipatriotas, la cobardía de los que se llaman buenos, la flojera e inactividad de la masa nacional, el desconcierto y a veces impreparación de los llamados a dirigir los pueblos, etc., etc., etc... ¡qué vergüenza, Dios mío!, ¡qué vergüenza!... ¿qué dirán de nosotros? ¿qué

será de la Patria, siguiendo por este derrotero?... Pues a trabajar y a trabajar por Dios y por España, y a los que no podemos por enfermedad o torpeza, dejadnos marchar en paz.

—Los patrioteros o malos españoles han envenenado el corazón e inteligencia de los grandes, y ahora tienen el satánico proyecto de corromper al niños y para conseguirlo, ponen en juego los recursos de la política, del dinero, de la influencia, de la prensa, del cine, de la moda, y escriben, y peroran, y mienten, y sobornan, y luchan sin cesar y... poco a poco van consiguiendo el fin que se proponen. ¿Y qué hacer? ¿Cruzarnos de brazos? ¿Llorar? No, no y no; por Dios, trabajad cuanto podáis (y os lo repito una y mil veces) y cuidad cariñosamente del niño para que no se pierda y para que sea buen cristiano y tal cual la Iglesia y la Patria lo necesita y quiere.

—Nuestra Escuela es eminentemente práctica; y hemos de encariñarnos con los hechos más que con la palabrería: "*Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur*". Y el que dijo esto (Jesucristo) bien sabía lo que decía.

En resumen, que seais todo de Dios y para Dios, que trabajéis por y para la Iglesia y que con Dios y con su Iglesia hagais Patria; este es en síntesis el pensamiento del Ave-María.

Así hablaba D. Andrés durante su enfermedad y estos eran sus pensamientos y deseos, que él quisiera inocular a todos los españoles y de un modo especial a los Maestros y educadores de la juventud.

VII

Don Andrés ha sido siempre un hombre de Dios, y todo lo ordenaba a El y a promover su gloria, pero sin alardes ni mojigaterías.

Cuando alguien le visitaba, procuraba “predicarle su sermón”, sermón que siempre surtía efectos saludables en los visitantes y en el visitado, y sermón que hacía rectificar la conducta y vida del o de los oyentes en no pocas ocasiones.

—Yo no sé lo que tiene D. Andrés, me decía un pundonoroso militar, que electriza, cuando habla; sus palabras meditadas valen por muchos discursos; tiene el don de convencer y conmover.

—Porque serán seguramente del agrado de los amigos, referimos algunas de estas visitas por lo que tienen de interesantes, y porque se ve en ellos el alma y corazón grande del venerable enfermo.

Nuestro Reverendísimo Prelado se dignó visitar al enfermo, prodigándole palabras de consuelo y animándole a llevar con paciencia su ya larga y penosa enfermedad.

VISITA DEL SEÑOR ARZOBISPO

—¡Qué honra tan grande y tan inmerecida para mí el ser visitado por V. E. !; no merezco tanto honor.

—Don Andrés, Vd. merece mucho más, y antes hubiera venido a verle, si mis gravísimas obligaciones y mis enfermedades no me lo impidieran.

—Agradezco a V. E. su interés y le ruego me dé la última bendición.

Con mucho gusto le bendigo y concedo indulgencias por cada acto de conformidad o paciencia que hiciere en su enfermedad.

El enfermo recibió humildemente la bendición del Señor Arzobispo, y se despidió de él *para siempre*.

—¡Cómo, para siempre, D. Andrés!

—Sí, señor, para siempre, y tengo miedo, porque hay en mi alma muchas manchas, y no he hecho penitencia.

—Vamos, anímese y ya sabe que Dios es la misericordia y la bondad sumas.

El Prelado y sus acompañantes salieron sumamente afectados y edificados, al ver la humildad del venerable enfermo.

—¡Qué lástima de Don Andrés, exclamaban todos, y qué pena el no poderle librar de la muerte!

LA VISITA DEL INFANTE DON CARLOS

Su Alteza el Infante Don Carlos y Capitán General de Andalucía, subió al Sacro-Monte para visitar las Santas Cuevas y su histórica Abadía, y aprovechando esta visita, mostró vivos deseos de ver al Sr. Manjón, a quien admiraba y veneraba.

Enterado Don Andrés de la próxima visita, pidió el precioso e interesante libro, del que es autor, titulado: “El Maestro mirando hacia dentro”, y dijo: “ya que un Infante viene a visitar a este pobre enfermo, le regalaré esta obrilla como testimonio de gratitud: traed la pluma, y se lo dedicaré”.

Llegó el Infante, cuando escribía de su puño y letra estas palabras: “A Su Alteza el Infante Don Carlos dedica este librejo un pobre Maestro que está al borde del sepulcro. Andrés Manjón” VI-29-923.

Entró en la alcoba del enfermo acompañado del General Jefe de Estado Mayor Don Sebastián Ramos y los Ayudantes Don Javier Linares y Don Fernando Bustillo y al verlo, se incorporó y le saludó con respeto y afecto.

—Aquí tiene Su Alteza a un hombre con pocas esperanzas de vida y grandes deseos de morir.

—No, Don Andrés, aun querrá Dios tener a Vd. algunos años más con nosotros para hacer mucho bien por la Patria, aunque es muy grande el que ha hecho.

—No hice más de lo que debiera, y omití mucho que debiera haber hecho.

A la Real Familia envíele mis respetos y veneración, y si voy al cielo, desde allí pediré por la Patria y por su católico Monarca.

—Transmitiré su saludo con mucho gusto a los Reyes, y puedo asegurarle cuan grande es el interés que SS. MM. tienen por Vd.

—Que Dios se lo pague, aunque yo nada merezco. Tengo entendido que Su Alteza es padre de numerosos hijos y que los enseña y educa con la diligencia, esmero y cuidado de un buen cristiano y español.

Hago lo que puedo, D. Andrés, y lo que debo, porque esa es la mejor herencia que puedo dejar a mis hijos, una buena educación.

—Así es; la familia es la base de todo el edificio social; si la familia no educa, ni Maestros, ni Sacerdotes, ni Ejércitos podrán hacer absolutamente nada; sobre este interesante tema he escrito un librito, que me permito ofrecer y poner en sus manos, y le regaló el interesante libro “Hojas paterno-escolares”.

El Infante se despidió del enfermo, no sin antes prodigarle palabras de afecto y de consuelo y marchó a las Escuelas, que no morirán, aunque el Fundador se vaya al cielo; desde allí las protegerá y hará por ellas mucho más que desde la tierra.

Después de la visita, D. Andrés se emocionó muchísimo, porque “tenía vergüenza de que vinieran a verle, a él que nada significaba”, exclamando: “*de stercore erigens pauperem, ut collocet eum cum principibus*”. (David Salmo 112).

—¿Qué le pasa y por qué llora?

—Lloro, porque mi corazón es muy pequeño y quisiera que fuera grande, muy grande para amar a Dios, a quien hoy tan poco amo. ¡Dios mío y todas mis cosas!

VIII

SE DESPIDE DE LOS AMIGOS

Sus dignos compañeros del Cabildo del Sacro Monte le visitaban casi a diario, animándole, ofreciéndose e interesándose por su salud. Uno de los días de la visita (el 28 de Mayo) estaba incorporado en el lecho y un tantico más animado que de ordinario.

—¿Cómo está Vd., D. Andrés?

—Pues estoy caminando poco a poco hacia la nada; estoy con un pie en la vida y otro en la sepultura y (alzando un poco la voz)... estoy muy contento y lo estuve siempre por haber venido a esta Santa Casa, en la que encontré tantos medios para mi santificación y tan buenos compañeros de sacerdocio, todos mejores que yo.

—¿Todos mejores que Vd.? dijo un Canónigo.

—Sí, todos sin excepción; a mí se me ha sufrido y aguantado en esta *Casa 37 años, ¡37 años!*, a pesar de haber sido un *erizo*, duro de carácter, áspero, sin formas,... y Vds. me trataron siempre con delicadeza y consideración, en vez de corresponderme con el desprecio, que es lo que yo merecía.

—Vamos, D. Andrés, eso es una exageración.

—No, no, es la verdad, y por eso les pido mil perdones y les ruego dispensen al *erizo* y se acuerden de él en la Santa Misa y en todos los actos de piedad que tienen lugar en esta Santa Casa, que es la Casa del Sacerdote.

¡Oh si yo me hubiera aprovechado de los muchos medios espirituales que aquí encontré!

El Ilmo. Sr. Abad del Sacro-Monte, gran amigo y admirador suyo, le visitaba y consolaba a todas horas, y

siempre le oía con veneración y respeto, le pedía consejo en todos sus asuntos y le abría su corazón exponiéndole sus dudas, vacilaciones y preocupaciones.

—Sr. Abad, como Jefe y Superior mío, le pido perdone mis molestias, las muchas molestias que tantas veces le ocasioné, y espero que con su autorizado consejo oriente a quienes intervengan en mis Escuelas.

—Yo no soy su Jefe, D. Andrés, sino el amigo, el compañero y el admirador de Vd., y huelga repetir que lo hecho hasta aquí por mí en bien de las Escuelas, lo seguiré haciendo hasta que me muera.

—“Que Dios le premie su caridad y celo. ¡Cuánta bondad y qué mal correspondida!”

—¿Está Vd. cansado?; no se fatigue.

—Sí, estoy cansado de descansar; quisiera trabajar y no puedo.

—Harto ha trabajado Vd.; ahora a pensar en ponerse bueno y olvídense de todo.

—¡Qué poco he hecho!; mi zarandeada actividad no es tanta ni mucho menos como Vds. se figuran. Dios lo sabe y yo no lo ignoro; no sé si mis días son llenos o vacíos; ahora temo y por esto le pido oraciones.

Su confesor, aprovechando en el enfermo una mejoría aparente, le habló un día del propio conocimiento y le excitaba a entregarse totalmente a Dios confiando en su infinita misericordia. Oía con gusto y atención estas palabras y lloraba y se entristecía.

—¿Qué le pasa Don Andrés?

—*Quia quod multum dabitur, multum quaeretur ab eo*; a mí se me han dado muchas gracias y la cuenta ha de ser dura.

Y deseando el confesor consolar al enfermo en su aflicción, y apartándole un poco de estos pensamientos que tanto le afligían, le dijo en tono de broma: Don An-

drés, ¿Vd. no sintió nunca algo de vanidad, al verse tan alabado?

—Porque esas alabanzas eran necias, no sentí nunca vanidad, sino compasión hacia quienes me alababan; no me conocían y yo sé muy bien lo que doy de sí. ¡Oh si me conocieran!

Don Manuel (su confesor), esto se acaba, aquel que Vd. conoció no es este que ahora ve. Ya queda poco; sobre Vd. singularmente, y sobre la Junta que he nombrado cae una pesada carga, pero no hay que apurarse; yo ayudaré a Vds. desde el cielo, y que Dios sea siempre con nosotros.

—Sí, señor, haremos lo que podamos y procuraremos seguir sus huellas.

—Muchas gracias, muchas gracias; ya verán cómo todo sigue sin mí mejor que conmigo.

Don Víctor Escribano, Decano y Catedrático de Medicina, paisano y amigo íntimo de don Andrés, ha sufrido mucho en la enfermedad, porque él mejor que nadie veía la gravedad, y estaba plenamente convencido de que la Ciencia no tenía remedio; estudiaba, analizaba, observaba, consultaba con sus compañeros y el horizonte siempre era oscuro, no aparecía ningún rayo de luz ni de esperanza.

El día 26 de junio le llamó aparte y le dijo:

—Don Víctor, ¿cómo pagaré a Vd. sus bondades?; yo le he molestado mucho, dispéñeme y perdóneme; déjeme ya morir, que harto hizo por este enfermo quejumbión.

—No puedo, ni debo ni quiero abandonar a Vd., y si pudiera subir a verle cuatro veces en vez de una o dos, lo haría con mucho gusto; es una obligación de Médico, y deber de compañero, paisano y amigo.

—Pero, Don Víctor, si esto se hace interminable... y

no se ve la solución; acuda, acuda a sus muchos asuntos, y figúrese que yo no existo.

—Don Andrés, ¿es que le molesto?

—No, eso no, sus finezas y sus sacrificios hechos por mí no se pueden olvidar, y vivo o muerto los tendré siempre presentes.

Ambos se emocionaron y los que presenciamos u oímos este diálogo, quedamos edificados de la humildad del Médico y del enfermo.

LOS ORDENANDOS

Algunos seminaristas del Sacro-Monte, alumnos suyos, quisieron verle, después de su ordenación, y al besarle reverentemente la mano, les dijo: “¡oh si yo os pudiera transmitir ahora el verdadero espíritu sacerdotal!; un Sacerdote ha de ser esclavo de Jesucristo y su Iglesia; no seais meros ganapanes con sotana con miras a la familia, sino ganasacrificios y almas: sacrificios para vosotros y almas para Dios. No abandonéis nunca a vuestros padres, pero lo primero y siempre lo primero la Iglesia; Ella es vuestra Esposa y para Ella han de ser todos vuestros desvelos.

Yo me ordené tarde, a los 40 años, y he podido trabajar poco; vosotros, que sois jóvenes, aprovechad el tiempo, y suplid lo que los viejos no pudimos hacer. ¡Dichoso el Sacerdote que sabe y quiere trabajar!; y todos sabemos y debemos querer cultivar la viña de la Iglesia, de la que somos operarios.

Y sed siempre sumisos al Prelado, porque ya que hoy todo está en crisis y cunde la indisciplina, seamos nosotros el ejemplar de obediencia a la Autoridad, *quia ubi Episcopus, ibi Deus, et soli Deo honor et gloria.*

Esto os dice un casi moribundo; que no se os olvide, y pedid por mí vivo o muerto.

Los ordenandos oyeron atentamente el sermónico y prometieron “seguir hasta morir los sabios consejos del Maestro”.

XI

RECIBE LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS

Arreglado, ordenado y aclarado todo lo referente a la parte material, tenía vehementes deseos de prepararse *seriamente* para el gran viaje.

Estaba siempre preparado, se reconciliaba con Dios con mucha frecuencia, comulgaba y se enfervorizaba meditando las finezas del Sacramento del Amor, pero quería “hacer un lavado general en su alma” por medio de la confesión, y hacer un recuento minucioso “de los muchos pecados que en mi vida cometí”.

—“Dejadme solo con el Confesor (D. Manuel Medina Olmos); soy indiferente a todo lo que huela a mundo; soy un muerto que habla y piensa sólo de Dios, sólo de Dios”.

Una hora larga tardó en confesarse, y los que después le vimos, notábamos en él la placidez y consuelo de los justos.

“Ya voy haciendo, como veis, mis dos testamentos; ahora, si vivo, yo seré el ejecutor, el albacea, y en todo caso, vivo o muerto, seamos todo para Dios, nada más, nada más”.

Viendo que aumentaba la gravedad, le indicamos la conveniencia de recibir el Santo Viático, y sin inmutarse, dijo al señor Abad: “Sí, sí, cuando Vds. quieran; y como le presentaran un poco de leche, para alimentarse, exclamó: “No, no, recibiré al Señor en ayunas”.

En la mañana del 27 de Junio estaba todo preparado

para tan solemne acto, y poco antes de recibir al Señor, le preguntamos: ¿Qué le pasa?

—*Tædet anima mea vitæ meæ.*

—¿Y por qué ese tedio?

—Porque tengo muchos deseos de terminar y no se ve el fin.

—El fin es conformarse con la voluntad de Dios

—Es verdad; ya viene el Señor.

Y vino el Señor acompañado del Cabildo, Capellanes, y dependientes del Sacro-Monte, cantando los himnos y preces que prescriben las sagradas rúbricas, y todos profundamente emocionados.

El enfermo se incorporó en la cama, y con suma y edificante devoción hizo profesión de su fé, recibió el Santo Viático con tierno fervor, y a continuación el Sacramento último, la última unción de la Iglesia, la Extremaunción. Después quedó tranquilo, resignado, tomó un poco de leche y rogó le dejaran sólo para a solas contemplar y estimar y agradecer la gran merced que Dios le había hecho.

No se inmutó en estos actos solemnísimos y emocionantes, y entonces mejor que nunca vimos al varón fuerte y robusto de que nos habla la Sagrada Escritura.

Aprendan y aprendamos todos, singularmente los hijos del Ave-María, a vivir como vivió Don Andrés, trabajando por Dios y por la Patria para después tener el consuelo de acabar la vida y decir con San Pablo: "*cursum consumavi, fidem servavi*"; terminar así, es un glorioso terminar, y una dicha y felicidad precursoras de aquella que Dios tiene reservadas a los que de verdad le sirven en esta vida.

X

TELEGRAMAS Y CARTAS

Desde que circuló por periódicos y revistas la noticia de la grave enfermedad de D. Andrés, llovían cartas y telegramas venidos de toda España interesándose por la salud del enfermo.

Le dábamos cuenta de algunos por no molestarle mucho, y, o se callaba, o decía: “No conocen al enfermo, no saben quien es”.

TELEGRAMA DE S. M. EL REY

“Enterado de su enfermedad, hago fervientes votos para que Dios le devuelva la salud, enviándole reverente y muy afectuoso saludo. Alfonso, Rey”.

TELEGRAMA DEL CARDENAL BENLLOC

Pido a Dios con toda mi alma pronta y completa salud; bendígole Cardenal Benlloc”.

La única hermana de D. Andrés (Sor Justa Manjón), que es Religiosa observantísima en el Convento de Santa Clara (Burgos) le escribió una tierna e interesantísima carta diciéndole entre otras cosas: “Preveo que te vas al cielo, querido hermano, a recoger el premio que merecieron tus muchas y buenas obras; cuando estés allí, pide a Dios que a mí también me lleve pronto; mientras vivimos en el destierro, hay peligros; en la gloria todo es paz y dicha.

¿Te acuerdas cuando el tío... (el nombre de un vecino de su pueblo natal) estaba con el tifus, y ninguno quería servirle?; tu en cambio le servías los alimentos y le cuidabas con esmero y cuando murió, tu mismo le llevaste al cementerio: ahora te alegrarás del bien que predicaste y practicaste...”

—D. Andrés me mandó escribir a Sor Justa y la decía que estaba muy conforme con marcharse, pero que pidieran por él, porque no todo lo hecho, ni mucho menos, era tan bueno como lo del caso del tío... y para que ni tu ni esa Santa Comunidad os olvidéis de mi *alma pecadora*, os envío una limosna con obligación perpetua de aplicar algún sufragio por A. M.

De su puño y letra escribió estas tristes palabras: “Y adios, hermana mía, que todo pasa menos la eternidad, y estoy a sus puertas: ayudadme a entrar en ella.

¡¡Oh Dios de las misericordias, compadeceos de este pecador!”

Andrés

Recibimos una carta de un alto e influyente personaje preguntando por su salud, y al contestarle, escribí: “pida mucho a Dios por el pronto restablecimiento del enfermo... etc. “Y, al firmarla D. Andrés, leyó este párrafo y me dijo: “Todo está bien menos eso, que has de tachar y poner lo que yo te diga”.

Y me dictó: “pida mucho a Dios que tenga pronto una santa muerte; un pobre viejo como yo ¿para qué sirve? los viejos dejadlos ir y los jóvenes que trabajen mucho”.

—Contestad a esas cartas y telegramas, expresad mi agradecimiento y sobre todo el de las Escuelas por tan inmerecidas muestras de afecto hacia este pobre pecador y decid a todos que pidan por mí para que pronto vaya al cielo, y por las Escuelas para que siempre se trabaje en ellas por Dios y por la Patria.

Después de recibir los últimos Sacramentos, ya no quería enterarse ni de cartas, ni de asuntos, ni aun de Escuelas; estaba en continua meditación y, aunque al parecer dormía, nos dijo un día “que no era sueño, sino abstracción y apartamiento de mundo”.

—No me digáis nada, resolved los asuntos que se vayan presentando como Dios os dé a entender; yo ya he muerto y ¡ojalá que la muerte real pudiera acelerarse! ¿qué hago yo aquí? Dejadme, dejadme.

XI

VIRTUDES PRACTICADAS DURANTE SU ENFERMEDAD

Siempre ha sido D. Andrés duro para consigo mismo; su vida fué de sacrificio y pocas o ningunas veces se alteraba o impacientaba, cuando Dios le visitaba con alguna tribulación, que era con mucha frecuencia.

Durante su enfermedad acertó mejor que nunca a ejercitar *la paciencia* en grado sumo. Véase, como él decía, preso y atado con cadenas de males, estaba plenamente convencido de su próximo fin, pasaban días, semanas y meses en continua inactividad, en el lecho del sufrimiento, y no *se quejaba*; a lo más, a lo más, salía de sus labios esta exclamación: “¡Dios mío, Dios mío, cuando llegará el suspirado momento de ir contigo!”

—Don Víctor, decía a veces, déjeme ir, porque esto no tiene arreglo, cose Vd. en tela vieja.

—Aun podemos zurzir, Don Andrés, y remendar lo roto.

—No hay remedio, no hay remedio. A esto se reducían sus impaciencias, y cuando las reconocía, se confesaba pecador y se entregaba todo a Dios.

—Como soy tan adusto, nos decía, algunas veces os doy que hacer y no aparece en mí el *vir patiens et humilis*, cual debe serlo un Sacerdote; dispensadme, cuando me viéreis así...

No se quejaba, molestaba lo menos que podía; y pasaba un verdadero purgatorio, cuando tenía necesidad de entregarse en manos de sus servidores.

Otra de las virtudes que practicó hasta el último momento de su vida ha sido la *humildad*: se consideraba ignorante, siendo sabio, indigno de todo honor, mereciéndole cual ninguno, se ocultaba de los hombres para huir de las alabanzas y atribuyó a exageración e ignorancia los elogios que se le hacían.

Durante su enfermedad fué visitado de ricos y pobres, de propios y extraños, de todas las clases sociales, y al darle cuenta, cuando pudo darse cuenta, de los telegramas y cartas venidos de toda España interesándose por su salud, se confundía interiormente, y a veces lloraba exclamando: “¿Por qué tanto honor y alabanza hacia mí que nada valgo, hacia mí que nada hice?”

Y sufría mucho hasta el punto que decidimos no comunicarle nada para no molestarle ni herir su profunda humildad. Y no era humildad aparente o fingida, sino que se reconocía como el último con la sinceridad de los Santos.

¿Y SU CARIDAD?

Viviendo, no vivió para sí, sino para los pobres, para los niños, y cuanto él ganó con sus cargos y trabajos, y cuanto pasó por sus manos, todo fué para hacer el bien.

Lo mismo que hizo en salud, lo hizo también en su enfermedad: sus pobres, sus niños, sus Escuelas, hacia ellos convergían sus pensamientos.

Sólo Dios sabe las limosnas, que dió, ya a viudas que quedaron en pobreza suma, por haberse llevado el esposo la llave de la despensa, ya a Maestros a quienes quiso premiar, antes de marchar al cielo, ya a los niños, para los que trabajó en vida, en enfermedad y en muerte, ya a Sacerdotes encargándoles Misas, oraciones y sufragios, ya a Parroquias pobres remitiéndoles limosnas para que pidieran por él, etc., etc., etc.; su caridad fué inagotable.

—Todo lo que gané fué para los pobres, y si algo queda en mis bolsillos, después de muerto, que sea para ellos. Pobre nació, pobre viví y pobre quiero morir.

SU PIEDAD

Más que hombre de novenas o padrenuestrros, fué de oración y meditación; su entendimiento se acostumbró desde niño a pensar seriamente, y se pasaba horas enteras meditando las consoladoras verdades de nuestra Religión y singularmente sobre la Eucaristía; visitaba al Señor varias veces al día, se recreaba en su contemplación, y porque no podía visitarle durante dos meses que estuvo imposibilitado, se dedicó a redactar sus admirables “Visitas al Santísimo” en las que se ve al Teólogo, al fervoroso Sacerdote, al enamorado del Amor Eucarístico, y al corazón grande que buscaba y encontró al objeto de su amor.

Lo mismo y con mayor intensidad hizo en su larga enfermedad.

—Leedme despacio, despacio una visita al Santísimo, y después dejadme solo, porque deseo meditar un poco.

—No se vaya a cansar.

—“No hay otra cosa que hacer, pues meditemos”.

Muchas veces le hablábamos de algunos asuntos, y no contestaba, singularmente desde que recibió al Señor como viático, y se pasaba las horas en continua meditación. Dejadme, dejadme, yo ya no soy de este mundo.

Y así era en verdad; su pensamiento y su corazón estaban en Dios y sólo se preocupaba de marchar lo antes posible y acabar su peregrinación sobre la tierra.

XII

LA PROXIMIDAD DE SU FIN

Hasta el día 5 de Julio se comunicó, y a veces con alegría, con sus amigos y servidores, pero a partir de esta fecha, ya porque se agravara en su enfermedad, ya porque quiso morir al mundo en absoluto, entró en una especie de sopor o ensimismamiento, que no hablaba de nada ni se preocupa de nada.

Solamente prestaba atención, cuando el Sr. Medina, su Confesor, le excitaba a confiar en Dios repitiendo devotamente el Salmo Benedicite, o a llorar sus faltas recitando el Miserere; entonces atendía y entendía y procuraba unirse con Dios por medio de la meditación.

El día 6, haciendo un esfuerzo y con voz apagada dijo al que esto escribe: “quisiera levantar mi corazón a Dios, y aun para esto me faltan fuerzas”.

—D. Andrés, le dijo un día el Sr. Abad, ¿piensa usted en Dios desde que dejó de hablar con nosotros?

Contestó afirmativamente moviendo la cabeza.

—¿Y levanta su corazón a Dios y desea unirse con El?

—Sí, lo amo y deseo vivamente ir a El.

No quería que se le hablara de mundo y gozaba mucho, cuando leíamos algunas de las preciosas visitas al Santísimo redactadas por él. Ya dijimos en otro lugar que su devoción predilecta fué la Eucaristía; diariamente visitaba al Señor varias veces por mañana, tarde y noche, meditaba sin interrupción las finezas de amor de tan augusto Sacramento, derramó toda su alma al escribir sus célebres y originalísimas “Visitas al Santísimo”, y por esto durante su enfermedad nos rogaba que le habláramos o leyéramos sobre la Eucaristía.

Por lo que tiene de interesante, por ser la última vi-

sita que se le leyó de las señaladas por el mismo enfermo, por ser la última acción de gracias que hizo al Señor, después de haberle recibido sacramentalmente, transcribimos la número 206 de su citado libro.

“El anciano Simeón modelo de muerte tranquila”

A la presencia y contacto de Jesús Niño, el justo Simeón exclamó: ahora moriré en paz, porque han visto mis ojos al Salvador. (S. Lucas 2).

1. Eres anciano y la muerte te espera, segura que tu enfermedad no tiene remedio; mas si eres justo como Simeón, comulga, y abrazando a Jesús Niño, dile: Ahora, Señor, déjame que muera en paz.

2. Yo he visto con los ojos de la fé al Salvador del mundo y sólo quiero verlo con los ojos del alma en la Gloria: *Nunc dimitis servum tuum, Domine, in pace.* Moriré tranquilo

3. Y no sólo he visto a Jesús, sino que se me ha acercado tanto, que le he hospedado dentro de mi pecho. ¿Y no he de morir tranquilo, confiado en su misericordia?

4. ¡Ah, sí! Si con los brazos de mis obras abrazo a Jesús, moriré tranquilo, esperando abrazar en la Gloria a quienes serví en la tierra.

5. Y me despidiré de los míos que por aquí queden, diciéndoles: Ni me lloreis, ni os desconsoléis, que entre vosotros está Aquel que es luz y salud para todos: *Lumen ad revelationem gentium.*

6. Y como Simón bendecía, bendeciré yo a José y María por Jesús, suplicándoles que cuiden de los que crié y eduqué, y a mí no me abandonen en la agonía.

.

Esta fué la última visita que leímos y la última sobre la que él meditó hasta que la muerte segó su preciosa vida.

—Bendíganos Vd. y pida a Dios por nosotros.

—Os bendije muchas veces y ahora también, y levantando con dificultad su mano, nos dió su última bendición, prometiéndonos que desde el cielo pediría mucho por nosotros.

—¿Está Vd. contento?... ¡Qué dicha morir como Vd. rodeado de Sacerdotes, sin faltarle ningún remedio espiritual ni material, con tantas oraciones como se hacen por su salud o santa muerte, y con la esperanza de un premio muy grande! *Ego ero merces tua magna nimis.* Besó el crucifijo.

Y besó reverentemente el crucifijo de misionero, aquél crucifijo que él usaba en las misiones, y dijo con signos y palabras entrecortadas que sí, que estaba muy contento y que deseaba morir para ver a Dios.

Lo que restó hasta su muerte fué como un sueño dulcísimo para el enfermo, notándose en su rostro la placidez de los justos y la tranquilidad que da una buena conciencia y una vida tan bien empleada en servir a Dios y al prójimo.

Las angustias y la preocupación fueron para los que le veíamos marchar sin poder retenerle, para los que nos quedamos en el destierro.

Anocheció el día 9 de julio; D. Víctor Escribano temía en esa noche el funesto y temido desenlace, y los que tuvimos el consuelo de asistirle, nos esforzamos en consolarle con breves y sentidas jaculatorias, que él recitaba con gran fervor. A las 10 de la noche rezamos con él el Santo Rosario, y al terminar, besó de nuevo el crucifijo y le dejamos descansar.

Yo observaba aquella frente despejada y limpia, aquellos ojos penetrantes que sabían llegar al corazón, aquellos labios que tantas veces se movieron para asombrar a los sabios y dar gloria a Dios y a la Patria, aquellas manos que tantos y tan hermosos libros escribieron y

aquella vida tan bien empleada y tan llena de merecimientos.

A las dos de la mañana me quiso hablar y sólo pudo decir estas palabras: “esto se va”.

Entró en la agonía y, rodeado del Sr. Abad, del Sr. Medina y de tres Sacerdotes del Ave-María, recitamos las últimas oraciones de la Iglesia y, al aplicarle la indulgencia plenaria, expiró dulcemente sin dolores ni contorsiones, dibujándose en su rostro la aureola de la santidad.

PRETIOSA IN CONSPECTU DOMINI MORS SANCTORUM EJUS
BEATI MORTUI QUI IN DOMINO MORIUNTUR

Amortajámosle revestido con pobres ornamentos sacerdotales, y acordamos en principio los preparativos de un entierro modesto, humilde y pobre para cumplir así su voluntad.

Dicen que al amanecer de ese día, miles de pajarillos piaban tristemente junto al balcón de la alcoba mortuoria, como si quisieran expresar su dolor por la pérdida de tan santo sacerdote.

Las campanas de la Colegiata anunciaron al amanecer con tonos lúgubres la triste nueva del fallecimiento de D. Andrés, noticia que circuló por Granada como una corriente eléctrica, poco después por España entera y algo más tarde por el extranjero.

XIII

SU SEPULCRO

Cuando construyó la Capilla de sus Escuelas, fabricó su sepultura, y recuerdo que al terminarla, nos dijo al albañil y a mí: “aquí me enterraréis para que siempre los rezos y cánticos de los niños”.

Su voluntad se ha cumplido, después de allanar no pequeñas dificultades, mediante la influencia del gran

amigo del difunto y de sus Escuelas, Excmo. Sr. D. Natalio Rivas, a quien Dios premie su diligencia y caridad.

Los huesos y cenizas de nuestro Fundador descansan en una pobre bóveda que él mismo planeó, y sobre ella y ante ella se arrodillarán, nos arrodillaremos niños y Maestros, grandes y pequeños, ricos y pobres, no para llorar, porque está en el cielo, sino para aprender a enseñar y a educar, a trabajar y a sufrir, y a vivir tan santamente como él vivió; sus cenizas nos servirán de ali-ciente para luchar sin desfallecimientos y para emplear toda nuestra vida en hacer el bien a la niñez y a la juventud.

Sobre su sepultura se celebrará diariamente la Santa Misa, y a la oración fervorosa del Sacerdote se unirán las de los niños, quienes pedirán sin cesar por el Fundador y Maestro cuyos restos descansan bajo el altar.

Y en esa sepultura se obrarán sin duda muchos prodigios, porque el Maestro aprenderá a trabajar recordando la actividad y talento pedagógico de Don Andrés.

El obrero visitará la losa fría que guarda los huesos y cenizas del protector de la niñez desvalida y del formador de inteligencias y corazones cristianos.

El Sacerdote se arrodillará reverente ante este modestísimo sepulcro para elevar una oración por el ejemplar y santo Sacerdote, que pasó su vida haciendo el bien dejando una estela de virtudes como Sacerdote y como Maestro.

Y todos los que le conocimos y con él trabajamos como coadjutores, miraremos su sepulcro como recuerdo y como consuelo.

Ya que no podemos hablarle y contemplar su figura venerable, nos acordaremos viendo sus cenizas, hasta que podamos verle en el cielo.

Esta sepultura será nuestra Pedagogía; en ella está el Pedagogó original y santo, que acertó a formar inteli-

gencias y corazones para la Iglesia y para la Patria; pues en esa sepultura aprenderemos sus procedimientos pedagógicos y el difícil arte de enseñar deleitando, como él lo hizo durante toda su vida.

Desde allí oirá perpétuamente los tiernos cánticos de los niños, que pedirán por su benemérito protector y Maestro, ya que él tanto pidió por ellos.

Y Granada y España mirarán hacia la humilde Capilla del Ave-María y al sepulcro que hay en ella para escribir con caracteres de oro: "aquí yace D. Andrés Manjón, que pasó su vida trabajando por Dios y por la Patria".

Que todos los que visiten este humilde y pobrísimo sepulcro, eleven una oración por el Fundador de estas Escuelas, y otra por las Escuelas mismas para que siempre viva en ellas el espíritu que él las comunicó.

XIV

HA MUERTO

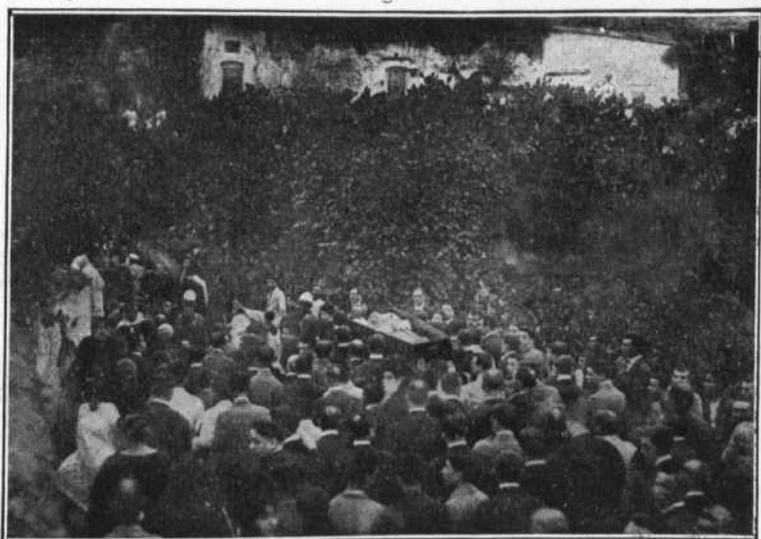
el Sacerdote santo, humilde, abnegado, quien renunció en diversas ocasiones mitras, cargos, honores, condecoraciones con los que tantas veces le brindaron, para esconderse y recluirse en el poético rincón de sus Escuelas y vivir en ellas pobre entre los pobres.

Ha muerto el observante y sabio Canónigo del Sacro Monte en cuya Santa Casa vivió 37 años, cumpliendo sus Constituciones, enseñando Teología y Derecho, misionando con gran provecho espiritual a varios pueblos, ejercitándose a diario en la oración y en el estudio y dando siempre a sus cultos compañeros de Cabildo ejemplos elocuentes de sabiduría y virtud.

Ha muerto el culto Catedrático que durante 43 años explicó *speciali modo* en las Universidades de Salamanca, Santiago y Granada la Ciencia del Derecho; Cate-



El cadáver saliendo del Sacro-Monte



El cadáver pasando por las cuevas de los gitanos

drático por vocación, que explicaba sin ínfulas de Doctor, sino amoldándose a la capacidad de sus alumnos; Catedrático sin pretensiones, justo, laborioso y de esos que poseen el don de ganarse el corazón de los educandos y Catedrático-estudiante, como él decía, porque siempre estudiaba la lección, revisando nuevos libros, acotando citas o comentando ideas útiles y provechosas para sus alumnos.

Ha muerto el Fundador de una Escuela original, en la que organizó la enseñanza de un modo ameno, y según frase suya “en cristiano, en español y en humano”, Escuela simpática, porque desterró de ella la tristeza para que reinara la alegría, Escuela en la que el niño estudia y juega, canta y reza y se goza viendo flores, agua y jardín y rostros alegres, que es la característica del niño y lo que más enamora a los grandes.

Ha muerto el Pedagogo español que acertó a dar gloria a la Iglesia y a la Patria para las que escribió siempre, haciendo que se hablara de España en el extranjero con aplauso y admiración por las enseñanzas teóricas y prácticas del P. Manjón; decía él: “No quiero nada para mí, todo para la Iglesia y para mi Patria”.

Ha muerto el fecundo y sabio escritor, que lo mismo discurría y redactaba libros originalísimos de Pedagogía, que editaba otros de Mística o de Teología, cuales son las “Visitas al Santísimo” o las “Hojas Evangélicas”; igualmente daba a luz su hermosa obra de Derecho Canónico, cien veces alabada por los eruditos en la materia, que pronunciaba o leía hermosísimos discursos sobre educación o Sociología en Madrid, Santiago, Valladolid, Burgos o Granada.

Ha muerto el castellano y burgalés de pura cepa, porque allí nació de padres humildes y cristianos a la antigua usanza, el burgalés eminente que supo honrar a la patria chica con su talento y con sus virtudes, el *sargentino*, que

de las breñas de la Lora y de los berezales de Sargentos (Burgos) recorrió la España de Norte a Sur para hacer Religión y Patria por medio de la Escuela.

Ha muerto el hijo adoptivo de Granada, a cuya población vino providencialmente para redimirla enseñando, moralizando y educando al pueblo y para reconquistar espiritualmente a esta hermosa Capital con el lábaro santo del Ave-María, así como en 1492 y con el mismo lema la reconquistaron los Reyes Católicos.

Todo esto hemos perdido con la muerte de este hombre benemérito de la Religión y de la Patria, pero... no, D. Andrés no ha muerto.

VIVE EN EL CIELO

y desde allí seguirá mirando por su obra, pues “si en la tierra decís que hice algo, ¿no podré hacer más en el cielo?”; así nos dijo repetidas veces, y así lo creemos piadosamente pensando.

Vive en sus Escuelas, cuyos procedimientos no morirán, y sus hijos espirituales sabremos conservar su espíritu y su pensamiento, mirando a su sepulcro y pidiéndole su protección.

Vive en sus escritos llenos de sabiduría, y en ellos aprendemos todos, niños y Maestros a vivir con él, siguiendo sus inspiraciones, comentando sus procedimientos y propagándolos con todo entusiasmo.

Vive en sus consejos, advertencias y disposiciones que oímos con respeto y seguiremos, Dios mediante, al pie de la letra, pues sabemos que están llenos de sabiduría, y serán fuente y origen de muchos bienes para la Institución y para quienes trabajen en ella.

Y duerme con nosotros en la Capilla de las Escuelas para que sus huesos y cenizas nos sirvan de aliento para enseñar y educar como él lo hizo con constancia y valentía, con acierto y con amor.

Desde el cielo nos mirará y bendecirá y desde su sepulcro nos dirá con la elocuencia del silencio: “trabajad, mientras viváis, que para eso nacimos”.

Que Dios bendiga a estas Escuelas y que todo cuanto hagamos, escribamos o digamos sea para gloria de Dios y bien de la Patria, cual fué siempre el pensamiento de Don Andrés Manjón, quien voló al cielo el día 10 de Julio de 1923 a los 76 años 7 meses y 10 días de su vida.

LI

DESPUÉS DE SU MUERTE

Poco después del glorioso tránsito a mejor vida de nuestro llorado Maestro, se reunió el Exmo. Cabildo del Sacro-Monte, y acordó cumplir en todo la voluntad de su ilustre hermano, enterrándole pobrementemente y haciendo por su alma los sufragios que determinan las Constituciones de aquella Santa Casa.

Trasladamos el cadáver a la Capilla de Santiago, celebráronse varias Misas por su alma y allí quedó depositado hasta las seis de la tarde en que bajaría a las Escuelas, para al día siguiente celebrar los funerales y enterrarle en la cripta de la Capilla que él mismo construyó, y *en la que quería conmorar por siempre para mejor oír las plegarias y cánticos de sus pobres niños.*

Pero el hombre propone y Dios dispone. D. Andrés huyó del mundo y le mortificaban las alabanzas y los honores que a diario le tributaban.

Pero si en vida huyó de los honores, porque tenía pies y se escondía, en muerte ni él ni sus parientes y al-

baceas pudieron evitarlos, como se verá en el párrafo siguiente.

FUNERALES Y ENTIERRO

Durante el día 10 las pintorescas cuestras y camino del Sacro-Monte eran un hormiguero de criaturas, que subían presurosas a la Abadía *para ver al santo, al segundo San Juan de Dios* (esta era la expresión unánime de aquella innumerable multitud), y a llorar junto al cadáver la orfandad en que Granada quedaba por la muerte de su querido D. Andrés.

Todas las campanas de la Ciudad tocaban a muerto, y no creo quedara un solo granadino sin elevar al cielo una oración por el alma de nuestro santo Fundador.

A las 10 de la mañana subieron al Sacro-Monte el Sr. Alcalde de Granada y una comisión de Concejales para solicitar del Cabildo y parientes que el cadáver fuera llevado triunfalmente a la Capital, y quedara expuesto en el Salón de sesiones del Ayuntamiento para que todos los granadinos tuvieran el consuelo de ver y dar el último adiós a quien tantos beneficios derramó a manos llenas sobre ellos y sobre sus hijos.

Deseando cumplir en todo la voluntad del difunto, que no quería *nada que oliera a vanidad*, y que fuera enterrado pobremente, nos opusimos a la pretensión del Ayuntamiento, aunque no dejáramos de agradecer su bondad.

Pero a las cinco de la tarde, no ya el Sr. Alcalde, sino el Municipio en pleno bajo mazas, la Diputación y Universidad, Instituto y Escuelas Normales, con todos sus miembros, la Audiencia y el Ejército, Nuestro Reverendísimo Prelado con su Cabildo, Granada entera, confundidos ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, castellanos y gitanos, todos acudieron, *sin previo aviso ni cita alguna*, a ver a D. Andrés, y a llevar su cadáver a Granada *de grado o por fuerza*.



El cadáver en la Capilla ardiente del Ayuntamiento

No valieron las razones del Médico D. Víctor Escribano, ni la suprema razón de cumplir la voluntad del difunto, ni las justas y razonadas protestas de la familia, que quería satisfacer los deseos de D. Andrés enterrándole a lo pobre, que es lo que él quería; todo en balde.

—“D. Andrés es de Granada, decían a voces, y a Granada irá para que nos dé el último adiós”.

—“En vida pudo esconderse y huir del mundo, e hizo bien; en muerte debe ser honrado para bien de la Iglesia y de la Patria, dijo el Sr. Arzobispo; accedan, pues, a nuestros deseos, ya que esa es la voluntad de Dios y la del pueblo granadino”.

“Quieran o no quieran, D. Andrés bajará a Granada, y le pasearemos por sus calles para que nos bendiga, y bendiga a nuestras familias”, añadieron otros.

—“D. Andrés hizo en vida lo que quiso; ahora nos toca a nosotros”, repetían cientos de lenguas.

Y en efecto, eso que llaman sentimiento popular u *opinión*, venció al Cabildo y a la familia, y entregaron el cadáver *al pueblo soberano*, bien a pesar nuestro.

CAMINO DE GRANADA

El Sacro-Monte estaba totalmente ocupado por *toda Granada* (¡a qué decir nombres!), y desde la Abadía hasta el centro de la Capital no se podía dar un paso.

Allí el Sr. Arzobispo, el Gobernador Civil con la representación del Rey y su Gobierno, el Rector de la Universidad en nombre propio y del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública; el Capitán General con lucida escolta militar; LOS NIÑOS del Ave-María cantando, rezando y llorando al mismo tiempo; la aristocracia y la democracia unidas, sin protesta de ninguna clase; y *los gitanos agradecidos*, que lloraban y besaban las manos “*al mejor amigo y protector de la raza gitana*”.

Allí no hubo presidencias oficiales; todos eran unos y todos lloraban al mismo Padre; todos querían llevar al cadáver y no pocas veces tuvo que intervenir la fuerza pública para calmar los ánimos e imponer el orden.

Hacía un calor sofocante y ninguno se quejaba; la distancia era larga (unos tres kilómetros) y la hora inoportuna; ¿y qué?; se trata de honrar a D. Andrés y todo se sufre con gusto.

Los niños cantan tristemente el *Avemaría*, las campanas de la Colegiata y las de todos los templos de la población doblan sin cesar; el pueblo gime y lamenta la pérdida de "*lo mejor que había en Granada*"; los gitanos, saliendo de sus cuevas, rodean al cadáver para besarle reverentes y decirles graciosa y ocurrentes invocaciones de dolor; al pasar por las Escuelas parece como que hasta las piedras se estremecían de pena; y el mismo sol, ocultándose a esa hora triste y melancólicamente por la hermosa vega granadina, se asocia al dolor de Granada, despidiendo rayos de ténue luz que poco a poco se pierde hasta extenderse el negro manto de la noche.

Así llega el cadáver a Granada; cerró el Comercio; suspendiéronse todos los espectáculos públicos; las amplias avenidas y calles todas de la Población eran ríos de criaturas; los balcones aparecían adornados con colgaduras y crespones negros; los tranvías pusieron servicios extraordinarios y de los pueblos limítrofes afluían a la Capital un concurso innumerable de forasteros para ver a D. Andrés y orar ante su cadáver; el ambiente que se respiraba en Granada era de sentimiento y dolor.

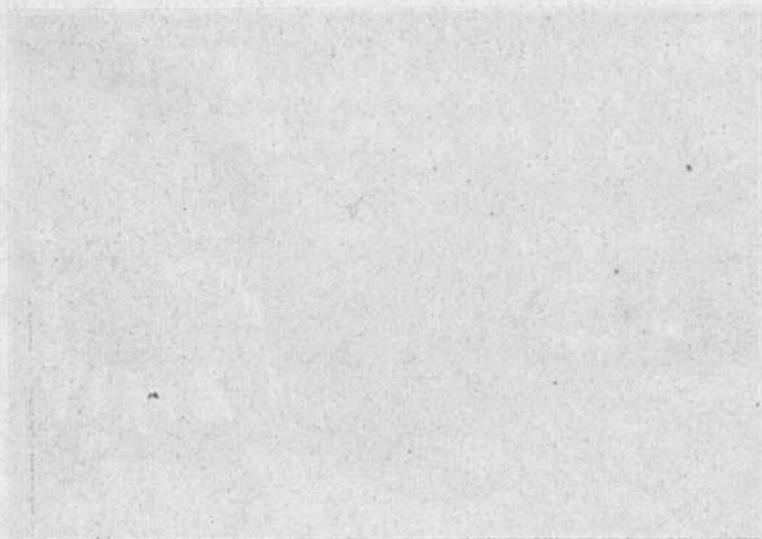
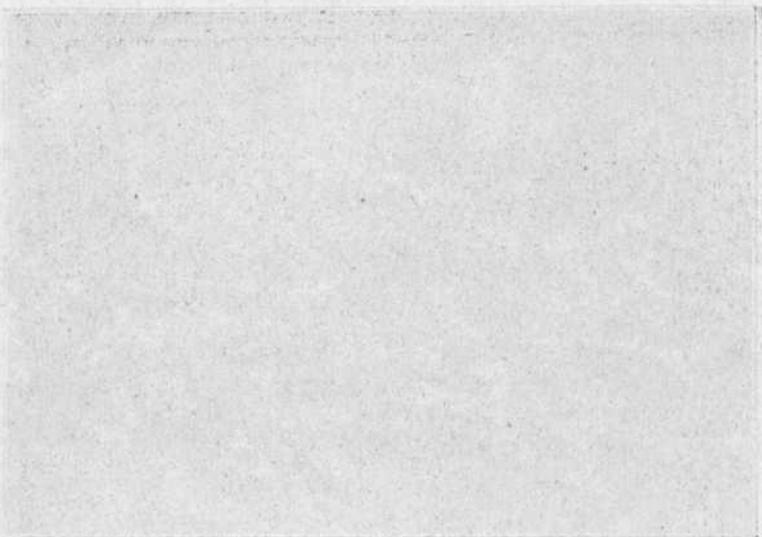
El salón de sesiones del Ayuntamiento quedó convertido en Capilla ardiente, y allí quedó el cadáver de D. Andrés toda la noche del 10, el día 11 y la mañana del 12.



El cadáver saliendo de la Universidad



El cadáver entrando en las Escuelas



LOS FUNERALES

Todo el personal del Ave-María acompañó a su venerable Fundador y Maestro, celebrando en la Capilla ardiente la Santa Misa muchos Sacerdotes que él formó y educó, y ofreciéndole unos y otros sufragios sin cesar.

Los señores Concejales se turnaron para velar el cadáver y Granada entera y su Provincia pasó por aquel salón para ver a su D. Andrés, llorarle, rezarle y hacer tocar en sus manos rosarios, estampas, medallas y otros objetos de piedad.

Varios Sacerdotes *sin interrupción* estuvieron tocando en el cadáver dichos objetos de piedad hasta cansarse; seguramente que pasaron por sus manos *más de 100,000 objetos*, y tan gran concurso de personas, cual nunca se conoció en Granada.

El Ayuntamiento en sesión solemne del día 11 pidió al Gobierno que se concedieran al cadáver honores de Capitán General con mando en plaza, y el Gobierno accedió gustoso “teniendo en cuenta los grandes servicios prestados a la Patria por el eminente Pedagogo y venerable Sacerdote”.

El día 12, después de celebrar la Santa Misa en la Capilla ardiente el Excmo. Sr. D. Angel Marquina, Obispo de Guadix y paisano e íntimo amigo del difunto, se procedió a trasladar el cadáver a la Catedral para celebrar allí el funeral *corpore presente*; fué colocado en un armón de artillería, rodeado de las Autoridades y de toda Granada, que acudió como un solo hombre a rendir a D. Andrés el último tributo de amor y admiración. La carrera estaba cubierta por las tropas del Regimiento de Córdoba y en sitios estratégicos se hallaban destacadas las de artillería y caballería; durante el trayecto se oían las mismas exclamaciones de los días anteriores: *ha muerto un santo; hemos perdido al*

primer bienhechor de Granada y España; era sin duda alguna un segundo San Juan de Dios.

Ya en la Catedral, celebró de Pontifical nuestro Revmo. Sr. Arzobispo, estando materialmente ocupadas las amplias naves del Templo Metropolitano por el pueblo granadino, colocándose en sitio preferente las Autoridades y representaciones de los diversos Centros de Granada; se cantó una Misa solemnisísima por un nutrido coro de voces escogidas y se entonaron varios responsos por el Prelado, Obispo de Guadix y otros Sacerdotes.

HACIA LAS ESCUELAS

El Claustro Universitario quería llevar el cadáver a la Universidad, alegando como única razón “que allí explicó durante 40 años y de allí salió para ejercer su apostolado; justo es que despedamos en la Casa-Madre al más ilustre y benemérito de sus hijos”.

Y a la Universidad fué llevado en brazos de sus sabios compañeros; a la entrada de nuestro primer Centro docente le esperaban el Sr. Rector, los Decanos de las cinco Facultades y el Claustro en pleno con cirios encendidos, y una nutridísima comisión de estudiantes; fué colocado en el Paraninfo, mientras el Decano de Letras, que es Sacerdote, entonó un responso, que fué oído con gran respeto y devoción por todos sus compañeros.

Al salir de la Universidad, se organizó de nuevo la comitiva, yendo, como anteriormente, confundidos el Clero, Autoridades, Universidad, Instituto, Escuelas Normales, Ayuntamiento, Diputación, Ejército, y *todo el pueblo*, deseosos de expresar por última vez el más rendido tributo de admiración y agradecimiento a nuestro gran D. Andrés.

Varios aeroplanos iban arrojando flores sobre el cadáver y de todas partes subían al cielo las delicadas y



El cadáver saliendo de la Catedral

olorosas flores de la oración, que eran las que más agradaban y servían al difunto.

El duelo se despediría en Plaza Nueva, pero no fué así, sino que todos subieron a las Escuelas del Ave-María, en las que esperaban al cadáver unos 2.000 niños, presos de la más intensa emoción.

Lo que allí pasó no es para descrito. ¡Cuántas lágrimas, qué grandes emociones, y qué cúmulo de santos recuerdos!

La música militar tocaba marchas fúnebres, el fuego de cañón y fusilería atronaban el espacio; los ayes lastimeros de los niños, que lloraban por su gran bienhechor y Maestro, partían los corazones; el último responso que rezamos, anudaba nuestra garganta; ninguno quería irse y hasta hubo alguien que esperaba oír de labios de D. Andrés: "*Quedaos con Dios y rogad por mí*".

SU SEPULCRO

El mismo lo construyó bajo el altar mayor de la Capilla; allí quería ser enterrado, bajando su cadáver del Sacro-Monte a los cinco años de su muerte, según disposición de la Ley; pero nosotros pedimos autorización al Gobierno para que nos eximiera de ese precepto legal, y mediante la valiosa cooperación del Excmo. Sr. D. Natalio Rivas, exalumno y gran amigo de D. Andrés, según antes dijimos, accedió a nuestros deseos, y allí fué enterrado; su cadáver fué colocado en una humilde caja de madera, ésta en otra de zinc y ambas en la cripta de sus queridas Escuelas; a las tres de la tarde fué enterrado y desde aquella hora tenemos en las Escuelas ese preciado tesoro, que custodiaremos con cariño sin igual.

REQUIESCAT IN PACE

Suponemos que su hermosa alma está en el cielo.

Si él no ha ido al cielo, ¿quién irá?

Allí está evidentemente, allí nos espera y con él iremos en breve plazo, Dios mediante.

MUESTRAS DE PÉSAME

España entera y muchísimos extranjeros admiraban a D. Andrés, conocían sus virtudes, estudiaban sus obras y en ellas se inspiraron para implantar en todas las Provincias sus beneméritas Escuelas.

No es pues de extrañar que al circular la triste noticia de su muerte, expresaran públicamente su pesar, mediante cartas y telegramas venidos de todo el mundo.

S. M. el Rey telegrafió antes que nadie manifestando "*su honda pena por tan irreparable pérdida*".

El Gobierno se apresuró a concederle honores militares y los Ministros telegrafiaron dando el pésame.

En el Congreso y en el Senado se hizo constar en *acta por acuerdo unánime*, el sentimiento causado por la muerte de "esa gran gloria de la Patria que se llama D. Andrés Manjón", y los Presidentes respectivos de ambas Cámaras pronunciaron elocuentes y sentidos discursos necrológicos con asentimiento de todos sus miembros; Cardenales, Arzobispos, Obispos, Diputados y Senadores, Catedráticos y Magistrados, cuanto vale en la Ciencia, Arte, Industria, Comercio, etc., todos telegrafiaron o escribieron y *casi todos* nos felicitaban, *porque hay en el cielo un Santo más*, y porque desde allí hará por las Escuelas mucho más que si viviera en ellas.

Un libro grande podría formarse con las cartas y telegramas venidos de todas partes con motivo de la muerte de nuestro santo Fundador, y un verdadero plebiscito nacional son esas cartas y telegramas en pro de sus virtudes extraordinarias, pues no hay uno sólo que no pregone su santidad,

No hubo en España un solo periódico o Revista, aun los de la cáscara amarga, que no publicara con verdadera copia de detalles artículos laudatorios de la vida, enfermedad y muerte de nuestro ilustre biografiado, y todos con rara unanimidad le proclamaban como el primer Pedagogo de estos últimos tiempos.

Si aquel refrán popular tan conocido de "*vox populi, vox caeli*" es cierto, D. Andrés es santo, pues el pueblo le proclama como tal.

Un Concejal de nuestro Ayuntamiento, no pudiendo contener su entusiasmo, pidió a la Corporación que se rogara al Excmo. Sr. Arzobispo "se incoara lo antes posible el proceso de beatificación, ya que el pueblo lo pedía con especial interés".

En una palabra, la muerte de D. Andrés ha sido el triunfo más grande que tributó Granada (y tal vez España) a ninguno de sus hijos.

¿Y QUÉ SERÁ DE SUS ESCUELAS?

Que proseguirán su hermosa y provechosísima labor lo mismo que hoy.

Que, consiguiéndose más en el cielo que en la tierra, porque allí está la fuente de todos los bienes, D. Andrés hará por sus Escuelas desde el cielo incomparablemente más que viviendo en este valle de lágrimas.

Que si los hombres mueren, las ideas permanecen; murió D. Andrés, pero las ideas que él nos dejó en sus libros viven y vivirán por siempre en las Escuelas.

Que, siendo como son obra de Dios, se perpetuarán y extenderán más y más para bien de la Religión y de la Patria; y

Que Dios se valdrá, como se vale siempre, de los débiles y sencillos de corazón para confundir a los fuertes y a los llenos de vanidad.

D. Andrés constituyó un Patronato legal, al que en-

tregó las Escuelas con todas las consecuencias, y ese Patronato será el encargado de proseguirlas con el mismo tesón y constancia del Fundador hoy, mañana y siempre.

Ese Patronato está constituido por D. Francisco Sánchez, Abad del Sacro-Monte; D. Manuel Medina Olmos, Obispo Auxiliar de Granada; D. Enrique González Carrillo, Pbro.; D. Pedro Manjón y D. Segundo Arce, Maestros del Ave-María; Excmo. Sr. Marqués de Casablanca; D. Víctor Escribano, Catedrático de Medicina y D. Manuel Méndez Vellido.

Personas que saben sacrificarse y sienten muy hondo el afecto hacia D. Andrés y sus Escuelas, trabajarán sin descanso y llevarán con firmeza el timón del Ave-María sin desfallecimientos y con entusiasmo santo.

El primer sucesor de D. Andrés es D. Manuel Medina, hoy Obispo de Granada; 30 años estuvo al lado de D. Andrés y de él aprendió a trabajar, a sufrir y a sacrificarse por los pobres; con tan buen timonel, no hay por qué temer.

He aquí dibujada, aunque muy a la ligera, la venerable figura del santo Fundador del Ave-María.

A su sepulcro acuden muchos devotos a implorar su protección, no pocos a darle gracias por favores recibidos, y todos a aprender sus lecciones y virtudes extraordinarias.

LUX AETERNA LUCEAT EI.

Amén

A. M. D. G.

Se terminó de editar esta "VIDA" el día
del Ave-María (que es la Encarnación),
:- : 25 de marzo del año 1926. :- :

Dios haga que su lectura
produzca muchos bienes.

INDICE

INDICE

	<u>Página</u>
Prólogo	3
VIDA DE FORMACIÓN	
Nacimiento del niño Andrés Manjón	9
Los primeros educadores de D. Andrés	12
Sus estudios de Latínidad	18
Las desilusiones científicas de D. Andrés	24
Su vida de Seminario	28
Muerte de su padre	33
Un tropiezo providencial	36
Suspende su ordenación Sacerdotal	41
Sus estudios universitarios	45
Cinco años en Madrid	51
Su ingreso en el Profesorado	60
Su traslado y estancia en Granada	64
La preparación de su Apostolado	69
Su ordenación sacerdotal	77
Cartas de D. Andrés a su hermana Sor Justa	84

	<u>Página</u>
Es nombrado Canónigo y celebra la 1. ^a Misa	91
Los proyectos apostólicos de D. Andrés	96
Sueño alegre o Quinta Alegre	150

VIDA DE APOSTOLADO

Fundación de las Escuelas del Ave-María	103
Los sillares de sus Escuelas	111
Su vida intensa de trabajo	117
El Santo Rosario	121
Construye una Capilla para la Virgen	127
Organiza un Batallón infantil	136
Extensión de su Obra	144
Fundación de las Escuelas del Ave-María en el Triunfo .	155
Las Vistillas de los Angeles	164
Escuela de artesanos	173
El Seminario de Maestros	178
El arte de hacer Maestros	195
Funda una Escuela Avemariana en su pueblo natal . .	202
La primera cocinera del Ave-María	207
S. M. el Rey visita las Escuelas	215
El album de las Escuelas	225
Prodigiosa propagación de las Escuelas	234
Obra literaria de D. Andrés	239
Otros trabajos apostólicos	256
Homenajes y sufrimientos	284

VIDA INTERIOR

El Sacerdote	313
------------------------	-----

	<u>Página</u>
El Misionero	318
El predicador	323
El Maestro	329
El Catedrático	338
El patriota	343
El periodista	348
El Fundador	353
Figura moral de D. Andrés	357
Virtudes especiales de D. Andrés	368
Su última enfermedad	381
Las Escuelas después de su muerte	415

302



30 e



1910
1912

DON
ANDRES
MANJÓN
•
SU VIDA
y
SU OBRA